

Como hemos visto Europa estaba viviendo el *Grand Tour* desde finales del siglo XVII y todo el siglo XVIII. También Inglaterra vivía su propio esplendor turístico con sus balnearios y costas. Eso permitió el desarrollo de una considerable mejora en la hospedería. La mayoría de los turistas al continente se desplazaban por razones de salud. Pero en el siglo XVII comenzó el desarrollo de la ciencia experimental. Galileo Galilei, Francis Bacon, René Descartes y muchos otros científicos de la época cuestionaron el planteamiento aristotélico de la geografía y formulan el estudio experimental de la climatología. Se dispone ya de instrumentos esenciales para su análisis como el pluviómetro (1639), el termómetro (1641), el barómetro (1644) y el higrómetro (1659), y desde finales del setecientos y a lo largo del siglo XVIII aparecen en escena toda una serie de observatorios y sociedades médicas meteorológicas. Desde la perspectiva médica se extiende la corriente ambientalista -la preocupación por la etiología ambiental de las enfermedades- que hunde sus raíces en el legado hipocrático. Basa su teoría etiopatológica en el hecho de que las condiciones meteorológicas son uno de los factores determinantes de la salud humana y las diferentes características que aquéllas presentan en la superficie terrestre permiten establecer categorías de salubridad de los distintos ámbitos geográficos.¹ Turísticamente significaba rescatar el legado hipocrático y el nacimiento de la geografía médica.² Los doctores comenzaron a desarrollar la experimentación e intentaron relacionar las condiciones climáticas y la salud, manteniendo registros meteorológicos diarios y realizar toda una serie de observaciones. Fruto de esta preocupación aparecieron interesantes trabajos que constituyen el precedente obligado de la climatología médica,³ base del desarrollo de los *spas* (balnearios). Pronto, ilustres médicos británicos que se trasladaron al continente europeo durante el *Grand Tour*, como King, 1731, a Blois (Francia) o Charles Sackville, 1788, a Spa (Bélgica), etc., en sintonía con las nuevas ideas ambientalistas, insinuaron que tan beneficioso como los balnearios era el aire fresco y el clima templado de los lugares de las costas. De esta manera, a medida que avanzaba el siglo XVIII los *health resorts* del interior fueron siendo sustituidos por los pueblos costeros de las Riveras francesa e italiana. Montpellier, Niza, Marsella, San Remo, Génova, etc., adquieren protagonismo turístico. Los efectos beneficiosos de los fenómenos atmosféricos de estas ciudades hicieron que se desarrollaran y extendieran *health resorts* por toda Europa y que a comienzos de la siguiente centuria ya algunas personas del mundo de la medicina como los doctores Skirving en Niza, Peebles en Roma, Playfair en Florencia, etc., se encargaran de registrar las características climáticas de los diferentes lugares en aras de determinar su idoneidad. Se polemiza sobre los *spas* del interior y comenzaron a ser cuestionados. En su lugar, adquirieron interés la hidroterapia marina, el clima de costa, y los efectos terapéuticos producidos por los agentes físicos generales como el aire, la temperatura, el suelo, la luz y el mar. Los lugares moderadamente húmedos y cálidos como Argel y Biarritz (Francia), las costas frescas inglesas como Torquay y los climas cálidos y secos de Egipto y del sur de Europa (Hyères), Cannes, Niza, etc.) adquirieron protagonismo para el tratamiento de la tuberculosis. Se descubre el Mediterráneo, con todo lo que ello implicaría. Entre las muchas consecuencias se extendió la moda de salir a viajar hacia esa parte inmensa de la costa sur europea. Como veremos más adelante, se inauguró el turismo.

Pronto se desarrollaron en estos *health resorts* una colonia o comunidad británica responsable de organizar una infraestructura turística de servicio para dar a sus compatriotas

¹ Olcina Cantos, J. Y Martín Vide, J. *La influencia del clima en la historia*. Arcos. Madrid, 1999. Pág., 66.

² Gil Olcina, Antonio y Olcina Cantos, Jorge. *Climatología general*. Ariel. Barcelona, 1997. Pág., 23.

³ *Ibidem*.

una estancia llena de atracciones, haciendo que se sintieran como en la misma Gran Bretaña.⁴ En estos años, ya el viaje a estos lugares del continente no lo realizaban los *invalids* buscadores de salud sino también otros viajeros no enfermos, la clase ociosa.⁵ La agradable y placentera vida social que se llevaba en tales lugares, junto con el amor de los británicos por viajar para encontrarse con sus compatriotas, eran comentadas por todos a su regreso a Inglaterra.⁶ Pronto se pusieron de moda estos centros vacacionales y nace una industria turística de importancia en la que los ingleses fueron sus clientes más asiduos. A medida que fueron abriéndose residencias invernales en las cálidas regiones del sur de Europa para los acaudalados ciudadanos de Albión, y en menor proporción de otros de países nórdicos y centro europeos, los viajes a ellos no eran con frecuencia otra cosa que veladas excusas para dedicarse al juego y otros placeres más lascivos.⁷ Así, el viaje al continente en busca de terapia en las aguas termales, representó ya de hecho una fusión importante de dos componentes que se desarrollará en las siguientes décadas: el viaje de salud y el de ocio.⁸

En líneas generales, los efectos terapéuticos de los centros médico-turísticos invernales del continente sobre las personas afectadas por estas patologías eran muy variados e ineficaces dadas las bajas temperaturas que hay en Europa durante el invierno, razón por la cual muchos turistas *invalids* no se recuperaban del todo y los índices de mortalidad por la tuberculosis y otras enfermedades relacionadas con ella no disminuían sino que seguían aumentando. En Londres, en 1799, uno de cada cuatro muertes se debía a afecciones provocadas por la tisis⁹ y alcanza su máxima incidencia entre 1780 y 1880. Los resultados en los *health resorts* continentales, ya fueran interiores como de costa, no siempre eran convincentes: no se podía esperar más de un 10% de curaciones en Hyères entre 1820 y 1830; la tasa de mortalidad de los diez primeros días de traslado a la Riviera superaba el 20% en las cercanías de 1850.¹⁰ Empezó, entonces a pensarse como más beneficiosas las áreas geográficas con climas todavía más cálidos. Los ingleses conocían las características físicas de sus colonias en América. Las Antillas, fundamentalmente, Bahamas, Bermudas y Jamaica, habían despertado el interés en la clase médica inglesa dieciochesca, sin embargo, la elevada humedad nocturna y la conformación externa de sus islas (eran llanas, áridas y estériles) las descartaban. Lo mismo sucedía con la América del Norte, pues poseía un verano muy caluroso y un invierno muy frío. Hubo elogios a otras islas del Atlántico. El viajero John Macdonald, de visitó Santa Elena en 1773 y elogió las virtudes de su clima y aire “y si los nobles y caballeros de Gran Bretaña e Irlanda fueran a Madeira y Santa Elena para curarse de su salud, en lugar de ir a Francia y Portugal, pueden estar seguros de restablecerla”.¹¹ Pero la distancia y las dificultades marítimas de entonces jugaban en su contra.

Pero en el siglo XVIII, aparte de recomendarse los climas cálidos y sobre todo los baños de mar, también se recomendó el aire marino de alta mar. Los viajes por mar tuvieron en el siglo XVIII y parte del siglo XIX una gran reputación entre las personas tuberculosas (solamente a finales de este último comienza a ser considerado como perjudicial para la tuberculosis, aunque se seguiría recomendando como beneficiosos para la superación de depresiones nerviosas por el exceso de trabajo).¹² El médico escocés Ebenezer Gilchrist (1707-1774) animó a viajar por mar con fines terapéuticos con su obra *The use of Sea Voyages in*

⁴ Black, Jeremy. *El Grand Tour in the Eighteenth Century*. London, 1992. Pág. 184.

⁵ Aunque uno de los mayores motivos para viajar a Europa fue la salud, cientos de británicos también se desplazaban por razones de sexo, amoríos, juegos, estéticas, etc. (Ref. Black, J. *Op. Cit.* Pág. 189).

⁶ Black, Jeremy. *The British Abroad*. Bath, 1992. Pág. 181.

⁷ Smith, Valene L. *Anfitriones e invitados Antropología del turismo*. Endymión. Madrid, 1992. Pág. 59.

⁸ Black, Jeremy. *The British Abroad*. Bath, 1992. Pág. 181.

⁹ Báguena Cervellera, J.M. *La tuberculosis y su historia*. Barcelona, 1992.

¹⁰ Besancenot; Jean-Pierre. *Clima y turismo*. Masson, Barcelona, 1991. Pág., 148.

¹¹ Black, J. *Op. cit.* Pág. 181.

¹² Huggard, William. *A handbook of climatic treatment*. MacMillan. London, 1905. Pág., 306.

Medicine, escrita en 1756 y publicada el mismo año. Su primera edición no duró un año y en 1770 fue traducida al francés. El libro contiene un completo análisis de los beneficios del aire marino, además de baños de mar, para la convalecencia de la tuberculosis y otras enfermedades.¹³

EL TEMPRANO TURISMO EN LA ISLA PORTUGUESA DE MADEIRA

Mientras Europa vivía el *Grand Tour* las islas de la costa occidental de África más visitadas a través de los siglos, los archipiélagos de Madeira y Canarias, comenzaron a llamar la atención. Se sabía desde la antigüedad que tenían en común un clima bondadoso y suave por los efectos de los alisios, una exuberante flora y agua suficiente, y aunque los dos archipiélagos disponían de sus peculiaridades, se les consideraban un “Paraíso”. Los viajeros a lo largo de la historia atlántica habían destacado las islas de los dos archipiélagos idóneas para el restablecimiento de la salud por la pureza de sus aires y sus suaves inviernos. Desde muy temprano el archipiélago de Madeira empezó a distinguirse en el mundo, igual que las Canarias, por su excelente clima, pues desde el siglo XVII, viajeros como Moguet (1601) o Ovington (1689) habían destacado el aire fresco, fragante y balsámico que disponía Madeira.¹⁴ Pero mientras Europa estaba viviendo su esplendor turístico y Canarias permanecía ajena al incipiente despertar del turismo, a pesar de contar con alguna presencia extranjera en su territorio, Madeira estaba habiendo comenzado su periplo turístico desde la segunda mitad del siglo XVIII como consecuencia de la larga amistad mantenida con Inglaterra. En efecto, la incorporación de Portugal desde 1703 dentro de la órbita británica favoreció la familiaridad de Madeira entre Inglaterra y facilitó la visita a la isla de los ingleses. Las propiedades terapéuticas de su clima ya habían sido observadas en 1751 por Thomas Hemberden, el cirujano de la marina inglesa John Atkins, que navegó durante varios años (1720-1723) por Madeira, Tenerife, las costas de África, la India, Brasil, etc.; John Forster, botánico en el segundo viaje con James Cook y hombre que ejerció una importante influencia en Humboldt; así como el doctor Fothergill (1775).

Pero la guerra de Inglaterra con la Francia revolucionaria y napoleónica y el consiguiente bloqueo continental decretado más tarde al país de Albión¹⁵ favoreció el viaje de los ingleses a sus propias islas dependientes de la Corona portuguesa, su fiel aliada. Ya con anterioridad los conflictos europeos que condujeron a las contiendas entre Gran Bretaña y España (1739-48) por un lado, y Gran Bretaña y Francia (1743-48) por otro, habían originado hostilidades hacia los británicos. Pero en esas ocasiones el turismo británico hacia Europa no llegó a paralizarse, sino, a lo sumo, se limitó.¹⁶ Pero ahora se trataba de un cierre de Europa a los productos ingleses y a los propios británicos, que se vieron imposibilitados de realizar excursiones a los destinos continentales (fundamentalmente a Italia, Francia y Holanda).¹⁷ Consecuentemente, la época dorada del *Grand Tour* en el continente europeo quedaría eclipsada y los viajeros y turistas británicos se vieron obligados a descubrir la salvaje belleza de sus islas, como la Isla Man y la Riviera inglesa. Las playas de arenas y las tranquilas aguas azules de los pueblos costeros de Torbay (Torquay, Paignton, Brixham, etc.) son visitadas por las gentes acaudaladas, sobre todo en los años de la guerra. Pero la alianza de Portugal con Inglaterra en la crisis de Europa desatada a raíz de la Revolución Francesa de 1789 facilitó a los británicos la utilización de las islas portuguesas de Azores y Madeira con fines, entre otros, turísticos.

¹³ Gilchrist, Ebenezer. *The use of Sea Voyages in Medicine*. London, 1757.

¹⁴ Burton, Richard. *Op. Cit.* Pág., 65.

¹⁵ Pemble, John. *The Mediterranean Passion*. London, 1987. Pág. 85.

¹⁶ Black, J. *Op. Cit.* Pág. 8.

¹⁷ Pemble, John. *The Mediterranean Passion*. London, 1987. Pág. 85

El archipiélago portugués de las Azores, a poco más de 1.300 kms. de Europa y África, al Oeste de Portugal, y a 38.30° N y 34.48° O, fue punto de mira de los ingleses desde el mismo momento en que se establecieron en Madeira. Las Azores contaban con un buen clima de verano -su temperatura media era de 22°.7 y la variación de la misma es de 6° en las 24 horas -. Pero su invierno era excesivamente húmedo y tempestuoso, con bastantes lluvias, 1.000 mm de precipitaciones y una temperatura media invernal de 16°.6. Además, soplaban bastante el viento. Por lo tanto, la estancia invernal era descartada por los médicos. A lo sumo, era recomendado en los meses de primavera (a partir de mayo) y verano.

El archipiélago portugués de Cabo Verde, formado por una docena de islas, y a unos 500 kms. de las costas de Senegal y a 16° N y 24° O, también fueron punto de mira. Sin embargo, su clima de tipo tropical, cálido y con escasas lluvias, no era recomendado para la convalecencia de los *invalids*. Al contrario, alguna de las enfermedades que los colonos padecían las cogían en los asentamientos de los países tropicales. Por lo tanto, su excesivo calor tropical de su tiempo jugaba en su contra. Esas características climáticas en ambos archipiélagos les restaban méritos.

Sin embargo, no sucedía con la mejor situada, Madeira. Reinaba un calor moderado, debido a los suaves vientos del noroeste y el tiempo frío era prácticamente desconocido. A esto se le añadía que contaban con una exuberante vegetación y abundaba el agua. La isla se encontraba al N. de Canarias y al SE de Azores. Pero, al contrario de los otros archipiélagos portugueses, por su clima templado y uniforme, se convertiría en una excelente estación médico-turística invernal (*health resort*). En las primeras décadas del XIX el acercamiento al clima de la isla llamó extraordinariamente la atención para su estudio. Gourlay (1811), Ruxton (1817), Heineken (1824), Carl Mettemaier (1855), y sobre todo los prestigiosos doctores James Clark (18269 y William White Cooper (1840), destacaron la pureza de la atmósfera y la estabilidad térmica de la isla portuguesa. Funchal adquirió protagonismo como *health resort*.

Durante los años de las guerras napoleónicas, las tropas británicas se establecieron en Madeira en los periodos de 1801-1802 y luego de 1807 a 1814, lo que supuso a la vez que la isla portuguesa se convirtiera en el centro de refugio invernal para acaudalados enfermos, el nuevo *health resort* para los británicos, quienes afrontarían los inconvenientes que imponía el viaje por mar. La presencia de una fuerte colonia británica en la isla permitió el desarrollo de una comunidad de residentes de cierta importancia. Pero este privilegio de Madeira lo pierde desde el mismo momento que se restablece la paz europea y se procede a la reapertura de Europa. Los países del Mediterráneo, la Riviera francesa y las Rivas italianas, Pisa, Roma, Nápoles, Malta e incluso Málaga, recuperan su antigua reputación como *health resorts*. A partir de 1815 la idea de viajar a la costa para las vacaciones en verano originada en Inglaterra se importa a Francia a principios del siglo XIX.¹⁸ El mar, que con anterioridad había sido visto como un lugar de trabajo, incluso como lugar de batallas, es recomendado ahora por toda Europa para bañarse en sus aguas, no por placer sino por motivos de salud.¹⁹ Las familias reales se trasladan al lugar seguidas inmediatamente por la aristocracia y la burguesía. Comienza a abrirse los primeros hoteles en la costa como consecuencia del interés que se despierta por los baños de mar. Pequeñas aldeas de pescadores se convierten en lugares de moda. Dinard (Francia), por ejemplo, a partir de los años veinte comenzó a ser visitada por acaudalados ingleses que pasaban parte del año en sus villas y hoteles de lujo, a la vez que comenzó a establecerse una comunidad británica que vivía todo el año y que servía de estímulo a sus compatriotas temporales.²⁰ La aparición del ferrocarril a vapor en la década de los cuarenta impulsó el desarrollo turístico en el Viejo Mundo. Los viajes en tren por Europa era una aventura y viajar en tren era un disfrute en sí mismo. Con la aparición del tren muchos pasajeros

¹⁸ Hamilton, Vivien. *Boudin at Trouville*. John Murray. Londres, 1993. Pág., 53.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Wilson, Jeremy. *Lawrence de Arabia*. Circe. Madrid, 1993. Pág., 27.

de la elite -ricos turistas ingleses que viajaban a los balnearios y lugares de moda; políticos, miembros de las más distinguidas realezas, etc.- se dirigían en lujosos vagones a los mejores hoteles que comenzaban a proliferar. Se incorporan a la ruta de los viajeros tierras lejanas como Oriente o África. Thomas Cook conduce a un grupo de turistas a El Cairo en el año 1869. El orientalismo se pone de moda, Oriente se convierte en un lugar de vacaciones y Cook comenzó a llevar compatriotas a Palestina.²¹ Comenzará el desarrollo de un auténtico turismo, tal como lo entendemos hoy, en otros centros, que sólo en algunos lugares coincide con el *Grand Tour*.²² Se asiste al nacimiento de los centros vacacionales (*holiday resorts*).

Sin embargo, a pesar del reencuentro con Europa, las cosas ya no serían como antes. Madeira gozaría de un espectacular desarrollo turístico favorecido por la formación de una comunidad británica de residentes y comerciantes, cuya colonia dio sentido y potenció la exportación de vinos y el trabajo de los bordados. Los habitantes de Madeira aceptaron rápidamente a los ingleses que visitaban la isla especialmente para disfrutar del aire y de su clima benigno. En el año 1827 había 250 ciudadanos británicos establecidos en la isla. Desde la temprana fecha de la década de los veinte existía una iglesia presbiteriana y tenía una capilla anglicana cuyos servicios eran realizados por el Reverendo Deacon. Se establecieron centros de encuentro y animación para crear una vida social agradable, permitiendo que Funchal no fuera solamente un lugar de vacaciones para *invalids*, sino también un centro donde concurrían los que viajaban por ocio, aquellos que hacían auténtico turismo. Se instala el *English Club*, conocido como «English rooms», fundado en 1832, el *English tea clubs*, así como otros centros recreativos y culturales. Disfrutó con una infraestructura de alojamiento y atenciones a los visitantes bastante amplia en su mayoría en manos inglesas. Efectivamente, ya en la década de los treinta contaba con un servicio de nueve *boarding-houses* o *family hotels* de los cuales ocho eran de ingleses. Dispuso de un hospital para el tratamiento de turistas *invalids*, que a pesar de ser propiedad del cirujano portugués doctor Henriques,²³ trabajaban y colaboraban médicos ingleses, como los doctores Renton, Ross y Broughton. Tal presencia inglesa hizo que sus compatriotas se sintieran como en *casa* en el momento de visitar la isla. La afluencia de *invalids*, viajeros y turistas fue considerable, no solamente desde Gran Bretaña, sino también desde América y, en menor medida de Alemania.

De esta manera, la estrecha amistad que existía entre Portugal e Inglaterra, la existencia de una sociedad británica la agradable a todo súbdito de Su Majestad, y la cercanía de Madeira a Inglaterra, hace que los centros médico-turísticos de las Bermudas -hasta ese momento mejor conocidas por su clima saludable- y Europa, pierden protagonismo a favor de Madeira.²⁴ Los ingleses alabaron su magnífico clima suave, y Madeira se convierte, a mediados del siglo XIX, en un lugar de vacaciones de moda.²⁵ En la década de los cuarenta el número de casas amuebladas para alquilar alcanzó la cifra de 65 y contaba también con 17 *boarding houses*.²⁶ Parece que en los años cincuenta descendió algo la oferta hotelera, pues contaba con 22 casas amuebladas, cuyos precios oscilaban entre 50 y £200 al año (alrededor de unas 1.250 y 5.000 pesetas), precios que dependían del tamaño del inmueble. Además, contaba con 4 pensiones de tipo familiar -mezcla de habitación individual y apartamento- y 5 *boarding-houses*.

El temprano abrazo del legado inglés y el madeirense permitió el desarrollo de una mayor sensibilidad a los *invalids*, fundamentalmente a los que padecían de la tuberculosis,

²¹ Brendon, Piers. *Thomas Cook*. Secker & Warburg. London, 1991.

²² Fernández Fúster, Luis. *Historia general del turismo de masas*. Alianza. Madrid, 1991. Pág.,76.

²³ Cooper, W. W. *Op. Cit.* Pág. 22.

²⁴ Holman, J. *Op. Cit.* Pág. 29.

²⁵ Clarius, Dieter (Eds.). *Madeira*. El País-Aguilar. Madrid, 1993. Pág., 65.

²⁶ White, Robert. *Madeira, its climate and scenary*. London, 1851. Págs., 111 y 188.

sensibilidad que los canarios no desarrollaron lo suficiente, siendo esta una de las razones del tardío inicio del turismo en Canarias.

LA INCORPORACIÓN DE CANARIAS EN LA ÓRBITA TURÍSTICA

El descubrimiento de Madeira despertó la vieja controversia sobre la idoneidad del continente europeo. James Clark, destacado médico escocés defensor de la climatoterapia y del cual hablaremos más adelante, es cuestionado. Él creía -como sostenía la ciencia médica por entonces- que la tuberculosis pulmonar era una especie de enfermedad inflamatoria de los pulmones y que un clima cálido y húmedo a la vez era el idóneo para su tratamiento. Pero muchos miembros de la profesión médica victoriana como los doctores Thomas H. Burgess, Henry Bennet, Scoreby Jackson, entre otros, empezaron a considerar diferente la patología de la enfermedad tubercular de los pulmones, interviniendo la sangre y del sistema digestivo,²⁷ lo que significaba que los climas «suaves, húmedos y relajantes» de los *health resorts* del sur de Europa, tan elogiados por James Clark, debilitaban las energías vitales y consecuentemente eran «bastante perniciosos en sus efectos sobre los pacientes tuberculosos». Por lo tanto, los enfermos afectados de tisis necesitaban un clima más estimulante y tónico. Todos ellos estaban convencidos que un clima cálido y seco en invierno permitía a los enfermos tomar el aire fresco a la vez que facilitaba la realización del ejercicio diario en el exterior, tan necesario para la recuperación de las funciones cutáneas y respiratorias, y también estaban convencidos de que los efectos terapéuticos del clima del Mediterráneo y sur de Europa eran de dudoso beneficio sobre la tuberculosis. Burgess reconoció que mientras el clima en esas áreas tenía efectos positivos sobre otras enfermedades, como la dispepsia, afecciones nerviosas, reumatismo y escrófula, era totalmente inútil para la tuberculosis en estado medio o avanzado. Opinión compartida por otros colegas partidarios de la climatoterapia, como los mencionados John Hennen, James Johnson, Scoreby Jackson, etc. Incluso se llegó a la certeza de que había sido un error por parte de los médicos británicos el recomendar esas áreas a sus pacientes afectados de tisis.²⁸ Las calles de Milán, Roma, Florencia y ciudades de la Riviera eran un auténtico “espectáculo de miseria humana con los británicos afectados de tuberculosis deambulando moribundos en busca de falsas esperanzas para su cura. Pisa era la ciudad de los muertos vivientes”. Richard F. Burton escribiría:

Los extranjeros esperan que el clima les dé nuevos pulmones, comentaban los madeirenses y pisanos sobre los pacientes que iban a sus lugares aquejados de enfermedades pulmonares.

Así pues, con Madeira se corrobora la creencia de que cuanto más cálido sea el clima invernal mejor será sus efectos curativos sobre la tuberculosis. Comenzó así el interés por los lugares donde predominaban los climas de aires secos, como Sicilia, Egipto y Argelia. Se desarrollaron por el Mediterráneo *health resorts* donde se establecen buenas instalaciones sanitarias, médicos permanentes, hidroterapia, lecherías, etc., fundamentalmente en las viejas colonias británicas, como la colonia del Cabo, Estado de Natal, Siria, que comprendía al Líbano, etc.

Pero el fin de las guerras napoleónicas (1815) también trajo la paz a los mares y se puso de manifiesto el claro predominio naval inglés. La navegación transoceánica se desenvuelve a partir de ahora en unas aguas tranquilas, sin barcos de guerras ni piratas ni corsarios, y Gran Bretaña que permanece imbatida, se convirtió, a pesar del bloqueo continental que le había impuesto Napoleón, en la primera potencia comercial y industrial del mundo. La invención de la máquina de vapor y su aplicación en los transportes marítimos permite a

²⁷ Pemble, J. *Op. Cit.* Pág. 94.

²⁸ *Ibidem.* Pág. 244

Inglaterra ampliar su poderío naval y colonial. El barco movido por vapor hará la navegación independiente de la volubilidad de los vientos, necesitando para su total independencia una amplia red de estaciones carboneras a lo largo y ancho de los mares. Una de ellas será Canarias, concretamente Santa Cruz de Tenerife, punto de escala de mayor relevancia al ser declarada la ciudad como Capital de Provincia y su muelle Puerto Principal. Pocos lustros después se incorporaría el puerto de Las Palmas de Gran Canaria.

Así pues, Canarias vuelve a incorporarse como puerto de escala en las rutas y nuestros muelles son frecuentados por los primeros vapores, a pesar del cierto alejamiento de las islas del tráfico internacional como consecuencia del proteccionismo peninsular y superado con el Real Decreto del 11 de junio de 1852, conocido como la Ley de Puertos Francos. Ello permitió desde las primeras décadas del siglo XIX que *invalids* británicos establecidos en Madeira para su convalecencia se trasladen a Tenerife para probar en la isla canaria. En efecto, algunos turistas *invalids* que habían probado fortuna en la isla portuguesa se trasladaron a Tenerife, mucho más seco y menos húmeda, tras comprobar que empeoraban durante su estancia de convalecencia por el calor húmedo reinante en Funchal. Con el clima de Tenerife se sintieron mucho mejor.²⁹ A pesar de eso, pocos se trasladaron a la isla canaria, mientras que Madeira en esas décadas recibía una media de trescientos turistas *invalids*.³⁰ Pero también motivó que médicos británicos preocupados por la climatoterapia se acercaran al archipiélago canario para analizar las condiciones meteorológicas de sus islas.

EL DESCUBRIMIENTO TURÍSTICO DE CANARIAS. LOS DOCTORES JAMES CLARK, WILLIAM WHITE COOPER Y WILLIAM ROBERT WILDE.

El clima de Canarias en la temprana literatura de viaje

Las cualidades benignas del clima de las islas habían sido puestas de manifiesto por los viajeros desde los mismos inicios de las expediciones, incluso desde la antigüedad. En efecto, para esta época no debe de olvidarse los comentarios referentes al clima de las islas hechos por Plutarco. Pero será en los viajeros y naturalistas que comenzaron a visitar Canarias después de su redescubrimiento donde se encuentran las referencias más directas a las propiedades benignas de su clima. No hay muchas menciones a observaciones atmosféricas precisas, sino que se trata de referencias muy generales a la naturaleza meteorológica de las islas, en consonancia con el interés que despertaba en el hombre del Renacimiento las nuevas realidades geográficas originadas tras los grandes viajes marítimos. En la nómina de los tempranos viajeros destaca la de George Fenner, capitán inglés que solía viajar a la costa occidental africana para adquirir oro y que durante la guerra contra la Gran Armada en 1588 era el capitán del navío *Leicester* bajo las órdenes del almirante Thomas Howard. En una de las ocasiones, el 28 de diciembre de 1566, llegó a Tenerife y no dudó en afirmar que “el aire en Tenerife es tan cálido en enero como lo es en Inglaterra en pleno verano”.³¹ Entre las preocupaciones de algunos naturalistas de visita a las islas en el siglo XVIII, aunque les preocupaban más los problemas geográficos por las necesidades de la navegación, la flora o la resolución del viejo problema de la altitud del Teide,³² figuraban el registro de la temperatura.

²⁹ COOPER, William W.. *The invalid's guide to Madeira with a description of Teneriffe, Lisboan, Cintra, Mafra, etc.* Smith, Elder & Co. London, 1840. Pág., 72.

³⁰ *Ibidem*, pp., 24

³¹ Kerr, Robert. *A general History and collection fo voyages.* London, 1811. viii. Pág., 308.

³² Para mayor información sobre los viajes científicos a Canarias en el siglo XVIII, véase Herrera Piqué, Alfredo, *Las islas Canarias, escala científica en el Atlántico*, Las Palmas de Gran Canaria, 1987.

Sin embargo, las referencias a las propiedades benignas del clima de las islas serán más sistematizadas en el siglo XVIII. Casi todos los viajeros dieciochescos que visitaban Canarias -George Glas (1761), William Anderson (1778), George Hamilton (1790), John White, Watkin Tench (1789), etc.- estaban influenciados por la teoría etiopatológica, que hunde sus raíces en el legado hipocrático –analizado en el primer capítulo-, según la cual las condiciones meteorológicas son uno de los factores determinantes de la salud humana, de modo que las diferentes características que aquéllas presentan en la superficie terrestre permite establecer categorías de salubridad de los distintos ámbitos geográficos.³³ En este razonamiento se encuentra el origen de la geografía médica. Por tal razón, algunos señalaban en sus respectivos libros que el clima de las islas era bastante saludable, hecho que explica -según George Glas- la longevidad de sus habitantes.³⁴ En el último tercio del siglo referencias al clima insular están estrechamente relacionadas con la climatoterapia, es decir, desde ahora comienza a señalarse las propiedades climáticas para la convalecencia de los enfermos necesitados de los climas cálidos sureños. El doctor que señaló directamente las propiedades terapéuticas del clima insular fue William Anderson, médico y naturalista a bordo del *Resolution*. Este prestigioso cirujano envió a la *Royal Society* de Londres la descripción de un bloque irregular que encontró en el Cabo. Además, recogió en Tasmania un magnífico herbario que se conserva en el Museo Británico. William Anderson padecía tuberculosis y murió a bordo del *Resolution* el 3 de agosto de 1778 a consecuencia de ella.³⁵ Durante su visita a Tenerife escribió: *el aire y el clima son notablemente sanos y particularmente apropiados para prestar alivio a enfermedades tales como la tuberculosis.*³⁶

William Anderson aconseja a los médicos que envíen a sus pacientes a Tenerife, a causa de la uniformidad de la temperatura y la benignidad del clima.

Otro médico fue John White, uno de los capitanes de la *First Fleet*, el escuadrón que bajo el capitán Arthur Phillip partieron el 13 de mayo de 1787 con el primer grupo de hombres (700 convictos) hacia *Botany Bay*. White es uno de los primeros viajeros en poner de manifiesto las cualidades del clima de Tenerife del grupo de las Canarias para el beneficio de la salud de los *invalids*, y habló durante la escala que realizó en Santa Cruz de la benignidad del clima de Tenerife para su restablecimiento.

El clima de Tenerife es agradable y sano. No conozco ninguno mejor para la convalecencia de los enfermos. A esto hay que añadir, que los que quieran vivir aquí pueden elegir la temperatura que más le guste por el carácter montañoso de la isla.

Unas referencias esenciales, por lo que supone para el reconocimiento turístico de Canarias en Inglaterra, son las del médico irlandés George Staunton y John Barrow. George Staunton porque en su comentario compara Canarias con Madeira, no dudando declararse a favor de la primera. Tal entusiasmo mostrado por George Stunton con la naturaleza y el clima de Tenerife es de suma importancia, ya que por esas décadas de finales del XVIII Madeira era un destacado centro de recepción turístico entre los ingleses, como veremos más adelante. Mientras George Staunton se dirigía a la China en 1792 para acompañar al diplomático George Macartney a su toma de posesión como embajador extraordinario de Su Majestad en Pekín, hace escala por unos días en el muelle de Santa Cruz de Tenerife a finales de octubre para comprar vino y víveres³⁷. Afirmó que Santa Cruz tiene muchas ventajas sobre Funchal, pues sus calles son

³³ Gil Olcina, A. Olcina Cantos, J. *Climatología general*. Ariel. 1997. Pág., 23.

³⁴ Glas, George. *Description of the Canary Islands*. Dodsley and Durham. London, 1764. Pág., 194.

³⁵ Cook, James. *Tercer Viaje 1776-1780*. Barcelona. 1988. Pág. 79.

³⁶ Riedel, Uwe. *El Turismo en las islas Canarias*. A.E.A. n° 18. 1972. Pág. 493

³⁷ Staunton, George. *An Authentic Account of an Embassy from the King of Great Britain to the Emperor of Chine*. W. Bulmer and Co. London, 1797. 3 vols. vi. Pág., 47. (Existe traducción en español de J. Antonio Delgado, 1995).

mucho más anchas, más limpias, menos pendientes y más agradables, las provisiones y el vino en este en el puerto canario eran más baratas que en Funchal, reseña con claridad que el aire de Santa Cruz era más puro y ligero que el de Funchal, y que no dudó en afirmar que se encontraba en una de las islas Afortunadas. Staunton lamentó que un *invalid*, apellidado West, el cual se había trasladado a Funchal para su convalecencia, “no hubiese venido a gozar de un clima [el de Tenerife] que nos pareció mejor que el de Madeira”.³⁸

Por su parte, la importancia de John Barrow radica en que hizo ciertos registros térmicos cuando visitó Tenerife. Barrow, que viajaba con Staunton como interventor de la embajada de Lord Macartney en China, afirmó que el clima de las islas Canarias es quizás el más delicioso del mundo, pues “durante nuestra estancia –afirmó el británico- el termómetro Fahrenheit nunca descendió por debajo de los 70° [21°C] y tampoco subió por encima de los 76° [24°C]; normalmente la temperatura se mantiene a unos 72°F [aproximadamente 22°C]”. A John Barrow le habían informado en Tenerife que la temperatura en las Canarias raramente sobrepasaba los 80°F [26°C] en los días más calurosos y que en los días más fríos alcanzaba los 66 °F [18°C]. Le sorprendió enormemente tales registros porque daba una variación térmica durante todo el año de 8°C, variaciones que en Inglaterra se daba en menos de 24 horas.

Incluso, los ingleses residentes en las islas, en la medida en que contaban con los instrumentos de medición, mostraron interés por el fenómeno de la climatología. John Pasley, dotado de un termómetro Réaumur, en uso desde 1730, le facilitó a Humboldt los registros que había hecho de las temperaturas a diferentes altitudes en el Teide y en el Puerto de la Cruz.

La influencia del clima en el origen de la exuberante vegetación y riqueza natural de las Canarias fueron una apreciación muy común entre los viajeros. En este ámbito, cuando en 1801 visita La Orotava el naturalista francés Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent no duda en afirmar que la suavidad de la temperatura reinante en el lugar permite la fertilidad y el cultivo del suelo incluso en los alrededores.”Allí –comenta el naturalista- es donde verdaderamente se encuentran las islas Afortunadas, en las cuales abundan los vegetales de Europa, África y América; la palmera, el plátano, la gran enana, crecen al lado de los manzanos, de los albaricoques, de la vid y de todas las producciones que enriquecen nuestras cosechas; el café y el algodón se dan bien y podrían llegar a ser artículos de comercio”.³⁹

LOS DOCTORES JAMES CLARK, WILLIAM WHITE COOPER Y WILLIAM ROBERT WILDE

Los viajeros y naturalistas del siglo XVIII, y en general los que mencionaron las cualidades climáticas reinantes en las islas apenas hicieron registro de la temperatura u otras variables meteorológicas de Canarias. Era de esperar que tales conocimientos fueran del interés de los naturalistas del siglo XIX. ¿Qué pasaba en el resto de las islas más al sur, las Canarias, las islas Afortunadas de los griegos, los Campos Elisios de Homero y el Jardín de las Hespérides de Herodoto?, se preguntaron algunos de los médicos británicos partidarios de la climatoterapia en las zonas de climas cálidos. Y, sobre todo, Tenerife, una de islas, cuyo puerto Santa Cruz de Tenerife, punto de escala de mayor relevancia al ser declarada la ciudad como la Capital de la Provincia (1820) y su muelle Puerto Principal de la misma, a sólo 24 horas de Madeira.

Situada a 300 kms. de la costa africana y a 28.19° N y 16.34 O, por su clima suave, sin oscilaciones violentas y sin muchas precipitaciones, Tenerife largamente había llamado la atención a naturalistas, médicos y mercaderes ingleses a lo largo de la historia; había gozado de popularidad a través de sus famosos vinos en la Inglaterra isabelina, y además se encontraba el famoso Teide, considerado un auténtico reclamo entre los viajeros. Las experiencias

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ Bory de Saint-Vincent. *Viaje a las cuatro principales islas de los mares de África*. J. Antonio Delgado. La Orotava, 1994. Pág.,102.

climatoterapéuticas realizadas en Madeira animaron a prestigiosos médicos a profundizar en el análisis del clima y su influencia en la salud. De esa manera comenzaron a interesarse por el resto de la Macaronesia, entrando el archipiélago canario, primero Tenerife y décadas después Gran Canaria.⁴⁰ Además, en esos primeros años del siglo XIX ya algunos británicos con afecciones pulmonares que decidieron disfrutar de una estancia compartida entre Madeira y Tenerife no dudaron en ningún momento en declarar a sus médicos que se encontraban mucho mejor en Tenerife que en Madeira.⁴¹

Con el descubrimiento de las islas del Atlántico y las experiencias llevadas en Madeira se desarrolla durante todo el siglo XIX un interesante debate en la clase médica británica sobre cuál de las dos islas -Madeira o Tenerife- era superior para el tratamiento climaterapéutico. Acompañados con el pluviómetro de Samuel Horsley, pluviómetro de regla graduada utilizada hasta mediados del siglo XIX, el barómetro y demás instrumentos esenciales para el análisis de los fenómenos climáticos, *sir* James Clark, William White Cooper y William Robert Wilde fueron los primeros en registrar las características climatoterapéuticas de Tenerife, aunque *sir* James Clark no visitó el archipiélago. Sus escritos fueron los primeros ensayos sobre el clima de Canarias, concretamente Tenerife, y su relación con la terapéutica. Son los primeros textos de la literatura médica.

James Clark (1788-1870)

Natural de Cullen, un pueblo del condado de Banff al norte de Escocia, era miembro del Colegio de Médicos de Edimburgo. Desde joven fue cirujano asistente en la *Royal Navy*. Una vez terminada las guerras napoleónicas, James Clark cogió a un paciente suyo tísico y viajó con él por el Sur de Francia y Suiza. Durante el viaje hizo bastantes observaciones de los efectos del clima sobre la tuberculosis. A partir de esos momentos, continúa viajando para su investigación a Londres, a Roma, donde se ocupó de la salud de John Keats y a Alemania, donde conoció al Príncipe Leopoldo, posterior rey de Bélgica. Le nombra médico suyo. En 1834 fue señalado médico de los duques de Kent y con la ascensión de la reina Victoria es nombrado médico de la corte. Su reputación cayó vertiginosamente debido al error médico de diagnosticar a *lady* Flora Hastings un embarazo, cuando lo que realmente tenía era un tumor abdominal. A pesar de ese error médico, el escocés siguió siendo reconocido [en 1832 es elegido miembro de la *Royal Society*, trabajó en la Universidad de Londres (1838-65), fue médico del Ayuntamiento de Londres (1858-60), etc.] y fue una alta autoridad en la patología médica de las afecciones pulmonares. Después de peregrinar tres años por los *health resorts* del continente se convierte en un incansable defensor de la climatoterapia a quien se le debe los importantes libros *The Influence of Climate in the Prevention and Cure of Chronic Diseases*, 1829 y *Treatise on Pulmonary Consumption*, 1835.

Las ventajas de Madeira, particularmente de Funchal, sobre los centros del sur de Europa habían sido puestas de manifiesto por los doctores Heineken, Gourlay y Renton, establecidos en la isla desde el alba del siglo XIX. Las observaciones de las temperaturas hechas por ellos fueron recogidas por James Clark en su tabla de temperaturas medias publicadas en el año 1829. Según los cálculos registrados por él mismo y por sus colegas de Funchal, la capital de la isla portuguesa tenía 18°C de temperatura media, es decir, 5 grados más que Italia y Francia y en invierno 12 grados más calurosa. Por contra, lo más sorprendente es que Funchal en verano era 5 grados más fresca que las ciudades del continente.

⁴⁰ Las primeras medidas sistemáticas de temperaturas medias y extremas de Las Palmas fueron tomadas por A. H. Béchervaise entre los meses de diciembre y enero de 1884 por encargo expreso de Olivia Stone.

⁴¹ White Cooper, W. *Op. Cit.* Pág., 72

Otra de las ventajas de la capital de la isla portuguesa sobre el continente europeo señalada por James Clark fue la relativa a las pluviométricas. La media de precipitaciones en Funchal era de 73 días al año, mientras que en Roma, por ejemplo, era de 117 días.⁴² Todo indicaba que las ventajas físicas de Madeira eran incuestionablemente muy superiores a los mejores climas reinantes en los *health resorts* de Europa. El doctor Heineken le comunica por carta a Clark que Madeira sobrepasa a todos los otros lugares de moda en uso hasta el momento. Le indica, como dato a resaltar basado en sus estudios comparativos, que la temperatura media más baja durante la noche en Funchal es de 10°C, que en verano no supera los 23,3°C, y que en invierno la temperatura media es de 15,5°C. Estas temperaturas permitían a los enfermos pasear por el exterior y no estar confinados en el interior de las casas en invierno -como sucedía en el continente, mientras que en verano no tenían que soportar un excesivo calor-.⁴³

A estas ventajas atmosféricas, el capitán Basil Hall, vino a añadirle la belleza de la isla, su verdor y su escenario variado, elementos que respondían a la sensibilidad y gusto por la naturaleza que cautivaba a la *sociedad* inglesa. Así pues, el atractivo ambiental de la isla portuguesa fue un factor de soporte turístico cualitativo tan importante como el clima y Madeira estaba llamada a convertirse en el nuevo *health resort* del sur. Sus ventajas sobre los otros lugares eran evidentes y era recomendada por todos los médicos, incluyendo al propio Clark, como el único *health resort* donde se puede estar todo el año -impensable en el continente por sus bajas temperaturas en invierno-. Sin embargo, el clima de Funchal en relación con otros lugares era objeto de bastante discusión. Aunque todos estaban de acuerdo en los valores medios de su temperatura, los registros meteorológicos hechos por los diferentes observadores no coincidían en grados de humedad, ni en las horas de sol, etc., debido a las deficiencias de los instrumentos y las diferentes horas elegidas. Las observaciones meteorológicas en Madeira se hacían a las 9 a.m., 3pm. y 9 p.m.; en otros lugares eran a las 9 a.m. y 9 p.m.; mientras que en Santa Cruz de Tenerife eran a las 11 a.m. y 5 p.m.⁴⁴ Incluso, tal como nos relata James Clark, existían discrepancias entre los defensores de Madeira, como sucedía entre los doctores Gourlay y Heineken.

James Clark fue el único de los tres médicos que no visitó Tenerife. Pero estudió a pesar de ello de las condiciones climáticas de la isla canaria. El resultado de su investigación lo publicó en *The sanative Influence of climate*, editado en Londres por John Murray en el año 1829. En la edición de ese año recoge los registros de las temperaturas medias por mes, estación y año, sobre un gran número de ciudades, donde se incluye por primera vez los registros de las temperaturas de Santa Cruz de Tenerife, realizados por el prestigioso doctor dublinés Robert Bentley Todd (1809-1860). Los datos meteorológicos facilitados por Robert Todd a James Clark son los primeros registros sobre Santa Cruz en la documentación británica. Sin embargo, hasta el presente, no hemos podido averiguar si Todd, visitó Tenerife ni quién le facilitó dichas mediciones. Así pues, son los registros de Robert B. Todd los que ayudarán a James Clark a acercarse a las características físicas del clima de Tenerife. En esta tabla de temperaturas comparativas se advierte la superioridad de Santa Cruz sobre el resto de los demás lugares, y en particular, sobre Funchal, pues los datos reflejaban un régimen térmico de valores suaves. -la variación térmica en verano en Santa Cruz es de unos 7 grados más que Funchal y lo más sorprendente, presentaba 5 grados más en invierno-; además, la temperatura media de Santa Cruz era de 21,6°C, mientras que la de Funchal era de 18°C, la diferencia de temperatura entre las dos capitales en verano e invierno era considerable -en la capital de la isla portuguesa es de 9,8°C y en Santa Cruz de Tenerife de 12°,3°C-.

En la tercera edición, 1841, aparece, por primera vez, aunque no incorporado en la tabla general, junta con otras estaciones europeas, un registro de la temperatura media del

⁴² Clark, J. *Op. Cit.* Pág. 260-61.

⁴³ Clark, J. *Op. Cit.* Pág. 275.

⁴⁴ Huggard, W. *Climatic Treatment*. London, 1906. Pág. 210.

Puerto de la Cruz,⁴⁵ hecha durante el año 1834 desde Sitio Litre por el británico Charles Smith. La suavidad de la temperatura del pueblo norteño en verano con respecto a Santa Cruz (alrededor de 3 a 5 grados menos) y, a la inversa, la temperatura más cálida en invierno de la capital, conduce al doctor Clark a recomendar el Puerto de la Cruz como centro de residencia a lo largo de todo el verano -ya que los *invalids* no sufrirían los inconvenientes del calor- y a Santa Cruz como centro de residencia de invierno- donde la temperatura es más cálida y el aire más seco-.

Como un centro de residencia para los invalids, el valle de La Orotava posee muchas ventajas sobre Santa Cruz desde el punto de vista del alojamiento y de la belleza del lugar. Los invalids residentes en él pueden permanecer ahí durante todo el verano, sin sufrir demasiado el inconveniente del calor, y pueden pasar los meses de invierno en el clima más cálido y seco de Santa Cruz.

Sin embargo, a pesar de las ventajas climáticas de Tenerife, Madeira mantuvo su lugar de honor y su reputación era tan grande que hasta el mismo James Clark, conociendo ya las ventajas del clima de Tenerife sobre Madeira, no se atrevió a recomendar abiertamente la isla del archipiélago canario, alegando las deficiencias alojativas y problemas de comunicación con el exterior:

*Cuando hubiera alojamiento para extranjeros en Tenerife, y los medios de comunicación entre ella y Madeira más frecuentes, muchos invalids podrán beneficiarse grandemente pasando parte del invierno en Funchal y parte en Santa Cruz.*⁴⁶

Pero a pesar de eso da un paso importante a favor de Tenerife, al afirmar que «el verano en Madeira es mucho más beneficioso que el invierno», presupone a Funchal como un *health resort* más de estación estival que invernal.

William White Cooper (¿-1886) y su viaje a Santa Cruz de Tenerife.

El otro prestigioso médico fue el londinés William W. Cooper, cuya consulta la tenía en Bekeley Square. Amigo y colaborador del doctor James Clark, Cooper era miembro de la *British Medical Association* de Londres y miembro de la *Royal College Surgeons* de Inglaterra, además de cirujano de la artillería de la *Royal Army* británica. Sus estudios sobre Tenerife verán la luz en su obra *The invalid's guide to Madeira, with a description of Tenerife, Lisboa, Cintra, Mafra, etc.*, publicada en Londres por Smith Elder and Co. Aparte de esta obra, el doctor Cooper escribió numerosos artículo y tres libros más relacionados con su especialidad, la oftalmología (*On wounds and juries of the Eye, Practical remarks on Near sight, Aged Sight and Imperial Vision, with observations upon the use of glasses and on artificial light y Zoological notes*).

En enero de 1840 zarpó del puerto de Falmouth en el vapor *Alert* con destino a Madeira. Sus amigos médicos le habían recomendado que visitara la isla portuguesa para recuperarse de su salud, pues era un *invalid*, viaje que aprovecha para visitar Santa Cruz de Tenerife.

El doctor William W. Cooper insiste en otro factor importante a favor de Tenerife: la pluviométrica. De sus observaciones pluviométricas, destacó las ventajas de Madeira sobre el sudeste de Francia e Italia, pero, a la vez, resaltó la excepcionalidad de Tenerife por el número

⁴⁵ Aunque utilice el término Puerto de la Cruz, en el siglo pasado se llamaba Puerto Orotava. Lo mismo haré cuando hago alusión al valle de La Orotava. En el pasado se empleaba La Orotava para referirse a él. Por otro lado, utilizaré La Orotava en lugar de Villa, nombre con el que se llamaba al pueblo en épocas anteriores.

⁴⁶ Clark, J. *Op. Cit.* Pág. 281

tan bajo de precipitaciones al año así como por la debilidad de las precipitaciones a lo largo de los 12 meses, aunque en ocasiones se producen algunas precipitaciones de nieve a partir de 1800 metros. Mientras la isla portuguesa tenía 73 los días de lluvia al año, Tenerife solamente tenía 30 días de lluvia al año.⁴⁷ Pero a pesar de esta ventaja, el doctor Cooper continúa recomendando Madeira y lo hace compartiendo la opinión de Clark:

*No hay ningún lugar en el continente de Europa donde los enfermos pulmonares puedan residir con tantas ventajas todo el año como en Madeira. La salubridad de esta isla favorecida y las ausencias de enfermedades endémicas contribuyen a considerar a Madeira como la mejor residencia deseable para esos invalids que quieren alcanzar el beneficio de su dulce y agradable clima.*⁴⁸

Curiosamente también ya desde esa temprana fecha se destacaba que Funchal era el único sitio con que contaba Madeira para la estancia de los *invalids*, mientras que Tenerife disponía de Santa Cruz mucho más seco, y, al otro lado de la isla, «el precioso valle de La Orotava, más fresco, rodeado por viñedos y trigales, bastante frecuentado por los comerciantes ingleses» o, incluso Laguna. Pero James Clark y William W. Cooper sólo permanecieron en Santa Cruz. Ninguno salió de la capital para recorrer el norte de la isla hasta el valle de La Orotava. Debido a esa limitación no conocieron el valle, aunque, como hemos señalado, James Clark tuvo correspondencia con Charles Smith de Sitio Litre. Sin embargo, sí se trasladaría William Robert Wills Wilde, el otro médico que visitó Tenerife en la primera mitad del siglo XIX.

William Robert Wills Wilde (1815-1876) y su viaje a Tenerife.

William Robert Wilde, padre del escritor Oscar Wilde, era el menor de los tres hijos del médico Thomas Wilde. Sus dos hermanos fueron sacerdotes de la Iglesia de Irlanda, mientras él fue el único que tuvo la misma profesión que su padre. Aparte de médico, William Wilde fue anticuario, de fuertes sentimientos nacionalistas y un hombre que cultivó la escritura. Después de obtener el diploma de oftalmología y otorrinolaringología en septiembre de 1837, sus amigos Henry Marsh y el doctor Graves le nombraron asistente médico de un rico *invalid*, Robert Meiklam, para que le acompañara en un viaje de convalecencia a bordo de su yate particular, *The Crusader*. William Wilde acepta la sugerencia y se propone estudiar el clima de los lugares a visitar. Se embarcaron el 24 de septiembre de ese año y durante los nueve meses que duró la travesía visitaron La Coruña, Lisboa, Madeira, Tenerife, Gibraltar, Argelia, Sicilia, Egipto, Siria, Palestina, Jerusalén y otros lugares de Asia Menor. Producto de ese viaje fue la publicación en 1840 del libro titulado *Madeira, Tenerife and along the Shores of Mediterranean*. A su regreso fundó el *St. Mark's Ophthalmic Hospital* de Dublín y la revista *Dublin Quarterly Journal of Medical Science*. Aparte de su devoción a la ciencia médica, escribió libros sobre arqueología y antropología y continuamente realizaba entrevistas a personas, como a sus pacientes campesinos, que pudieran informarle de hechos relevantes de la historia local, las leyendas, supersticiones, costumbres de Irlanda.

Pero William Wilde tenía fama de ser presumido y mujeriego (tuvo 3 hijos ilegítimos) y la afición a las mujeres le costó un proceso con una joven paciente de 18 años, Mary Travers, que lo acusó de violación. El juicio lo dejó destrozado, pues las acusaciones eran falsas. *Lancet*, periódico de la *British Medical Association*, lo defendió en Inglaterra, y luego el *Saunders's New Letter* de Dublín también intervino enérgicamente a su favor.

Wilde llegó a Tenerife el 7 de noviembre de 1837. No dudó en ningún momento, después de haber conocido Madeira, que Tenerife es el lugar ideal para establecer un *health*

⁴⁷ Cooper, W. W. *The invalid's guide to Madeira, with a description of Tenerife, Lisboan, Cintra, Mafra, etc.* London, 1840. Pág. 72.

⁴⁸ Cooper, W. W. *Op. Cit.* Pág. 76

resort. Resaltó la mayor limpieza de los pueblos de la isla canaria comparados con Funchal, la menor cantidad de precipitaciones y la sequedad del suelo debido a su origen volcánico. Pero el doctor William Wilde ya no atendería Santa Cruz sino que se fijaría sólo y exclusivamente al Puerto de la Cruz. Durante su estancia en el valle de La Orotava se maravilla de la temperatura del lugar: en noviembre alcance 22°.2C, cuando en ese mismo mes la temperatura de Madeira es de 17°C.⁴⁹

Wilde puso de relieve la otra variable favorable de la meteorología de Tenerife: la humedad. El mismo James Clark, parece descartar a Madeira como centro invernal por este motivo, ya que el clima de Madeira era clasificado como un clima oceánico húmedo caracterizado, según las cuidadosas observaciones de Charles Piazzi Smyth, por retener una gran cantidad de vapor sedimentario en la atmósfera. Los registros higrométricos fueron de su sorpresa. Hizo observaciones en el Puerto de la Cruz durante dos días diferentes con el higrómetro y le dieron una humedad matinal relativa del 41%, resultado verdaderamente sorprendente, pues la humedad relativa de Funchal solía ser alrededor del 66%. También le llamó la atención el nivel de sequedad del aire, 34%, y al día siguiente 40%. Desde luego que son unos resultados bastantes sorprendentes, como él mismo reconoce, poco frecuente. No obstante, reconoce que eran unos resultados solamente registrados una vez por el Dr. Heineken durante sus nueve años de estancia en Madeira.⁵⁰ Hasta los primeros años de la década de los ochenta no se obtendrán unas mediciones más precisas sobre la humedad de los dos lugares, registrado por el sueco Hjalmar Öhrvall.

Es crítico con Tenerife. Se lamenta que no haya una buena infraestructura de alojamiento y que sólo haya en toda la isla dos posadas. Es extremadamente duro con la aristocracia de la isla a la que acusa de tener la culpa de tal situación, pues era reticente a arrendar sus casas con fines turísticos. Pero a pesar de esas reflexiones negativas, considera el clima de Tenerife óptimo para la recuperación de los *invalids* afectados por dolencias bronquiales, de estados de mucosidad, afecciones de garganta - tan común entre los ingleses en aquellos años- o aquellas enfermedades como la difteria u otras afecciones similares, como las personas que padecen patologías por hablar mucho en público, cantar, etc. Además, a diferencia de los compatriotas que le precedieron, William Wilde ya no vacila en recomendar abiertamente al Puerto de la Cruz -aunque su valle carezca de la frondosa vegetación de Funchal- en detrimento de la capital de la isla portuguesa. Para él, el planeta había creado y recreado su microclima con 21°C de temperatura de promedio y escasos días de lluvias al año, un privilegiado paraíso que se le ofrecía invariable durante las cuatro estaciones. Protegido por ladera y abrigado por la montaña del Teide, el Puerto de la Cruz se abría al mundo azul y luminoso.

*El valle de La Orotava posee mayores ventajas para la residencia de un invalid, por ejemplo, una atmósfera cálida y seca; es bastante abierto para permitir la libre circulación del aire; tiene el mar; está rodeado de colinas que lo protegen de las ráfagas del invierno, del frío, del siroco del verano, y si no tiene tan buen aspecto como Funchal, tiene el Teide entre él y el desierto africano; y la costa misma, excepto cerca del puerto, está rodeada por pequeñas colinas que suavizan el viento del Norte desde el mar.*⁵¹

Pero William R. Wilde pone el acento en uno de los factores naturales de innegable importancia y que sus anteriores compatriotas no lo hicieron: el paisaje. El espacio geográfico del valle de La Orotava le sugiere no sólo un excepcional clima sino también un marco natural muy poco común. Como él mismo insinúa, el viajero que llega al valle de La Orotava es atrapado voluntariamente por el encanto del paisaje y está obligado a admirar la belleza del mismo.

⁴⁹ Wilde, W. *Op. Cit.* Pág. 165.

⁵⁰ Wilde, W. R. W. *Narrative of a Voyage to Madeira, Teneriffe and along the Shores of the Mediterranean.* Dublín, 1840. Pág. 165

⁵¹ Wilde, W. *Op. Cit.* Pág. 166.

Para Wilde, el valor de cada uno de estos factores naturales como componentes de un espacio ideal para turistas *invalids* incidirá en el potencial turístico de la comarca.

Las cuestiones planteadas por los doctores británicos Clark, Cooper y Wilde son particularmente importantes porque al tiempo que estaban haciendo los registros atmosféricos estaban haciendo a la vez esfuerzos científicos y médicos para determinar un *health resort* que mejor favoreciera la convalecencia de enfermos, fundamentalmente tuberculosos. Estamos ante los auténticos descubridores del archipiélago como *health resort* más al sur, es decir, estamos ante las personalidades que eligieron las Canarias como un potencial centro turístico, empleando la denominación actual.

EL PUERTO DE LA CRUZ Y GABRIEL BELCASTEL

El Puerto de la Cruz estaba siendo pues punto de atención. Las tempranas observaciones médicas, junto con las noticias difundidas por los mercaderes y naturalistas sobre las benignas propiedades de su clima, habían destacado al valle de La Orotava como un lugar de residencia más sano para los europeos con afecciones bronquiales que Madeira.⁵² Desde muy temprano los ingleses habían analizado la naturaleza del suelo, la temperatura, la humedad, los vientos y todas las cuestiones importantes desde un punto de vista médico. Pero, como veremos más adelante, ciertas razones de tipo social y cultural frustraron sus ilusiones. Un gran paso adelante para que el Puerto de la Cruz fuera reconocido como estación invernal, como centro turístico, se le debe en gran medida al francés Gabriel de Belcastel.

Jean-Baptiste-Gaston Gabriel Marie-Louis Lacoste de Belcastel (1821-1890), político conservador francés, nació en Toulouse el 21 de octubre de 1821. Era hijo de una hermana de del conde Argout. Estudió derecho en París y después de regresar a su ciudad natal se dedicó a la agronomía,⁵³ afición que le proporcionó la Flor de Oro en los juegos florales por su discurso. La auténtica dedicación del barón Belcastel en la mayor parte de su vida fue a la política, siendo durante un tiempo miembro del Ministerio del Interior. Después de la caída del Imperio entró en la Asamblea Nacional, en donde mostró ser un legitimista intransigente. Votó en contra de la transferencia de la Asamblea y al principio de La Comuna propuso “esperar y masacrar a los insurrectos que marchaban sobre Versalles”.⁵⁴ Militó en la extrema derecha, de fuertes convicciones monárquicas y católicas. Una vez apartado de la vida política, Belcastel participó activamente en las Asambleas de los Comités Católicos y en los Congresos Eucarísticos, organizando peregrinaciones a la Tierra Santa.⁵⁵

Gabriel de Belcastel llegó al Puerto de la Cruz el 17 de noviembre de 1859 desde Málaga con su hija. El motivo de su viaje a Canarias fue para que la joven muchacha recuperara de una enfermedad bronquial. Se hospedarían en el Hotel Casino (Puerto de la Cruz) de Pedro Aguilar por un período de seis meses, aunque inicialmente pretendían establecerse de por vida en la isla. No fue así y solamente permanecieron un año. Belcastel llegó a las islas después de recorrer varios *health resorts* en busca de la convalecencia de su hija.

Gabriel de Belcastel hará una buena recopilación de todas las investigaciones que se habían hecho sobre el clima de Tenerife. Las resume en una publicación titulada *Les Iles Canaries et la Vallee d'La Orotava au point du vue hygienique et medical*, editado en París en

⁵² Hutchinson, Thomas J. *Impresiones sobre África occidental*. 1858. J.A.D.L. La Orotava, 1993. Pág., 148.

⁵³ PREVOST y D'AMAT. *Dictionnaire de Biographie Française*. L. Letouzey. Paris, 1951. V.5. Pág., 1306.

LERMINA, J. *Dictionnaire biographique et bibliographique de la France Contemporaine*. Boularger y Tresse. París. Pág., 125. Hasta ahora la historiografía canaria ha considerado a Gabriel Belcastel médico. Error que yo también he cometido. El barón Belcastel durante su vida fue abogado y político, fundamentalmente, y un gran aficionado a la agronomía.

⁵⁴ PREVOST y D'AMAT. Op. Cit. Pág., 125.

⁵⁵ *Ibidem*.

1861. A diferencia de los ingleses, cuando Gabriel de Belcastel compara las temperaturas de los distintos puntos, ya lo hace tomando como referencia al valle -siempre refiriéndose al Puerto y nunca a La Orotava - y no a Santa Cruz como se venía haciendo hasta ahora. Teniendo en cuenta las temperaturas medias, entre los meses de noviembre a marzo (Cuadro I), no duda en afirmar que no se trata de una simple diferencia de grados sino de mundos totalmente distintos.

CUADRO I

Temperatura media de los meses de noviembre, diciembre, enero, febrero y marzo.

Londres	5°.4' C
París	6° C
Pau	7° C
Niza	9°.8' C
Roma	10°.6' C
Madeira	16°.5' C
El valle de La Orotava	17°.7' C

Refiriéndose al invierno en uno u otro sitio, dice textualmente:

Entre el invierno de Niza o el de Roma y La Orotava, hay una diferencia mayor que entre estos mismos puntos y Londres; por consiguiente, no se trata de una simple ventaja según se desprende del cuadro, sino que es un mundo completamente distinto. En Niza, en Roma, en Nápoles hiela; en toda Italia, no se hace tanto uso de la estufa como en París, pero se emplean, incluso en Palermo, como las he visto, el 30 de octubre. En La Orotava es enteramente inútil. En Italia y en Argel, lo mismo que en Francia, Lana o la franela es el escudo indispensable contra los resfriados y la gripe hasta que llega el hermoso mes de mayo. En el Puerto de la Cruz puede utilizarse en todas las estaciones el blanco y fresco lino de los vestidos.⁵⁶

Pero para Belcastel las ventajas no sólo se reflejan en las frías y desnudas cifras. La invariabilidad y uniformidad de las temperaturas en el curso del tiempo en esta zona costera -tanto de un mes a otro, como de un día y el siguiente, o, incluso, entre el día y noche-,⁵⁷ las escasas lluvias y el equilibrio existente entre las temperaturas medias del interior y exterior -16 y 17°C, respectivamente- hacen el clima de las islas recomendable. Estos aspectos son de suma importancia para los enfermos dada las fatales consecuencias de los repentinos cambios de aire sobre los *invalids*.

En el Puerto de la Cruz casi todo el año reina esa armonía tan rara entre el interior y el exterior; y si se exceptúan los días peores -en los que se goza, sin embargo, de las estimables ventajas de poder andar en las habitaciones sin experimentar mil variaciones del clima -, las puertas y las ventanas pueden permanecer abiertas constantemente, pues el aire es por todas partes el mismo, o más bien no se siente.

También le da importancia a la temperatura del agua del mar. Invita a los intrépidos *invalids* o turistas que disfrutaban de baños de mar en las playas de las costas francesas a una temperatura del agua 13° o menos a que se den cita en las playas del Puerto de la Cruz, cuya temperatura del agua era muy superior. Al respecto dijo:

⁵⁶ Belcastel, Gabriel. *Les Iles Canaries et la Vallée d'La Orotava au point de vue hygienique et medical*. París, 1861. Págs. 21-22.

⁵⁷ Uno de los grandes encantos de las Canarias, e importante desde un punto de vista médico, era la ausencia de caída de temperatura por la noche, fundamentalmente en la franja costera. Mientras el descenso de las temperaturas en las zonas de costas por la noche es agradable en las islas, por el contrario, en la Riviera y en Egipto una caída brusca de la temperatura ocurre en la puesta del sol, lo cual es extremadamente peligroso para los *invalids*.

sin hacer agravio a los bañistas de Dieppe o de Biarritz (en el Norte y Sur de Francia, respectivamente), les diré que el 31 de enero, me he sumergido en esta parte del Océano con más gusto todavía que, quizás, ellos lo habrían hecho el 31 de julio

La ausencia de nubes negras, tan familiares en su Francia natal y en Inglaterra, la escasez de lluvias, la limpieza del aire y el excelente grado de humedad le lleva a preguntarse dónde encontrar un lugar tan ideal para el bienestar de las vías respiratorias como el Puerto de la Cruz. Con su frase lapidaria,

de todos los climas conocidos y hasta hoy alabados, el mejor es el del valle de La Orotava, en la isla de Tenerife,

resume toda una visión idílica del Puerto de la Cruz, cuyo conocimiento haría que este lado de la isla de Tenerife se convirtiera en destino preferente, no sólo para viajeros enfermos sino incluso para los viajeros por placer.⁵⁸

En resumen, Gabriel de Belcastel hace una poética y encomiada descripción del valle de La Orotava, magistralmente ilustrada con toda una serie de reseñas de la literatura científica aparecida hasta entonces. Afirma que el clima del Puerto de la Cruz es el mejor de los conocidos para las enfermedades del pulmón y de Laringe. El elogio del clima de Tenerife y, sobre todo del valle, muy justificado ya que su hija se restablecería totalmente de sus afecciones pulmonares.

La obra de Gabriel de Belcastel en el despegue del turismo en Canarias es importantísima. En primer lugar, porque tanto su persona como su libro fueron ampliamente conocidos entre los lugareños, como consecuencia de la rápida traducción al castellano que hizo Aurelio Pérez Zamora, hermano de Feliciano, diputado conservador a Cortes por Tenerife. Aurelio había nacido en el Puerto de la Cruz en el año 1828. Aurelio fue un destacado novelista de la escuela realista,⁵⁹ además de funcionario de Correos de Santa Cruz donde contrajo matrimonio el 5 de enero de 1878 con Cándida Mandillo Soto. Cuando todavía vivía en su ciudad natal, el señor Pérez Zamora tuvo que haber conocido a Gabriel de Belcastel, quien con toda seguridad le prometió que le enviaría las notas por él escrita sobre su experiencia en el Puerto. Una vez recibido el texto, Aurelio Pérez Zamora procede a la traducción. En 1862 entrega a la imprenta de Juan Romero *Las islas Canarias y el valle de La Orotava bajo un punto de vista médico e higiénico* de Gabriel de Belcastel. La rápida publicación de la apologética obra de Belcastel fue indicio del interés que suscitó el libro en el ámbito local, sobre todo la familia Pérez Zamora. Aurelio no ahorra esfuerzos en difundir la obra entre los visitantes extranjeros. Precisamente décadas después, su hija Soledad Pérez Zamora y Mandillo haría lo mismo con los artículos de Isaac Latimer publicados en el periódico *La Opinión*. En el prólogo Aurelio Pérez Zamora afirma:

*No nos anima otro deseo que el de ver circular en nuestro idioma las verídicas páginas que han venido ocupando varios periódicos extranjeros, tanto científicos como políticos y literarios. De este modo pondremos de manifiesto en el país las ventajas, por muchos ignoradas, que posee nuestro privilegiado suelo para la cura de la doliente humanidad, ya que un respetable extranjero ha querido demostrarlo esta vez al mundo, y ya que su manifestación posee, en razón de su procedencia, el incontestable mérito de la imparcialidad.*⁶⁰

⁵⁸ No obstante entre los franceses hubo diversidad de opiniones. Por ejemplo, para Dr. Jaccoud el valle de La Orotava no reunía las condiciones higiénicas y los recursos alimenticios para ser adoptado como lugar de tratamiento para los tísicos. Comentario, que llevó a su compatriota el Dr. Charles Omnés, médico de la Marina francesa en el barco *Résolue*, a las más duras recriminaciones contra tan autorizada voz.

⁵⁹ ARTILES, Joaquín y QUINTANA Ignacio. *Historia de la Literatura canaria*. Excmo. Cabildo Insular de Las Palmas de G. C. 1978. Pág., 168.

⁶⁰ PÉREZ ZAMORA, Aurelio. “Dos palabras del traductor” en *Gabriel Belcastel*, Las islas Canarias y el Valle de

En segundo lugar, la obra de Belcastel es importante porque ya advierte el descubrimiento de la anilina y el peligro que se cierne sobre la economía canaria éxito como tinte en perjuicio de la cochinilla. La anilina comenzó a experimentarse por primera vez hacia 1830; y ya hacia finales de 1850 había tenido tal éxito de manos del inglés W. H. Perkin,⁶¹ que cuando fue presentado en la Exposición Internacional de Londres en 1862, rápidamente se aceptó como el más apropiado para aplicar a Lana y otros tejidos. Belcastel ya había transmitido la noticia a la isla desde la temprana fecha de 1859, conocida por toda la sociedad isleña en 1862 a raíz de la traducción de su libro por Aurelio Pérez Zamora. Sus proféticas palabras son toda una premonición de lo que sucederá décadas después:

*El rico cultivo (del nopal) no resarce, no obstante, a Tenerife de la pérdida de sus famosos vinos semejantes a los de Madeira... El isleño del Puerto de la Cruz habla siempre con dolor de los tiempos en que veinte buques anclados daban al valle un aire de importancia y regocijo. Además, si tenemos en cuenta los recientes rumores, hasta la misma industria del nopal está próxima a su caída. Europa produce, por un nuevo procedimiento químico, un rico matiz que hasta hoy no tenía rival en el mundo, y que hoy se paga a muy bajo precio lo que en otro tiempo se adquiría a precio de oro.*⁶²

Estos dos factores decisivos, la importancia de la climatoterapia y la posible crisis de la cochinilla, despertó la preocupación de algunos propietarios lugareños, aunque aún estaba lejos de crear la alarma. Pero lo importante de los registros obtenidos por James Clark, William Cooper, William Wilde y Gabriel Balcastel así como las condiciones climáticas reinantes en las islas es que les llevan a recomendar Canarias, y particularmente Tenerife, como una “estación climática”, una “estación de salud” para la convalecencia de turistas *invalids*, con dolencias pulmonares, sobre todo, los afectados por la tuberculosis.

LOS ALEMANES EN LAS ISLAS

El período comprendido desde el Congreso de Viena de 1815 hasta la Primera Guerra Mundial fue testigo de cambios fundamentales en Alemania. Pasó de ser una sociedad agraria a transformarse en un floreciente centro de capitalismo industrial. Desde un punto de vista cultural este período incidió en los niveles superiores de la enseñanza, pues las universidades alemanas se convirtieron en centros cualificados de muchas áreas de investigación, con importantes avances en las ciencias naturales, como fueron la botánica, la química y la geología. Esta atmósfera intelectual y el importante papel de Humboldt en el mundo del viaje científico, animaron a los naturalistas alemanes a viajar por el planeta. No obstante, aunque el interés de los alemanes por la geografía y el clima se manifestó a lo largo de todo el siglo XIX, el mismo estaba lejos de responder a preocupaciones climatoterapéuticas como sucedió con los naturalistas y médicos británicos. Mientras los visitantes británicos eran médicos que se acercaron a Canarias con la idea expresa de determinar las condiciones climáticas y “turísticas” de las islas, la mayoría de los visitantes alemanes eran geólogos y vulcanólogos. A esta regla habría que hacer una excepción con Alexander von Humboldt. Si bien no hizo registro alguno de la temperatura de Tenerife durante su visita en junio de 1799, fue el único de los escasos naturalistas germanos dieciochescos al que le debemos algunos comentarios, pues sus observaciones meteorológicas siempre las relacionó con el sistema de vida vegetal. Así pues, si bien algunos naturalistas germanos sí se preocuparon más por las condiciones

La Orotava. Imprenta Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1862.

⁶¹ GINSBURG, M. *Op. Cit.* Pág. 68.

⁶² BELCASTEL, Gabriel. *Las islas Canarias y el Valle de La Orotava*. Santa Cruz de Tenerife, 1862. Pág. 14

climáticas de las islas, no se asemejaron con las preocupaciones de los británicos. Uno de los tempranos naturalistas que visitó las islas fue el amigo personal de Humboldt, el barón de Gehmersdorf Christian Leopold von Buch. El resto de los viajeros alemanes visitaron Canarias después de la segunda mitad del siglo XIX. Fueron muchos los que estuvieron en las décadas de los cincuenta y sesenta: el botánico y paleontólogo Oswald Heer (1854); el geólogo Karl Georg Friedrich Hartung (1853-1854); el geólogo Johann Wilhelm Reisz o Reisz (1855-1859); el botánico Hermann Schacht (1855-1857); el geólogo y paleontólogo Karl Georg Whilhelm von Fritsch (1862); el geólogo Moritz Alphons Stübel (1862-1863); el zoólogo Ernst Haeckel (1866), entre otros. Todos ellos hacen algunas referencias a la climatología de las Canarias. Sin embargo, vamos a detenernos en en aquellos que realizaron registros térmicos o se preocuparon de recoger los facilitados por otros.

El primero de ellos fue Cristian Leopold von Buch (1774-1853). Estudió geología en las universidades de Gotinga y Halle. Fue un gran viajero que recorrió gran parte de Europa , destacando los viajes que hizo a Francia y a Austria e Italia con Humboldt. Precisamente ambos, con Gay Lussac, asistieron a la erupción del Vesubio en 1805. Además de geólogo von Buch era botánico, paleontólogo, e igual que Humboldt, se preocupó por la geografía de las plantas y la climatología. En 1815 visitó las islas. Producto de su estancia en Canarias es su obra *Physisik Beschreibung der Canarischen Inseln*, publicado en Berlín en 1825 y traducido al francés por el ingeniero de minas C. Boulanger (1836).

Leopold von Buch dedica un capítulo al clima de las Canarias. Destaca las altas temperaturas reinantes en las Canarias y se basa para afirmarlo en las tablas de temperaturas registradas por Francisco Escolar Serrano, autor de una obra titulada *Estadística*. Este naturalista burgalés formado en las universidades de Gotinga (Alemania) y Zaragoza, fue comisionado a las islas para realizar la celebre estadística que lleva su nombre. Continuó luego residiendo en Santa Cruz de Tenerife como comerciante hasta su muerte en 1826.⁶³ Entre los diversos trabajos de ciencias naturales destacan la medición del cráter de Las Cañadas en 1810 y el registro de la temperatura de Santa Cruz facilitándose luego a Buch. Según Francisco Escolar la temperatura mensual en grados centígrados de la capital tinerfeña es:

CUADRO II

Temperatura media en Santa Cruz de Tenerife. Francisco Escolar

Enero	14,15	Julio	20,12
Febrero	14,35	Agosto	20,84
Marzo	15,63	Septiembre	20,19
Abril	15,70	Octubre	18,96
Mayo	17,83	Noviembre	17,08
Junio	18,62	Diciembre	15,03
.....			
Media			17,31

Buch es el primer naturalista que recoge la temperatura de Las Palmas de Gran Canaria. Fueron resultados mensuales realizados por el médico Bandini de Gatti

⁶³ Humboldt, A. Viajes a las islas Canarias. F. Lemus Ed. Tenerife, 1995. Pág., 200.

CUADRO III

Temperaturas de Las Palmas de Gran Canaria. Bandini de Gatti.

Enero	14,05	Julio	19,24
Febrero	14,52	Agosto	20,44
Marzo	15,10	Septiembre	22,26
Abril	15,79	Octubre	23,74
Mayo	16,68	Noviembre	18,67
Junio	17,53	Diciembre	14,51
.....			
Media			17,71

Hace una comparación de las temperaturas Cumaná, Havre, El Cairo, Santa Cruz de Tenerife, Funchal, Kendal y Xondmor en base a las mediciones hechas por Faustino Rubio (Cumaná), Joaquín Ferrer (Havre), Thomas Heberden (Funchal), etc.⁶⁴ Además, recoge temperaturas de pueblos de Tenerife, Gran Canaria, La Palma y La Gomera. Sin embargo, carece por completo de comentarios sobre la benignidad del clima isleño con fines terapéuticos, es decir, con fines turísticos.

Precisamente el barón Julius Frhriherrn von Minutoli en 1853 recoge los mismos registros de Francisco Escolar Serrano. Minutoli, diplomático descendiente de una antigua familia noble italiana que se trasladó a Alemania. Estuvo al servicio de la Administración prusiana como jefe de la policía de Berlín desde 1847 hasta 1851. Este último año es nombrado cónsul general de España y Portugal. Después de tomar posesión del consulado en Madrid, decidió visitar las islas en 1852. Su obra, *Die Canarischen Inseln*, (1854), es una descripción completa de la situación económica, militar, política, administrativa, etc., de Canarias. Pero Minutoli también se acerca a la naturaleza de Canarias y recoge el cuadro de temperaturas de sus costas facilitada por Francisco Escolar.⁶⁵

CUADRO IV

Temperatura de las costas canarias. Francisco Escolar.

Enero	17,70	Julio	25,15
Febrero	17,93	Agosto	26,5
Marzo	19,53	Septiembre	25,21
Abril	19,62	Octubre	24,7
Mayo	22,28	Noviembre	21,35
Junio	23,27	Diciembre	18,78

Unas agradables temperaturas que hace llegar a S.M. la reina Isabel II, a quién le dedica el libro por la bondadosa autorización dispensada a su persona para visitar Canarias.

Otro de los viajeros que destacaría es a Richard Greeff. Greeff estudió medicina en Würzburg, Heidelberg y Berlín. Pero pronto abandona la medicina para dedicarse a la zoología, una pasión que desde siempre le había atraído.⁶⁶ Estuvo en Canarias dos veces, en

⁶⁴ Buch, Leopold von. *Description physique des Iles Canaries*. Levrault. París, 1836. Pág., 73.

⁶⁵ Minutoli, Julius Freiherrn von. *Die Canarischen Inseln. Ihre Vergangenheit und Zukunft*. Verlags-Anstalt. Berlin, 1854. Pág., 9.

⁶⁶ Neue Deutsche Biographie. *Dunker and Humblodt*. Berlin. 1965. Tomo Vii. Pág., 17.

1866 y 1879. De su primer viaje es la obra *Reise nach den Canarischen Inseln*. Visitó las islas en octubre de 1866 desde Londres, vía Lisboa y Madeira, y regresó por Marruecos y España. Greeff viajó a muchos lugares por motivos científicos y sus estudios geográficos estaban estrechamente relacionados con sus experimentos zoológicos. Durante el tiempo que permaneció en las islas (octubre de 1866-abril 1867) registró las temperaturas de Santa Cruz de Tenerife y las relacionó con las del Cairo, Málaga y Argelia. Greeff destacó en sus comentarios meteorológicos que las caídas de las temperaturas en esos lugares son mucho más acusadas que en Santa Cruz.⁶⁷

TENERIFE, EL NUEVO PARAÍSO DEL ATLÁNTICO

El título que encabeza este apartado no debe conducirnos al error de considerar a Madeira inferior a la isla canaria. La isla portuguesa gozaría durante todo el siglo XIX de una alta reputación, ya que su calor húmedo y clima relajante permitían unas condiciones favorables para el tratamiento de algunas enfermedades. De hecho, como veremos más adelante, los dos archipiélagos formarían un conjunto turístico inseparable e incluso Tenerife nunca lograría superarla como *health resort*. Pero todo eso ocurriría más tarde. Sigamos, pues, ciñéndonos a los hechos cronológicamente.

Desde la perspectiva de la climatoterapia, el clima de Madeira no era inferior al de Tenerife, a pesar de contar con algunos grados menos de temperatura y un mayor índice de humedad. Las diferencias climáticas, en general, eran muy pocas. Por tales características ambas islas serían recomendadas. Los doctores ingleses residentes en Madeira, doctor (Pitta y doctor Grabham) durante muchos años estuvieron usando la alternancia de pacientes tuberculosos en Tenerife y Madeira para su convalecencia con resultados satisfactorios. La belleza paradisíaca de Madeira había sido resaltada por muchos autores,⁶⁸ incluso prácticamente todos los visitantes coincidían en su superioridad a la de Tenerife. Mientras los estudios meteorológicos de británicos en Tenerife se interrumpieron en la década de los cuarenta, en Madeira se siguieron realizando. Charles Scudamore (1847), Charles McEuen (1848), doctor (1849), doctor Mason (1850), J. Mackenzie (1853), fueron algunos de los meteorólogos y médicos que continuaron visitando Madeira para realizar estudios meteorológicos con fines terapéuticos.⁶⁹

Por otro lado, Madeira tenía desde Inglaterra travesías directas realizadas por navieras británicas. Eso permitía una mayor fluidez de las comunicaciones entre las dos islas y, consecuentemente, el transporte de pasajeros, en su mayoría *invalids* ingleses para su convalecencia, fuera más regular. Ventaja de la que carecía Tenerife. Así nos encontramos que las líneas navieras *Lampart & Holt* desde Londres y navieras *Booth & Co.* desde Liverpool y otras menores, tenían servicio directo solamente con Madeira. No obstante, los que querían acercarse a Tenerife desde la isla portuguesa para continuar con su convalecencia podían hacerlo semanalmente por el precio de £3, unas 75 pesetas. El viaje entre ambos archipiélagos solía tardar unas veinticuatro horas.

Pero, los lugares sobresalientes de Tenerife para establecer un *health resort* (Puerto de la Cruz y Santa Cruz) contaban con algunas ventajas sobre Funchal. Mientras la capital Funchal era el único «sanatorio» de la isla portuguesa lo que obligaba a los enfermos a permanecer durante los meses de invierno en ella y abandonar la isla en verano por el excesivo calor, Tenerife contaba con diferentes lugares de altura (Laguna y La Orotava) donde los *invalids* podían trasladarse en verano. De esa manera, el enfermo que deseaba pasar una larga

⁶⁷ Greeff, Richard. *Reise nach den Canarischen Inseln*. Berlag. Bon, 1868 Pág., 320.

⁶⁸ Silva, Yolanda. *A Madeira o turismo*. Funchal, 1985. Pág., 10.

⁶⁹ Archivo Regional de Funchal. Madeira.

temporada, como de hecho se le recomendaba para su convalecencia, no se veía obligado abandonar la isla, sino desplazarse de un lugar a otro. Por otro lado, las calles y alrededores de Funchal son bastantes pronunciadas, imposibilitando o haciendo más costoso a los enfermos pasear, mientras Santa Cruz y el Puerto de la Cruz están casi a nivel del mar y son más llanos. Además, los viajeros que visitaban la capital tinerfeña señalaban que las calles de Santa Cruz eran más limpias y mejor alineadas que las de Funchal. Era tranquila y aburrida como Madeira, pero tenía más curiosidades y bellezas. Existía lo que atraía como un imán a los británicos, naturalistas, médicos y viajeros: el mundialmente famoso Pico del Teide.⁷⁰

La entrada del telégrafo en el sistema de comunicación y la irrupción de los barcos de vapor, que permitía una mayor rapidez de la travesía a través del Océano, animaron a muchos médicos e *invalids* a trasladarse a los lugares de climas cálidos por motivos de salud. Entre 100.000 y 125.000 viajeros y turistas cruzaban el mar para la convalecencia en los años sesenta.⁷¹ La inmensa mayoría se dirigía al Mediterráneo. A pesar de ser mejores los climas cálidos y secos para el tratamiento de la tuberculosis, las riveras francesas e italianas eran las áreas de moda. Pocos viajaban a las islas del Atlántico. Sin embargo, el poco turismo terapéutico y de ocio inglés que se desplazaba por mar a los archipiélagos macaronésicos en esta primera mitad del siglo, un buen puñado iba a Madeira y muy poco recibía Tenerife. Según Burton Ellis, de cada cien británicos que se trasladaban a Madeira, apenas uno lo hacía a Tenerife. Para él la causa era que sus compatriotas son muy gregarios. Tenía parte de razón porque cuando un *health resort* se ponía de moda, como eran por entonces el Mediterráneo y Madeira, solían ir en manada. Además la existencia en esos sitios de una comunidad británica, por pequeña que fuera, familiarizaba el lugar. No obstante un acercamiento a otras posibles causas por las cuales se dio poca afluencia de turismo a Tenerife, nos conduce a dirigir nuestras miradas al alojamiento. Un médico tan admirador de las excelentes propiedades climáticas de Funchal, el Doctor James Clark, no duda en reconocer que, *el clima de Santa Cruz de Tenerife posee algunas ventajas durante el invierno, en lo que se refiere a la temperatura y sequedad sobre la de Funchal, pero no hay condiciones de hospedaje para los enfermos.*⁷²

En efecto, mientras Tenerife no poseía hoteles confortables ni las conveniencias que los europeos del norte demandaban⁷³ ni contaba con una oferta de residencias para ser alquiladas por los acaudalados británicos, Funchal seguía potenciando su infraestructura turística. Aunque en las décadas de los cuarenta y cincuenta, como hemos señalado, la infraestructura de alojamiento era considerable, se siguió potenciando las siguientes. En los años sesenta Madeira contaba con una aceptable red hotelera. Un inglés, apellidado Hollway, que llevaba años residiendo en la isla, dirigía tres establecimientos: una pequeña fonda en el centro de Funchal, una más grande en el camino do Meio y una quinta cerca del pueblo de Camacha en el verano. Había establecidas algunas fondas por varios miembros de la colonia británica, como los Miles, los Reid, los Wardrop, los Neale, etc. Funchal también contaba con un espléndido hotel: el Guilletti. Además de las fondas y los hoteles, se encontraban numerosas quintas y habitaciones de alquiler. “La ciudad entera parece un enorme caravancerrallo, toda en alquiler”, comentó Richard F. Burton en 1861.⁷⁴ Los precios de alquiler (£50 y £200 al año - unas 1.250 y 5.000 pesetas) eran mucho más elevados que los alquileres de las pocas casas que se podían encontrar en Tenerife. Alrededor de unos 500 turistas visitaban Funchal en la época invernal. Entre ellos había un considerable número de turismo convaleciente aristocrático europeo y de algunas casas reales. Recuérdese las largas estancias de la emperatriz Elizabeth por problemas de enfermedad en Madeira y de otros miembros de la casa de los Habsburgo.

⁷⁰ Burton, Richard. F. *Wanderings in West Africa*. Tinsley Bros.. London, 1863. Pág., 113.

⁷¹ Pègot-Ogier, E. *The Fortunate Isles*. Richard Bentley. London, 1871. Pág., 96.

⁷² Clark, James. *Op. Cit.* Pág 280

⁷³ Burton, Richard F. *Op. Cit.* Pág., 112.

⁷⁴ *Ibidem*, pp., 28.

Sin embargo, a pesar de esas deficiencias turísticas de Tenerife, algunos turistas *invalids* británicos se trasladaban Santa Cruz y al Puerto de la Cruz desde las primeras décadas del siglo.⁷⁵ Álvarez Rixo habla de la presencia de este tipo de turismo en la ciudad norteña. En efecto, desde las primeras décadas del siglo XIX, “algunos médicos aconsejaban La Orotava [el Puerto de la Cruz] para la convalecencia de los turistas, porque los ingleses prefieren el clima de Tenerife al de Italia.”⁷⁶ En ocasiones, algunos de los turistas enfermos que se trasladaban a la isla llegarían a establecer su residencia definitivamente. Es el caso de Charles Smith. Este británico estaba clínicamente desahuciado por sus médicos. Pero, ante los deseos de luchar por sobrevivir, los doctores le recomendaron una estancia en Madeira para probar fortuna. Después de una temporada en Madeira, se traslada al Puerto de la Cruz en 1834. Su estancia en la isla le reportó su total recuperación. Totalmente bien Smith compra en el año 1841 la casa llamada *Little's Place*, (Sitio Little), también conocida por «Sitio del Pardo», para establecerse en el Puerto para el resto de su vida. No obstante, parece que los pocos *invalids* que venían se quedaban todo el invierno en Santa Cruz.⁷⁷ Es obvio que tal cosa sucediera dado que la carretera que enlazaba Santa Cruz con el valle de La Orotava era muy mala.

Muchos de estos turistas enfermos que se trasladaron habían elogiado a Tenerife no sólo por la benignidad climática sino también por lo realmente barato que era el coste de vida comparado con Madeira y el Mediterráneo. Era otra de las ventajas de Tenerife. Cuando los navíos hacían escala en los muelles, fundamentalmente en el de Santa Cruz de Tenerife, para repostar, comprar animales (bueyes, corderos, aves, etc.), frutas, verduras, vinos, etc., los viajeros y capitanes no dudaban el resaltar el bajo coste de las provisiones con respecto a Madeira. También tenía muchas más tiendas que, según el médico William White Cooper, eran excelentes.⁷⁸ El mismo Cooper escribió durante su estancia en la isla canaria en enero de 1840:

La vida es auténticamente barata en esta isla. Un caballero que había alquilado últimamente una residencia allí, me informó, que tenía una excelente casa y una considerable cantidad de terreno por la que pagaba £20 [500 pesetas] al año. Con el reembolso de dinero sólo de la viña pagaba el alquiler.

Si barato era el alquiler de una casa, lo mismo se podía decir de los precios de los escasos hoteles o las dos fondas de entonces.⁷⁹

*Los gastos en el Hotel, incluyendo alojamiento y comidas, eran solamente un dólar por día [aprox. 5 pesetas], y eso era considerado bastante alto. Sin embargo, la isla no ha sido inundada por los ingleses.*⁸⁰

Pensando en estas ventajas, comenta nuestro visitante, hay profundas razones para esperar que se establezcan inmediatamente *boarding-houses* y otras formas de alojamientos en Tenerife.

Como podemos ver, desde los mismos inicios del siglo XIX ya Tenerife gozaba de una posición privilegiada sobre el resto de los *health resorts* del Mediterráneo, del resto de Europa, e incluso sobre Madeira. Son muchos los viajeros extranjeros que hacen referencia a las ventajas climáticas y al bajo coste de vida de Tenerife. De las abundantes citas de viajeros que se pueden mostrar voy a reseñar la que hizo el capitán Richard F. Burton, realizada durante en su primera visita a Tenerife, en 1861. Creo que ella sintetiza muy bien el espíritu de muchos de sus compatriotas:

⁷⁵ Wilde, W. R. *Op. Cit.* Pág. 145.

⁷⁶ D'Urville, Dumont. *Viaje pintoresco alrededor del mundo.* Juan Olivares. Barcelona, 1841. Pág., 17.

⁷⁷ Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* Pág., 107.

⁷⁸ Cooper, W. W. *Op. cit.* Pág. 72.

⁷⁹ En Santa Cruz había dos fondas: la inglesa de los hermanos Richardson en la calle de la Marina y la fonda francesa de Guerin, en la Plaza de la Constitución.

⁸⁰ Cooper, W. W. *Op. cit.* Pág. 68

Yo preferiría mucho más a Tenerife que a Madeira. Está el mundialmente conocido Teide. El conjunto entero está rebosante de las más variadas curiosidades y bellezas. Con respecto al clima, el aire de Santa Cruz es más seco, más claro y, por lo tanto, más saludable para los tuberculosos que el de Funchal. Tenerife tiene muchos climas... Todo el mundo comenta sus propiedades vigorosas, elasticidad y pureza. El valle de La Orotava, cae al otro lado del norte de la isla y tiene un promedio de 5° más caluroso que Madeira. Tenerife también es tranquila y aburrida, pero con un testigo. Hay muchas viejas familias españolas descendientes de los victoriosos y establecidos en la isla desde los días de la conquista.

Estas ventajas naturales, climáticas y sociales de Tenerife para el tratamiento climatoterapéutico de las personas afectadas de tuberculosis, habían despertado una gran ilusión y esperanza entre los médicos y los *invalids* en Inglaterra,⁸¹ pero especialmente entre los médicos a los cuales se les consideraban unos fanáticos de la climatoterapia, porque era el colectivo social más afectado por la tisis (dos tercios de los médicos padecían la enfermedad). Muchos de los médicos que visitaron Canarias eran tuberculosos. En la medida en que la profesión les facilitaba el diagnóstico precoz de la enfermedad, inmediatamente se trasladaban a los *health resorts* para su cura. En opinión del viajero francés Eugène Pègot-Ogier, uno de los viajeros más críticos que visitó Tenerife, la isla era uno de los lugares más idóneos para la ubicación de un «centro sanitario»,⁸² es decir, de un centro turístico. Por su parte, los *invalids* también mostraron un estado de optimismo, ya que en esos años, la única forma de tratamiento de la tuberculosis consistía en la permanencia en un *sanatorium* u hotel que cumpliera la misma función,⁸³ o en las casas situadas en medio de la naturaleza de países con climas cálidos donde se pudiera descansar, llevar una vida de reposo, respirar aire puro, etc. De hecho, en los años sesenta, a pesar del escaso alojamiento que existía en Tenerife y las deficiencias de comunicación interna, un número nada despreciable de enfermos se trasladaban a la isla en invierno. Comentó el británico Charles Saunders Dundas, cónsul en Canarias desde el 16 de abril de 1877 hasta 1 de abril de 1882, que le abrumaban las cartas de compatriotas pidiéndole todo tipo de detalles sobre el clima, alquileres de casas, etc.⁸⁴ La *boarding-house* de los Turnbull en el Puerto de la Cruz recibía un buen número de *invalids*, como veremos más adelante.

Una realidad percibida incluso por algunos visitantes no tan foráneos. En julio de 1861 visitó Tenerife el cónsul de España en Sierra Leona, Ramón de San Juan. Durante su visita a la isla se hospedó en la casa de su amigo Ramón de Castro en Laguna. En uno de los encuentros con algunos miembros de la burguesía lagunera, como José de Ossuna, Nicolás Lorenzo-Cáceres y Martínez de Santaella y José de Olivera, entre otros, Ramón de San Juan aprovechó la ocasión para indicarles la necesidad de establecer una «gran fonda» en Laguna, lugar, para él, de mayor mérito que el valle de La Orotava, que fuera «lo más decente posible, con jardines, baños, y todas las comodidades imaginables; de esta manera todos los extranjeros que se dirigen a Madeira preferirían este punto, por las ventajas de todas clases y calcúlese cuán interesante sería para el país este elemento de riqueza y prosperidad».⁸⁵

Sin embargo, todos estos reclamos encontraron poco eco las islas. Tras la regresión económica desencadenada desde 1820 por el fuerte retroceso de los cultivos de exportación de vino y barrilla y la pérdida de las colonias americanas, Canarias apostó bajo el librecambismo por una estrategia de crecimiento agrario -como había sido la dinámica de desarrollo económico a través de los siglos- basada en el cultivo del nopal para la cría de la cochinilla. La importancia concedida a la política económica librecambista y a la cochinilla en la nueva estrategia del propietario isleño para remontar la crisis fue tremendamente grande. Pero, por otro lado, la

⁸¹ Jaccoud, S. *The curability and treatment of pulmonary phthisis*. Kegan Paul, Trench & Co. London, 1885. Pág., 377

⁸² Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* Pág., 94

⁸³ Sutcliffe, Jenny & Duin, Nancy. *Historia de la medicina*. Blume. Barcelona, 1993. Pág., 110.

⁸⁴ P.R.O. HCI 4584 4ip 00971

⁸⁵ Olivera, José de. *Mi Álbum, 1858-1862*. Laguna, 1969. Pág. 300.

cultura rural reinante en la sociedad isleña impedía pensar en una alternativa económica que no fuera la agrícola. La prensa isleña que venía publicándose desde los años sesenta (*El Ramillete, Lealtad, La Opinión, El Contribuyente, El Progreso de Canarias*, etc.) mostró escaso interés, por no decir nulo, por el turismo y la climatoterapia. Solamente esa ausencia de sensibilidad comenzó a ser abandonada a partir de mediados de la década de los ochenta. En líneas generales, las clases altas y la intelectualidad de Tenerife eran conscientes que ningún libro de viaje sobre Canarias, ningún diario de viajes por Tenerife o ninguna carta de los comerciantes establecidos en los puertos dejaban de mencionar la benignidad del clima de las islas. Incluso, los propietarios de las localidades más importantes de Tenerife (Santa Cruz La Orotava y Laguna) hablaban sobre la posibilidad de hacer en el valle un *health resort* invernal para *invalids*.⁸⁶ Sin embargo, su interés por el futuro turístico no pasaba de la mera conversación entre bastidores y no hubo ni iniciativa política ni financiera alguno, ya fuera en Tenerife o Gran Canaria. No obstante sería vano afirmar que toda esa corriente de opinión favorable a Tenerife no tuviera cierta resonancia entre algunos isleños. A finales de noviembre de 1861 comenzó a circular por el Puerto de la Cruz el folleto de Gabriel de Belcastel *Les Iles Canaries et la Vallee d'La Orotava au point du vue*, en español, gracias a la traducción de Aurelio Pérez Zamora, hecho que pone de manifiesto el interés que despertó entre algunos isleños el reclamo de la climatoterapia. O la iniciativa de formación de una compañía hotelera en La Paz en 1865 de Nicolás Benítez de Lugo. Aspectos todos ellos al que dedicaremos nuestra atención en el capítulo destinado a la primera hostelería insular. La pequeña colonia canaria en la capital de España mostró también interés por el establecimiento de un *health resort*. *La Atlántida*, periódico elaborado por intelectuales canarios afincados en Madrid (Fernando León y Castillo, Benito Pérez Galdós, Rafael Fernández Neda, etc.), publicó un largo artículo en su número del 5 de mayo de 1868 donde elogiaba las inmejorables condiciones que reunía el Puerto de la Cruz como *sanatorium*, basándose precisamente en el libro de Gabriel de Belcastel.

A mediados del siglo se dieron algunas iniciativas hoteleras importantes entre ciertos propietarios locales. Por ejemplo, en Santa Cruz establece Feliciano Durvan una fonda (más tarde conocida como Hotel Telégrafo). En el Puerto de la Cruz Nicolás Martínez abre otra en su casa de la plaza del Charco en 1853. O la iniciativa tomada por José Gobeia Arbelo en 1862 con el arrendamiento de la lujosa casa de Antonio Díaz Flores en 1862 en La Orotava para el establecimiento de un hotel.

Pero no se trataba de casos aislados como estos, sino de la formación de una auténtica compañía capaz de realizar el proyecto de la construcción de un hotel que fuera punto de referencia de los que hacían turismo por Europa, aunque fuera un proyecto poco viable por la actitud que mostraban los naturales con respecto a los extranjeros. En 1861 Richard F. Burton comentó:

*Santa Cruz aparte de ser un puerto franco, ofrece poco incentivo a los forasteros, que después de ser molestados y engañados en todos los sentidos, encuentran una total ausencia de las más elementales comodidades de la vida. Establecer un hotel a cierta escala arruinaría a cualquier particular; solamente podría ser instalado por una compañía y no soy tan optimista, pues incluso pienso que esto no tendría éxito. Los españoles [los isleños] no parecen animar el influjo de extranjeros.*⁸⁷

El Gobierno central, que se supone que tenía que jugar su papel, no prestó la suficiente atención. En líneas generales, a primera vista, las clases acomodadas de la Península tenían sus sitios de veraneo (Santander, San Sebastián y Costa Brava, fundamentalmente). Precisamente, a partir de 1845, año en que la reina Isabel II tomó baños por primera vez en la playa de la Concha de San Sebastián, el lugar se convirtió en centro de moda de las clases altas

⁸⁶ Pègot-Ogier, E. *The Fortunate Isles*. Richard Bentley. London, 1871. v.ii, pág., 40.

⁸⁷ Burton, Richard F. *Op. Cit.* Pág., 114.

peninsulares. Además, el archipiélago de las Canarias se percibía como un territorio diferente considerado como un desprendimiento miserable y raquítrico de la costa africana.⁸⁸ Era un territorio de ultramar donde se destinaba a los desterrados. En las capitales de Gran Canaria y Tenerife había un gran número de oficiales no sólo de militares de destino, sino también de aquellos a los que el gobierno central había enviado porque «cuya presencia en suelo español parecía amenazar su seguridad».⁸⁹ Por ejemplo, durante la represión en 1868 del gobierno de González Bravo contra altas instancias de las fuerzas armadas más conservadoras fueron desterrados a Canarias los generales Duque de la Torre, Serrano Bedoya, Dulce y Caballero de Rodas, Milán del Bosch, López Domínguez y muchos otros.⁹⁰ El duque de la Torre y el general Dulce vinieron acompañados de sus respectivas esposas, el segundo se estableció en una casa en Tafira alquilada a Juan Iglesias. Algunos se alojaron en las fondas de José Fonda Monzón en Las Palmas y de Fonda Richardson en Santa Cruz. Estos miembros del ejército -comenta Pègot-Ogier- desplegaban con placer sus uniformes que tanto les encantaban a los isleños.⁹¹ También había deportados en La Orotava.⁹² Es manifiesto, por otro lado, el olvido al que estaba sometida las islas.⁹³ Existían escasos vínculos comerciales entre la Península Ibérica y Canarias que se traducían en una insignificante presencia de líneas marítimas, deficiencia de comunicaciones postales, etc.⁹⁴ En la visita que realizó a Tenerife en julio de 1861 Ramón de San Juan abordó con tristeza esa cruda realidad:

*Rodase después la conversación en la mesa sobre los proyectos de nuestro gobierno respecto a la colonización de Fernando Poo y como testigo presencial lamentaba que los sacrificios que hacía la nación no los empleara mejor en las islas Canarias.*⁹⁵

Por otro lado, tampoco hubo esfuerzo suficiente para remediar la deficiencia de centros meteorológicos en Canarias producto del abandono a que estaba sometido el archipiélago por parte de la Administración central. Ni las instituciones locales ni el Gobierno central de la nación realizaron esfuerzos suficientes para crear observatorios (primer paso imprescindible para favorecer el establecimiento de *sanatorium* o *health resort*) que se encargaran de registrar las temperaturas diarias, hacer observaciones pluviométricas e higrométricas, etc. Ante esta falta de interés gubernamental, Pègot-Ogier reclama la atención de los casinos de La Orotava y del Puerto de la Cruz para que se encargaran de dichas observaciones y las enviaran a las revistas científicas europeas.⁹⁶ Se hacía necesario –continúa el francés- la construcción de un hotel en Santa Cruz y el Puerto de la Cruz; que los hacendados se decidieran y prepararan muchas de sus casas en confortables residencias para alquilar; que se mejorara el muelle de la capital, etc. Era preciso un movimiento por parte de los isleños para conseguir tales objetivos, en primer lugar, para hacer de la isla un centro comercial, un puerto de primera clase, y un *health resort* para *invalids* que rivalizara con Madeira. Pero, como dijo el mismo Pègot-Ogier:

*Ni los habitantes, ni el Gobierno ni la municipalidad hacen algo para atraer a los invalids.*⁹⁷

En el año 1867 se fundó la Estación Meteorológica del Instituto de Canarias y se recibieron objetos destinados a la observación y registros meteorológicos. Sin embargo, aún en 1907 se

⁸⁸ El Valle de La Orotava. 30-IV-1889.

⁸⁹ Pègot-Ogier. *Op. Cit.* v.i. Pág., 318.

⁹⁰ Navarro Ruiz, Carlos. *Páginas históricas de Gran Canaria*. Diario. Las Palmas. 1933. Pág., 136.

⁹¹ Pègot-Ogier. *Op. Cit.* v.i. Pág. 318.

⁹² Navarro Ruiz, C. *Op. Cit.* Pág., 136.

⁹³ Martín Hernández, Ulises. *Presencia extranjera en Tenerife*. C.C.P.C. Laguna, 1990. Pág., 41.

⁹⁴ *Ibidem*.

⁹⁵ Oliveira, José. *Op. Cit.* Pág., 301.

⁹⁶ Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* Pág., 119

⁹⁷ Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* Pág., 107

insiste en que se siga dotando de instrumental a la Estación Meteorológica porque sus datos "los solicitan los extranjeros que visitan las islas y desgraciadamente -se afirma- sucede todo lo contrario, no pudiendo por falta de aparatos para facilitar todas las noticias que piden frecuentemente".⁹⁸ En efecto, la queja de la dirección del Instituto pone de manifiesto la escasez de instrumentos para realizar las observaciones atmosféricas, así como el interés de los extranjeros por los mismos. Es significativo el hecho de que los únicos registros y observaciones que se habían hecho sobre los fenómenos atmosféricos de las islas los habían realizado hasta entonces extranjeros particulares. Según la documentación histórica del Instituto Nacional de Meteorología de Santa Cruz de Tenerife, la única «Estación Meteorológica» con la que contó la ciudad fue una particular instalada desde octubre de 1867 en una casa frente la iglesia del Pilar al parecer de la familia La-Roche Aguilar.⁹⁹ Después de los primeros registros hechos por la mencionada familia se instala el Observatorio Meteorológico se instala en uno de los pisos de la torre de Sana Francisco, pero presentaba varios problemas tanto científicos como técnicos.¹⁰⁰

Por su parte, aún en los años noventa, el Centro Meteorológico de Madrid no había prestado atención a las islas. En el registro de observaciones climáticas recogidas en el Instituto Central Meteorológico de Madrid en 1896, aparecen los registros de las temperaturas, vientos, estados de la mar, etc., de todas las capitales de provincias, incluso de los centros turísticos europeos Aix-en-Provence, Biarritz, Niza, Funchal, Argel, Túnez, etc.), y sin embargo no aparece ninguna información de la climatología de Canarias. Es más, en el listado de capitales de provincias del Estado sólo aparecen las de la Península, no figurando en ningún momento Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife.¹⁰¹

Éstas fueron las razones por la cual Madeira mantendría el monopolio turístico en las islas del Atlántico durante todo el siglo y que muy pocos turistas y convalecientes vinieran a las islas mayores de Canarias.

BARRERAS INICIALES DEL TURISMO.

Llegado a este punto cabría preguntarnos, ¿Si Tenerife se había ganado una espléndida reputación por la benignidad de su clima para el tratamiento de la tuberculosis y otras enfermedades, es decir, había sido elogiado para convertirse en un centro médico-turístico, por qué carecía de un servicio mínimo de alojamiento y tardó en reaccionar a los reclamos extranjeros?; ¿por qué la climatoterapia tardó décadas en desarrollarse en Canarias, y particularmente en Tenerife y Gran Canaria? y ¿qué razones impidieron el desarrollo del turismo en las islas en la primera mitad del siglo XIX, y no se dio el mismo hasta llegar a la década de los ochenta?.

Las opiniones favorables a Tenerife, incluso angustian a los ingleses con intereses económicos en Madeira y a los propios naturales de la isla portuguesa. Olivia Stone nos hace llegar la preocupación de los médicos, hoteleros y habitantes de Madeira por la puesta en funcionamiento del telégrafo en las islas. "Están temblando de miedo –comenta la viajera- por la llegada del telégrafo a estas islas y saben que el clima es mucho mejor, más seco y con menos variaciones térmicas que el de Madeira, y que lo único que hace falta para que este archipiélago [Canarias] reciba más visitantes es contar con unos buenos hoteles". Entre otros comentarios continuó relatando:

⁹⁸ Fajardo Spínola, Francisco. *Historia del Instituto de Canarias*. C.C.P.C. Santa Cruz, 1995. Pág., 112.

⁹⁹ Archivo Instituto Nacional de Meteorología. Tenerife.

¹⁰⁰ *Diario de Tenerife*, nº 62 Miércoles 12 de Enero de 1887.

¹⁰¹ N.M.O. Instituto Central Meteorológico. Boletín Diario, Año IV Primer Semestre. 1896. Madrid.

Es muy difícil imaginarse un lugar más adecuado para los invalids. Aparte del clima seco y saludable, hay muchas más ventajas. Todas las islas disfrutan casi del mismo clima y temperatura. Un lugar puede tener algunos grados más cálidos que otro, dependiendo de su situación, pero no hay, excepto en las montañas, diferencias perceptibles. Por tal razón, quien esté obligado a estar seis o siete meses al año en el extranjero, en lugar de ir a agotadora y cara Riviera francesa, o de tener que permanecer a bordo de un barco por el Nilo, igual de caro, o de exponerse a los bruscos descensos de temperaturas de Niza o Cannes, o de encerrarse en Madeira, podría venir aquí a visitar las distintas islas.¹⁰²

A la vista del curso de los acontecimientos, el doctor en medicina por la Universidad de Oxford, sir Henry Acland, en un artículo publicado en el *Times* dice:

En realidad no sé cuál de las dos naciones Portugal e Inglaterra perderían más si la Madeira quedase desierta para siempre en beneficio de las Islas Canarias. Según se presenta la marcha de las cosas, éste será el destino probable de la hermosa Madeira histórica.

Preocupación producto de la vieja amistad entre Portugal e Inglaterra, cuya famosa expresión inglesa «Portugal is England's oldest ally» lo dice todo.

Según el alemán Uwe Riedel,¹⁰³ la causa fundamental del desarrollo tardío del turismo en el archipiélago fue la deficiencia de las comunicaciones marítimas con las islas. O lo que es lo mismo, la afluencia turística hacia Canarias se debió al aumento de arribada de vapores después de 1885. Riedel, basándose en el viajero germano-suizo Christ, afirma que el hecho de que transporte marítimo tardara aproximadamente una semana «constituye una sana barrera contra la invasión de gente».¹⁰⁴ Algunos historiadores locales han señalado como un factor que favoreció la afluencia de viajeros, la implantación de los Puertos Francos en el año 1852. Hay quien afirma que su desarrollo es consecuencia directa de la implantación de los cultivos de exportación del tomate y plátano. Desde luego que sin facilidades para viajar no habría evidentemente desplazamiento y, por consiguiente, tampoco viajeros. Es un elemento importante sin el cual es difícil entender el fenómeno de la movilidad turística. Pero es que las islas estaban muy bien comunicadas. Desde mediados del siglo XIX los viajeros ya disponían de unos buenos medios de transportes hacia los puertos canarios, toda vez que, desde que el muelle de Santa Cruz fue declarado puerto de depósito de carbón en 1836, no cesaba de aumentar el número de buques de vapor. Crecería considerablemente, tanto en el muelle de Santa Cruz como en el de La Luz de Las Palmas, después de la declaración de Puertos Francos en 1852 y, fundamentalmente, a partir de 1856, cuando todas las líneas inglesas y francesas de barcos de vapor establecieron un sistema de comunicación permanente con las islas en sus viajes de ida y vuelta. A pesar del obstáculo que suponía la ausencia de comunicaciones telegráficas o las arbitrarias normas de cuarentena que con frecuencia solían aplicarse, el progresivo aumento de vapores que nos visitaban adquiere su cenit con el gran movimiento marítimo transatlántico registrado a partir de la segunda década de los setenta. Es significativo el comentario que le hace en 1878 el cónsul británico en Canarias, Charles Saunders Dundas al doctor William Marcet:

Solamente hay 24 residentes ingleses en Tenerife, aunque el número de vapores que recalca diariamente en Santa Cruz me mantiene ocupado.¹⁰⁵

En efecto, con el inicio de la era del imperio a partir de 1875, se asiste a una globalización de la economía que penetró de forma progresiva en los rincones más remotos del mundo,

¹⁰² Stone, Olivia. *Teneriffé and its six satellites*. Marcus Ward. London, 1887. 2 vols. v.ii. Pág., 197.

¹⁰³ Riedel, Uwe. "Las líneas de desarrollo del turismo en las islas Canarias". *A.E.A.* nº 18 (1972). Pág. 498.

¹⁰⁴ Riedel, U. *Op. Cit.* Pág., 13.

¹⁰⁵ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág., 253.

desarrollándose un tejido cada vez más denso de comunicaciones y movimientos de productos y seres humanos.¹⁰⁶ La expansión tecnológica de Gran Bretaña dependía de materias primas, que por razones climáticas, o por azares de la geología, se encontraban en lugares remotos. El mercado de productos coloniales como el azúcar, té, café, cacao y sus derivados aumentó desde entonces considerablemente. Gracias a la rapidez de los vapores y a las modernas técnicas de conservación y refrigeración comenzaron a afluir grandes cantidades de frutas tropicales y subtropicales. Por otro lado, las colonias de rápida expansión como Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, etc., estaban siendo habitadas con población inglesa, lo que suponía un gran movimiento de colonos. Todos estos fenómenos demandaban una gran flota de buques de altura por parte del Imperio. En 1885 un tercio de ellos en el mundo estaban registrados en Inglaterra.¹⁰⁷

Dentro de este contexto del desarrollo de la navegación y del comercio ultramarino, las Islas Canarias estaban llamadas a jugar un papel importante como base de aprovisionamiento de carbón. Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife se convirtieron en dos estaciones carboneras donde los vapores podían reponer el combustible a lo largo de las distintas rutas. Por ejemplo, su comercio en Santa Cruz estaba creciendo diariamente. La cantidad importada por *Hamilton and Co*, sus principales importadores, había alcanzado la cifra de 13.000 toneladas en 1882, muy superior a las 5.000 suministrada en la década pasada. Por esas mismas fechas, *Blandy Brothers*, instalados en Madeira desde 1807, habían establecido una estación de carbón en Las Palmas.¹⁰⁸ De esta manera, había llegado a alcanzar tales proporciones, que en el año 1885 su importación alcanzó la cifra de 30.000 toneladas.

Desde luego en las primeras décadas de la centuria decimonónica la deficiencia en las comunicaciones era manifiesta, ya que solamente dos compañías navieras británicas, la *Oriental* y *Peninsular Steam Navigation Company*, tenían una travesía bimensual desde Southampton hacia Tenerife.¹⁰⁹ Pero ante la demanda de viajeros, las compañías navieras que operaban en esos momentos aprovechan sus rutas comerciales para organizar *tours* (fundamentalmente de emigrantes) hacia los diferentes puntos del globo. Las navieras que se encargaban de realizar las rutas comerciales facilitan sus espacios libres para transportar pasajeros a las colonias de ultramar. De esa manera, el traslado de pasajeros suponía un beneficio económico doble en el aprovechamiento de la ruta. Por un lado, realizaban el comercio extensivo de mercancías a gran escala y, por otro lado, transportaban a los viajeros a unos precios nada despreciables. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, los intereses británicos en la costa occidental de África estaban creciendo de una manera notable. Esto hace que se establezcan unas líneas navieras que cubrieran la ruta de forma regular. Consecuentemente, desde los mismos albores de los cincuenta de la centuria pasada, las islas se verían favorecidas por los servicios de las compañías que irían a realizar los trayectos. Huelga decir que aparte de las británicas había otras líneas que operaban con las islas. De Marsella, Havre, St. Nazaire, América y Cádiz salían barcos dos veces al mes rumbo a las Canarias. Desde Liverpool, Plymouth, Southampton y Londres salían los sábados haciendo escala en Funchal, Tenerife y Las Palmas. Alrededor de los años sesenta el número de vapores que cruzaban el Atlántico era de 100 a 150 al año.¹¹⁰ Es de suponer que, en la medida en que en Canarias había dos estaciones carboneras, muchos de esos vapores repostaran en ellos. Según el ANEXO de la *Public Record Office*, solamente el movimiento de navíos y barcos de vapor británicos, excluyendo los veleros, que visitaron los puertos de las islas mayores durante el período de tiempo que va desde 1872 a 1895 se había

¹⁰⁶ Hobsbawm, E.J. *La era del imperio (1875-1914)*. Labor. Barcelona 1989. Pág. 62

¹⁰⁷ Macaulay, George. *Historia social de Inglaterra*. F.C.E. Méjico, 1984. Pág. 578

¹⁰⁸ Stone, O. *Tenerife and its six satellites*. London, 1887. vol.II. Pág. 103

¹⁰⁹ Wilde, W. R. *Op. Cit.* Pág. 77

¹¹⁰ Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* v.ii. Pág., 96.

triplicado, resultando una media de visitas anuales de 199 barcos para el muelle de Santa Cruz en Tenerife y de 212 para el muelle de La Luz en Las Palmas.

Es decir, a pesar del auge de la actividad portuaria y por añadidura el aumento del tráfico de personas como consecuencia de la implantación de las franquicias, no se dio un mínimo destello de afluencia turística a nuestras islas, fundamentalmente a Tenerife y Gran Canaria. La razón fue, fundamentalmente, por la ausencia de una infraestructura de alojamiento en los principales puertos de ambas islas. Justo con el establecimiento de alojamientos, y sobre todo con la apertura en 1886 del *Sanatorium u Orotava Grand Hotel* en el Puerto de la Cruz, y la proliferación de establecimientos hoteleros de cierta calidad en las principales islas de realengo, es cuando poco a poco comenzó el aumento del número de turistas. Compañías navieras británicas establecidas desde hacía tiempo en Canarias (*Elder, Dempster and Co.* -los agentes en la islas de la *British and African Steam Navigation Company*- Alexander Sinclair, de la *African Steamship Company, Forwood Bros.* y otras) aprovechan las rutas de sus vapores para inaugurar un sistema de *tours* hacia las islas de Tenerife y Gran Canaria. Es decir, treinta largos años después de la existencia de buenas comunicaciones con Europa y especialmente con Inglaterra -país que aportaba dos tercios de «turistas» por entonces- y aproximadamente cincuenta años después de que Tenerife se ganara la reputación como *health resort* del Sur y la simpatía de la clase médica inglesa.¹¹¹

La mejora de los medios de transportes está directamente relacionada con un aumento de los deseos de viajar. Pero, como dice Dennison Nash, aun considerando que la mejora de los medios de transportes es un factor nada despreciable, en el desarrollo del turismo todo parece indicar que conviene dar más importancia al aumento de la productividad de las sociedades industrializadas, al ocio y al tiempo libre que genera, que a otros factores.¹¹² Parece corroborar esta tesis el hecho de que desde las primeras décadas del siglo XIX, cuando el vapor aún estaba en sus inicios, ya se trasladaban británicos para disfrutar del apacible clima de la isla de Tenerife. Más significativo todavía es el ejemplo de Madeira. El viaje desde Liverpool a Madeira desde las primeras décadas del siglo XIX hasta mediados de los años cincuenta tardaba tres semanas, y la media de barcos que tocaban el puerto de Funchal era de 8 mensuales.¹¹³ Sin embargo, a pesar del tiempo que se tardaba por mar en alcanzar la isla portuguesa e incluso con una escasa afluencia de vapores, Madeira recibía en esas fechas un buen número de visitantes británicos, como ya hemos indicado. Es indudable que si el medio de comunicación marítimo fuera determinante, por el poco tráfico oceánico y duración del viaje, no tenía por qué darse tal afluencia de visitantes. ¿Por qué, entonces, Madeira era receptora de turistas e *invalids*?. Porque contaba con una infraestructura de alojamiento relativamente aceptable. Muy probablemente esa amplia oferta se debiera al hecho de la temprana presencia del británico en la isla. Para el disfrute de una estancia turística en el sur, ya fuera para una convalecencia o por razones de ocio, era necesario que el turista tenga tiempo libre, dinero (toda la tardanza de los viajes por mar) para poder costear la estancia en el extranjero), y que el país receptor tenga una infraestructura de alojamiento capaz que el visitante pueda hospedarse. Las dos primeras razones indudablemente no dependen directamente del país receptor. Sin embargo, la tercera es responsabilidad exclusivamente de él. Es esta última razón, la ausencia de alojamiento en Tenerife y Gran Canaria, lo que diferenciaba a Canarias de Madeira y de Europa. Junto con otras, fue una de las barreras para el desarrollo turístico de Canarias, que motivó el retraso del turismo.

¿Cuáles fueron las causas de la desatención del sector servicios durante las primeras décadas del siglo y en la época de plena expansión del turismo, los años 1860-1880?. ¿Por qué,

¹¹¹ JACCOUD, S. *Curabilité et taritement de la phthisie pulmonaire*. París 1881. Pág., 377.

¹¹² Nash, Dennison. «El turismo considerado como una forma de imperialismo», en *Anfitriones e invitados*. Smith, Valene L. Madrid, 1992. Pág. 76

¹¹³ Hutchinson, Thomas J. *Impressions of Western Africa*. Frank Cass. London, 1970. Pág., 3.

si existía una opinión favorable hacia Tenerife para el establecimiento de un *health resort* desde la primera mitad del siglo, su puesta en marcha no se daría hasta finales de la década de los ochenta?

Como afirma el mismo Dennison Nash¹¹⁴ para que un centro turístico llegue a ser realidad dependerá de ciertos factores, entre los cuales hay que incluir además del transporte, la colaboración de los habitantes de la zona y determinados recursos económicos. Una sociedad puede hacer uso de su poder para impedir o fomentar las relaciones turísticas.¹¹⁵ De la elección de una u otra postura depende su desarrollo. Cuando tratamos de analizar las razones por las cuales el turismo se desarrolló tarde en Canarias nos encontramos con una lista de barreras que no ayudaron al desarrollo temprano del turismo en Canarias. Como afirma Luis Fernández Fúster, si intuitivamente se conocen los atractivos que un núcleo receptor puede ofrecer como alicientes para despertar y desarrollar una corriente turística –clima, paisaje, etc.–, es claro que sus inversos serán barreras turísticas.¹¹⁶ Es decir, existen una serie de obstáculos o barreras que pueden retrasar el turismo. Pueden ser políticas, sociales demográficas, morales, culturales, religiosas, físicas, etc.¹¹⁷

Entre las razones que explican la ausencia de alojamientos hoteleros y consecuentemente el retraso del turismo en Canarias podemos señalar los aspectos económicos, históricos y sociales. A ellas, debemos de agregar el desinterés que mostraron los empresarios locales por la hospedería, comentado más adelante.

a) *Económicos*. Como hemos comentado, después de la crisis de los años veinte y treinta producida por la pérdida del mercado vitivinícola y barrilla, además de las colonias americanas, la mayoría de los propietarios isleños buscó la prosperidad económica en el cultivo del nopal para la cría de la cochinilla, respondiendo a la coyuntura internacional que demandaba el tinte natural extraído del insecto para la industria textil. Los tintes logrados de la cochinilla crearon tan próspero comercio y dieron tan rápidos beneficios, que no hubo interés en diversificar las actividades económicas. El desarrollo de la cochinilla «hizo a Canarias tan próspera que todas las otras actividades comerciales fueron o descuidadas o abandonadas». La tunera dejaría de ser una fuente de suministro de frutos de alimentación de las clases bajas para convertirse en la cuna del insecto que más «riqueza» creó en tan poco espacio de tiempo. Se revaloriza y especula con las tierras. Una fanegada de tierra llegó a valer 4.000 duros -para hacerse una idea de lo que esto suponía, con esa misma cantidad se podían comprar 100 fanegadas en la Península-, como señala Galván Fernández. La especulación llegó hasta tal punto que de las 1.525 pesetas que costaba un acre de terreno a mediados de siglo en valle de La Orotava, en los años setenta alcanza el alto coste de 7.500 pesetas el acre si era de regadío. El terreno tenía que tener un metro de profundidad, pues se tenía en cuenta a la hora de vender la tierra si el terreno estaba sin remodelar o remodelado.¹¹⁸ En Gran Canaria el acre de terreno sin roturar valía 800 pesetas, mientras que un acre con el metro de profundidad realizado, es decir, desalojado de piedras, costaba 3.000 pesetas. A pesar de esta carestía de la tierra, era tan provechoso el negocio de la grana que los que disponían de capital no cesaban en seguir adquiriendo nuevas fincas, incluso, cuando ya se divisaba su posible decline en los años sesenta.¹¹⁹ Todos querían comprar, no ya solamente por lo que representaba el éxito económico de explotación de la tierra con la cochinilla, sino porque la propiedad de la tierra ocupaba el

¹¹⁴ Nash, Dennison. “El turismo considerado como una forma de imperialismo” en *Anfitriones e invitados*. Endymion. Madrid, 1992. Pág., 78

¹¹⁵ *Ibidem*, pág., 79

¹¹⁶ Fernández Fúster, Luis. *Introducción a la teoría y técnica del turismo*. Alianza. 1985. Pág., 40.

¹¹⁷ *Ibidem*.

¹¹⁸ González Lemus, Nicolás. *Viajeros Victorianos a Canarias*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas. 1998. Págs., 135-37.

¹¹⁹ Belcastel, G. *Op.Cit.* Pág., 14.

norte cardinal de la escala de valores de la pequeña burguesía. El acceso a la propiedad de la tierra constituía todo un símbolo de distinción y prestigio social para la pequeña burguesía. La cochinilla llegó a convertirse en el patrón oro. Una bolsa de cochinilla pasó a ser aceptada como el mismo dinero y era tomado con toda normalidad, y hasta muy bien recibido como trueque, incluso, en las mismas tiendas. Los beneficios originados por el comercio de la cochinilla en los años dorados provocaron un paranoico deseo de riqueza rápida entre los isleños. Según Olivia Stone,

durante los pocos años que fue cultivada la cochinilla, la gente estaba embebida de un intenso deseo de ser rica, una pompa despilfarradora fue la moda... y los isleños se entregaron a un tipo de disfrute desenfrenado de la fortuna que iba surgiendo ante ellos.

Esta *cultura* del enriquecimiento rápido de bonanza económica trajo consigo la desatención de otras áreas de la agricultura y del clima, originando consecuentemente la despreocupación por un sector como el de servicios que reclamaba una mayor atención. Pero a su vez, debilitaría el poco espíritu asociativo entre los propietarios isleños. El principio de la racionalidad económica indica que si la base de la economía canaria era la producción de la cochinilla no tiene sentido estar pensando en otros recursos económicos. Desde la perspectiva de la política económica es de sentido común. Sin embargo, desde la temprana fecha de 1859 en las islas ya se sabía del inminente fracaso de la grana y a pesar de eso se seguía con su locura productiva. La prioridad por las actividades agrarias y comerciales impidió el desarrollo del turismo. Esta fue la razón por la cual el flujo turístico hacia las islas atlánticas se dirigiera antes a Madeira, convirtiéndose así en un importante *health resort* desde la primera mitad del siglo XIX.

b) *Históricas*. La expansión colonial de las potencias marítimas europeas trajo por igual la proliferación de un gran número de puertos de escala donde arribaban los comerciantes. Inglaterra se había convertido en la gran potencia dueña de los mares desde los siglos XVII y XVIII. En cada muelle había una posada, una fonda o un hotel inglés. Los británicos, por iniciativa particular, solían establecer fondas en las ciudades portuarias donde se realizaba el comercio con Inglaterra para ofrecer alojamiento a sus compatriotas. Sin embargo, mientras eso sucedía en otros puertos, no sucedió en los puertos de Canarias, fundamentalmente en los de Tenerife y Gran Canaria. Las leyes de la Corona española y la Santa Inquisición tenían prohibido a todos los que eran considerados herejes y profesaban otras creencias, como los protestantes, que pudieran ejercer artes liberales, oficios mecánicos, vendedores al por menor, sastres, modistas, peluqueros, zapateros, médicos, cirujanos o arquitectos, y el establecimiento de fondas o lugares de alojamiento en los dominios de la Corona de España. En Canarias, a pesar de la mayor permisividad con los herejes protestantes que en otras colonias y la misma Península por razones socioeconómicas, también se les tenía prohibido instalar cualquier tipo de alojamiento. Tampoco podían ser hospedados en ninguna de las posadas establecidas en las islas. El 19 de mayo de 1620 el Tribunal de la Santa Inquisición estableció «que no sean ospitaleros ni tengan casas de posadas en los Puertos los extranjeros ni recojan a ingleses, escoceses ni olandeses». Es decir, que no podían tener casas de posadas ni podían ser hospedados en las casas de posadas los protestantes ingleses, escoceses y holandeses, fundamentalmente los que visitaban las islas por razones no comerciales. En efecto, tal como se declara en la prohibición, afectaba a todos aquellos huéspedes que «son recibidos por dinero [viajeros], pero no a aquellos otros de factores y agentes, los cuales pueden recibir a los correspondientes y personas que con ellos vinieren a tratar y comerciar».¹²⁰ Es decir, solamente se permitía el hospedaje si venían por asuntos comerciales. La orden parece que era aplicada

¹²⁰ Fajardo Spínola, Francisco. *Reducción de protestantes al catolicismo en Canarias durante el siglo XVIII*. Santa Cruz de Tenerife. 1977. Pág. 35

con rigor. Uno de los casos más controvertidos de mediados del siglo XVIII sucedió con la familia Williams. En 1751 se establecen en el Puerto de la Cruz para abrir un mesón la irlandesa Sara Burk o Williams y su hija. Denunciadas a finales de ese año, son interrogadas por miembros de la Inquisición, cumpliendo orden de la Suprema, para saber si eran católicas y cumplían los preceptos de la Iglesia «y si dixeran haber venido por causa de comercio, estando con ellas su marido, se les permita su residencia, no dando escándalo; pero se les mandara dexar el mesón dentro de un breve termino por estarles así prohibido». Habiéndose declarado ambas mujeres protestantes, el Inquisidor ordenó el 13 de mayo de 1752 que abandonaran la isla en el plazo de dos meses, lo que hicieron el 30 de ese mismo mes.¹²¹ Tal hecho histórico prueba que la prohibición era aplicada con toda rigidez. Es decir, a pesar de la relativa tolerancia hacia los herejes extranjeros en las islas, los permisos concedidos a los protestantes se reducían estrictamente a cuestiones de comercio, como destaca Fajardo Spínola. Desde esta perspectiva, la moderada posición de la Inquisición no entorpeció el asentamiento de extranjeros no católicos en suelo isleño, pero sí impidió el desarrollo de la hospedería en las islas, fundamentalmente en los puertos de mayor trasiego comercial (el Puerto de la Cruz, Santa Cruz y Las Palmas de Gran Canaria).

c) *Sociales*. La intolerancia que había practicado las autoridades contra los extranjeros protestantes, impidió el desarrollo de la hostelería y consecuentemente a lo largo de la historia vivió de espaldas a esa industria, es decir, dio pocas muestras de interés por el fomento del turismo. Por su parte, el papel jugado por las clases altas locales fue también determinante porque en líneas generales eran ellas las únicas que disponían de fortunas e inmuebles para poner en marcha el desarrollo de la infraestructura de alejamiento como un nuevo recurso económico. Los propietarios isleños no sólo aseguraban sus rentas de la tierra, sino que a su vez la obtenían de la actividad comercial. Una parte importante de los bienes raíces lo formaban los bienes inmuebles. Desde el siglo XVIII constituían bienes de mayor importancia y significado de sus patrimonios.¹²² Aún en el siglo XIX sobresalía la concentración de viviendas en pocas manos. Por ejemplo, en la declaración de bienes de los hacendados del valle de La Orotava se constata el elevado de número de casas que poseían as familias más acaudaladas, como Ventoso Cólogan, Lavaggi, conde de Siete Fuentes, marqués del Sauzal, etc.¹²³ Algunas eran casas terreras donde residían los medianeros o bien se utilizaban como graneros.¹²⁴ Pero la mayoría estaba en los pueblos y solían arrendarlas. Muchas estaban arrendadas a las casas comerciales o tratantes de vinos establecidos en el Puerto de la Cruz para bodegas. Otras estaban destinadas a viviendas. Aportaban una renta anual fija y, como señala Arbelo García, por el importante número que poseían no debió ser un mal negocio.

A pesar del cosmopolitismo de los hacendados canarios, “la vieja aristocracia local era demasiado orgullosa a facilitar sus casas para instalar hoteles”, comentó William Wilde. Charles Edwardes señala en 1887 que “por muy pobre que estuviera un hacendado isleño en lo menos que pensaría sería en arrendar sus viviendas”. Tal actitud de los propietarios locales fue una de las razones históricas por la cual la hostelería no se desarrolló con anterioridad, justo en los años sesenta como estaba ocurriendo en Europa y en Madeira. Richard F. Burton fue un testigo directo del desinterés que se mostraba a pesar de las ventajas de Tenerife sobre Madeira. Otro viajero, el británico John Whitford es bastante explícito en su afirmación:

¹²¹ Fajardo Spínola, Francisco. *Los extranjeros y la Inquisición de las islas Canarias: 1700-1812*. Memoria de licenciatura. Universidad de Laguna. 1971. Agradezco a su autor las facilidades dadas para su consulta.

¹²² Arbelo García, Adolfo. *La burguesía agraria del Valle de La Orotava (1750-1823)*. Ayuntamiento de La Orotava, 1986. Pág., 188.

¹²³ A.H.P.C. Libro de amillaramiento. 1857.

¹²⁴ *Ibidem*, pp., 189.

*Algunas de ellas (las casas) son ideales para hoteles, pero donde el dueño es un feroz y orgulloso hidalgo es naturalmente adverso a permitir que sus preciosos jardines, los fríos corredores y sus arrogantes habitaciones sean convertidos para usos públicos.*¹²⁵

Según el testimonio oral de algunos descendientes de destacadas familias nobles del valle de La Orotava, coincidiendo con la objeción que hicieron Thomas Debary, Duncan Maclaren y otros viajeros, entre las familias de la elite de las islas, y en particular las del valle de La Orotava, existía una resistencia a dejar sus casas para establecer hoteles. Es decir, se daba una insuficiente colaboración por parte de las clases altas y de los habitantes en general. Ya hemos señalado que la aristocracia local no creía que fuera propio de su clase instalar hoteles en sus viviendas o simplemente fomentar el turismo. El botánico germano suizo Herman Christ comentó durante su estancia en las islas en la primavera de 1884, que el rechazo al turismo de los isleños se debía a la “idea de que con el turismo surge inevitablemente un encarecimiento de los productos, del alquiler, y, en general, de la vida de los pobres isleños. Así es que les parece más un daño que una ventaja”.¹²⁶

Sin embargo, la opinión más generalizada era que los isleños tenían muchos prejuicios con las personas que padecían enfermedades del pecho, fundamentalmente con los tuberculosos. La tuberculosis era la enfermedad infecciosa humana más importante que existía. El mismo viajero Herman Christ se sorprendió del rechazo que se tenía contra los extranjeros *invalids* dado “los cortesés que eran los isleños con los extranjeros”. Parece que el prejuicio era mayor en Tenerife que en la vecina Gran Canaria. Al respecto señala que a los isleños “no les gusta el establecimiento de enfermos en la isla [Tenerife], como me lo confirmaron repetidas veces, porque creen que los males crónicos, especialmente los enfermos del pecho, son contagiosos.”¹²⁷ Efectivamente, al parecer había una actitud hostil hacia los que hacían «turismo» en esos momentos: los *invalids* ingleses y sobre todos a los tuberculosos. Según todas las fuentes, en Canarias existía un miedo atroz fundamentalmente contra los tísicos. El doctor William Marcet será explícito a la hora de exponer ese sentimiento de aversión hacia el tísico y lamentará el rechazo que se practicaba en Tenerife:

*Si no hubiera rechazo por parte de sus habitantes a recibir a los invalids en sus hoteles, especialmente a aquellos que sufren de tisis, creo que atraería mucha mayor atención que lo que actualmente lo hace.*¹²⁸

Opinión que también era compartida por algunos de los residentes en la isla, como era Herman Wildpret o el cónsul Británico en Las Palmas, que muestran su indignación por el rechazo a los tísicos que había en los pocos hoteles locales de Tenerife:

*Él deplora (Sr. Wildpret) la ausencia de un buen hotel para invalids y ningún problema está perfectamente fundado para justificarlo. Los españoles en Tenerife simplemente rechazan, me dice, recibir enfermos de tuberculosis en sus hoteles porque consideran la enfermedad como contagiosa. Una carta en The Times del Cónsul Británico en Gran Canaria, a quien yo tuve el placer de conocer, confirmaba plenamente esta afirmación.*¹²⁹

El cónsul británico en Tenerife, Charles S. Dundas en 1881 fue categórico en su informe al *Foreign Office*, cuando afirma que existe una repugnancia arraigada para con los enfermos de tuberculosis y no los quieren.

¹²⁵ Whitford, John. *Op. Cit.* Pág., 38.

¹²⁶ Christ, Herman. *Un viaje a Canarias en primavera*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas, 1998. Pág., 133.

¹²⁷ *Ibidem*.

¹²⁸ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág. 320

¹²⁹ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág. 252

El viajero Edwardes también hace alusión al rechazo que tenían los naturales de Tenerife, para quien el «mero nombre de *invalid* les hacía temblar y alejarse». Y continúa el inglés refiriéndose a lo que pensaba el tinerfeño con respecto a la tuberculosis:

*Creía que una enfermedad pulmonar era contagiosa; de tal manera que, por muy pobre que pudiera ser, jamás soñaría en el arrendamiento de una casa vacía a una persona afectada de tuberculosis.*¹³⁰

Pero, ¿por qué la práctica del arrendamiento de viviendas también entraba en colisión con el conjunto de principios, creencias, ideas y valoraciones que regía su comportamiento con respecto a la tuberculosis?. No era exclusivo de aquí, aunque en las islas estaba más acentuado. Se creía que las enfermedades del pulmón eran contagiosas. Y en particular el tuberculoso era considerado, en el siglo pasado, como un ser peligroso, como un marginado social cuyo contacto había que evitar. Su tos, su sudor, sus palabras, aquello que tocaba, era considerado contagioso.¹³¹ Pero en Canarias estaba tal vez más justificado el miedo a la tuberculosis que en cualquier otra parte de Europa, porque era prácticamente desconocida. Los casos de defunciones de tuberculosis pulmonar eran los más bajos del mundo. Por ejemplo, en el valle de La Orotava, comarca de la que solamente tenemos datos, era de 0,73 por mil al año y en los pueblos de montaña de las islas la tuberculosis era completamente desconocida.¹³² Las virtudes profilácticas y curativas del clima y la pureza medioambiental de las islas evitaban que se extendiera la enfermedad entre la población, aunque, como veremos más adelante, la presencia de turistas tísicos europeos en Canarias va a suponer la aparición de la tuberculosis en suelo isleño. Solamente a medida que se fue incrementando el número de visitantes enfermos se fue superando la actitud negativa hacia ellos.

El rechazo a la tuberculosis estaba asociado estrechamente al miedo que tenía la mayoría de la población canaria a las enfermedades y epidemias en la medida en que en muchas ocasiones éstas solían ser introducidas desde el exterior.¹³³ Sin embargo, no todos compartían tales explicaciones. Juan Bethencourt Alfonso fue uno de los intelectuales isleños que levantó la voz contra este tipo de creencia y no dudó en afirmar que si realmente Canarias quería ponerse a la altura de los pueblos civilizados, si realmente quería disfrutar de las ventajas de la Ilustración y si en definitiva quería salir de la situación vergonzosa e ignorante en la cual estaba sumida no debería buscar chivo expiatorio fuera, sino buscar las causas en la propia casa.¹³⁴

Todas estas razones ocasionarían el descuido para el desarrollo de la hospedería en una isla como Tenerife, que había despertado el entusiasmo entre los acaudalados del norte de Europa, especialmente entre los ingleses, colectivo turístico por antonomasia en el siglo XIX. Tenerife como el resto de Canarias prestaba un servicio de alojamiento muy pobre, tanto para *invalids* como a turistas de ocio en general. Se necesitaban fondas, hoteles y casas de huéspedes sin más retraso.¹³⁵

¹³⁰ Edwardes, Ch. Op. Cit. Pág.16

¹³¹ Báguena Cervellera. Op. Cit. Pág. 32

¹³² Zerolo Heredia, Tomás. *Climatoterapia de la tuberculosis pulmonar*. Bonnet. Santa Cruz de Tenerife, 1884. Pág., 294.

¹³³ González Lemus, N. *Génesis del turismo y presencia británica en Canarias. Tenerife (1850-1900)*. Tesis doctoral. 2 vols. Laguna, 1996. Págs., 316-319.

¹³⁴ Bethencourt Alfonso, J. *Historia del Pueblo guanche*. 3 vols. Francisco Lemus Ed. Laguna. V.i. Págs., 81-82.

¹³⁵ Benjamin, S.G.W. Op. Cit. Pág., 267.

NUEVOS ESTUDIOS MICROCLIMÁTICOS Y PAUTAS COYUNTURALES EN LA PUESTA EN MARCHA DEL TURISMO

Estoy totalmente recuperado de mi tisis (sic). La estancia en Tenerife me ha curado del todo la dolencia pulmonar y estoy convencido que el clima de estas encantadoras islas es recomendable para los enfermos.

Hjalmar Öhrvall

Introducción.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX y sobre todo de la década de los setenta, Europa fue testigo de una época de prosperidad. Las nuevas industrias y las nuevas fuentes de energía habían transformado asombrosamente el progreso humano. El nuevo mundo creado por esos vertiginosos cambios condujo al reforzamiento de una clase ociosa burguesa con suficiente tiempo libre y recursos para practicar el viaje. Viajar a los lugares exóticos, lograr la evasión de lo cotidiano, poder disfrutar de los placeres y el ocio en los lugares turísticos de moda, practicar el nuevo arte que estaba imponiéndose, la fotografía, etc., constituía uno de los mayores anhelos de los nuevos ricos. Por su parte, el desarrollo de un mejor nivel de vida de la sociedad en general, donde las vacaciones aparecen por primera vez en las clases medias y trabajadoras, y las nuevas formas de transporte –como el ferrocarril– permitieron la aparición del “fin de semana” como un tiempo específico para la recreación y diversión, preferentemente a los centros de esparcimiento a orillas del mar, en otro tiempo solamente al alcance de los acaudalados, -una práctica que disgustó a la clientela de la clase alta que aún los visitaba-.¹³⁶

Por otro lado, la tuberculosis seguía siendo un grave problema social. Inglaterra, al igual que otros países de Europa, estaba viviendo su desarrollo industrial, lo que originaba una contaminación en las grandes ciudades con repercusiones sociales desalentadoras, ya que sus habitantes tenían que respirar la fetidez de las heces de los caballos de carruajes, el estiércol, la basura; soportar los torrentes de humo que vomitaban al cielo «los inmensos tubos de ladrillos, los miles de hornos de las industrias, las chimeneas de las fábricas, de la calefacción de cada una de las habitaciones de las casas -que era de carbón-, los mecheros de gas que iluminaban las calles y las tiendas, etc.»¹³⁷ Estos malos olores y humos lanzados a la atmósfera, se quedaban estancados debido a la falta de circulación del aire, contribuyendo de esa manera a espesar aún más la espesa niebla londinense, haciendo imposible que los enfermos se recuperaran al carecer de aire limpio. Jules Vallès, exiliado en Londres hasta la amnistía de 10 de julio de 1880 le permitiera volver a su patria (Francia), calificó la «ciudad de las nieblas y humos».¹³⁸ William Marcet, siguiendo el trabajo de investigación del doctor Alexander Buchan, *Weather and health of London*, publicado el 23 de junio de 1881 en la revista *Natura*, recoge las alarmantes cifras de los que mueren en Inglaterra por bronquitis y neumonía respectivamente, siendo la tuberculosis la más frecuente. La epidemia del siglo XIX era la tuberculosis. Europa estaba seriamente afectada por ella. A lo largo de toda la segunda mitad del siglo, alrededor de un quinto de la población europea moría a causa de afecciones pulmonares y como consecuencia de la tuberculosis el 10%. La tuberculosis, si no determinaba la muerte, dejaba viciado el organismo haciéndolo más débil para resistir a otras enfermedades adquiridas y llevadas irremediablemente a la *consumption*.¹³⁹ Además, como era hereditaria,

¹³⁶ Spielvogel, Jackson. *Civilizaciones de occidente*. Int. Thomson. México, 1997. Pág., 812.

¹³⁷ Lacassagne, C-L. y Neil Davis. *Lujo, algazara y fetidez*. En Londres 1851-1901 de Mónica Charlot y Roland Marx. Madrid, 1993. Pág. 63

¹³⁸ Charlot, Mónica. *Op. Cit.* Pág. 55

¹³⁹ Debilitamiento del cuerpo causado por cualquier enfermedad, de las cuales la tuberculosis pulmonar avanzada

los afectados tenían muchas dificultades para casarse. Era una de las causas de la despoblación del continente y una tragedia humana para quienes la padecían.¹⁴⁰ La patología de la tuberculosis consistía en la presencia de nódulos en diferentes partes del organismo que servía de morada a colonias de basilos de Koch.¹⁴¹ Solían desarrollarse en el aparato digestivo y los pulmones. Las causas principales de su infusión era la pequeñez de las habitaciones, la falta de aire puro, la falta de luz, la aglomeración de personas en un mismo recinto, etc. La situación de los enfermos empeoraba en los meses más fríos del año, cuando la temperatura descendía por debajo de 5°C. Entre los médicos victorianos había un total convencimiento de que la humedad y el frío eran perjudiciales para estos enfermos. Podía prevenirse y curarse con una larga estancia en lugares con climas cálidos y secos. Se recomendaba para el tratamiento espacios abiertos, una vida de reposo, la respiración de aire puro, etc. Junto con otras enfermedades de la época constituía el turista *invalid*.

El *invalid* pone de manifiesto la intensidad de las preocupaciones cenésteticas que obsesionarán a la clase ociosa durante el siglo XIX.¹⁴² La intensificación del *smog* o *smoggy air*, y la neblina (*fog*) acentúan el deseo del viaje-huida, de descanso y búsqueda de ocio. El interés por estos *health resorts* fue *in crescendo* a medida que una enfermedad destructiva, llamada *Cachexia Londinensis*, en palabras de *sir* James Clark, «enfermedad que padecían aquellos con inflamaciones del pecho, bronquitis, pleuresía, neumonía, dispepsia y todas las relacionadas con la tisis» se había apoderado de casi todos los residentes de Londres. Para aquellas personas que no sufrían una enfermedad definida, el mero cambio desde la ciudad al campo podía restaurar su salud. Pero, para la inmensa mayoría de médicos, el caso era muy diferente si se trataba de *invalids*, cuyo sufrimiento era ocasionado por una enfermedad particular. Para ellos no era suficiente el simple cambio dentro del país, según James Clark, sino la residencia durante una larga temporada en un lugar de aire seco, con un clima más templado y, ¿por qué no?, como tercera condición, al lado del mar,¹⁴³ pues la hidroterapia marina había adquirido protagonismo. James Clark insiste en que para esos *invalids*, los que sufren dispepsia y desordenes de los órganos digestivos, afecciones nerviosas, asma, reumatismo, etc., así como para los que padecen *consumptive diseases* -afecciones pulmonares, bronquiales, tuberculosis, etc. -, no hay nada mejor para su convalecencia que el traslado a lugares de climas cálidos como los de la costa sur de Europa. Sobre todo para la tuberculosis. La historia está llena de personajes que desesperadamente viajaron a los health resorts mediterráneos para tentar la suerte y escapar de la muerte que la tuberculosis había pronosticado con crueldad. A todos les obsesionaba la muerte. “Tengo un sentimiento habitual de que mi vida real ha pasado y que estoy llevando una existencia póstuma ... pues me ronda en la cabeza que todos moriremos jóvenes” le escribe John Keats a su amigo Charles Brown el 30 de noviembre de 1820 desde Roma, lugar donde se encontraba para la cura de sus tuberculosis.¹⁴⁴ Frederik Chopin, Alfonso XII y muchos otros padecieron la misma angustia ante la muerte que Keats por causa de sus respectivas tisis.

Una huida hacia regiones de climas cálidos, aguas templadas, con naturaleza y aire puro va ahora a codificar conductas que forman parte de la búsqueda del bienestar. Paralelamente a finales del siglo XIX la estancia de reposo junto al mar se considera mejor para la convalecencia de ciertas enfermedades que las estaciones termales. Canarias por su situación geográfica ofrecían el clima, el mar y la naturaleza para reponer la salud del *invalid*. Más adelante analizaremos como se llegó a determinar la idoneidad del clima de las islas para su

era la más que lo causaba.

¹⁴⁰ Pègot-Ogier, E. *The Fortunate Isles*. Richard Bentley. London, 1871. v.i. Pág., 94.

¹⁴¹ Robert Koch (1843-1910), médico alemán descubridor del basilos de la tuberculosis.

¹⁴² Corbin, Alain. *El territorio del vacío*. Mondadori. Barcelona, 1993. Pág., 119.

¹⁴³ Clark, James. *The Sanative Influence of Climate*. London, 1841. Pág. 4

¹⁴⁴ Keats, John. *Cartas*. Icaria. 1982. Barcelona. Pág., 227.

convalecencia. Consecuentemente una ola migratoria de británicos adinerados (*gentlemen y ladies*) se producía en la época del frío invernal para buscar refugio en lugares con climas más agradables como el de Canarias. Por tal razón, el grueso de turistas que se trasladaron a Canarias era para la convalecencia de ciertas enfermedades, además de la tuberculosis. Muy probablemente otros eran turistas que huían de los sofocantes rigores de la sociedad victoriana. Muchos de estos turistas se quedarán en las islas de por vida. Pronto también aparecen los habituales viajeros que se trasladan a los centros de moda como eran el Puerto de la Cruz en Tenerife y Las Palmas en Gran Canaria, aunque eran los menos.

A esta razón se le vino a añadir otra como consecuencia de la expansión del Imperio británico en ultramar y su interés por la costa occidental africana a lo largo del siglo XIX, cuando los ingleses establecen en ella empresas destinadas a explotar el aceite de palma, a la vez que realizan otras misiones relacionadas con sus intereses. Se trataba, por un lado, de encontrar una «estación de aclimatación» en un lugar sub-tropical de temperaturas suaves y cálidas, como las de Canarias, para «aclimatar» o «adaptar» a aquellos colonos residentes en sus territorios tropicales, que tanto en sus viajes de ida como de vuelta a *casa*, evitaran los fatales efectos sobre la salud por los cambios de temperatura. Ese periodo de aclimatación era necesario para hacer frente a las nuevas condiciones de vida que se avecinaban, pues no era extraño que los residentes en Oriente sufrieran malestar general y trastornos internos (digestión, pérdida de apetito, etc.), como consecuencia del fuerte cambio de medio externo y de temperatura -por ejemplo, entre la India e Inglaterra se pasaba en pleno noviembre de 30 o 35°C a 8 o 10°C-. Por otro lado, por su cercanía a la costa occidental de África y lugar de paso, desde hacía tiempo las islas Canarias, fundamentalmente Gran Canaria y Tenerife, habían llamado la atención para establecer en ellas un sanatorio¹⁴⁵ que sirviera a los numerosos británicos asentados por largo tiempo en el continente africano u Oriente (trabajadores, militares y misioneros, afectados por enfermedades propias de la región, entre ellas la temible malaria en África o enfermedades del hígado entre los residentes de la India) para su convalecencia, evitando así ser trasladados a Inglaterra. Con el establecimiento, pues, de un *sanatorium* o *grand hotel* en las Canarias, muchos británicos al resentirse su salud o enfermar podrían curarse aquí más rápidamente, lo que supondría a la vez un ahorro considerable al evitarse su traslado a Gran Bretaña. De hecho, desde los años ochenta, trabajadores ingleses en la costa occidental de África afectados por las inclemencias del clima africano, solían ser enviados a los hoteles que ya existían para permanecer temporadas largas para su recuperación.¹⁴⁶ Sin embargo, William Marcet señala que para determinadas enfermedades producidas por una larga estancia en los lugares de clima caliente (Las Antillas, Oriente, etc.), la permanencia de un invierno no solamente en Tenerife sino también en Madeira reconstituirá la salud perdida.¹⁴⁷

NUEVAS INVESTIGACIONES CLIMATOTERÁPÉUTICAS EN TENERIFE

A estas alturas del siglo es posible citar decenas de referencias a los aspectos más variados del clima de las islas. Son muestras de la amplitud y profundidad que había alcanzado la climatoterapia y en especial su aplicación en Canarias. Pero en la medida en que fueron referencias hechas por viajeros, sólo unas cuantas poseen interés. Aquí, pues, por razones obvias, solamente atendemos a los tratamientos del tema del clima y su aplicación a la medicina terapéutica realizados por los médicos, omitiendo las facilitadas por muchos viajeros. Sin embargo, el interés por la climatoterapia de Tenerife, y en particular del Puerto de la Cruz,

¹⁴⁵ Omnés, Charles. "archipiélago de las *Canarias*" en *El Valle de La Orotava*, 30 de Abril de 1888.

¹⁴⁶ Latimer, Isaac. *Op. Cit.* Pág., 95.

¹⁴⁷ Marcet, William. *The principal Southern and Swiss health resorts*. Churchill. London, 1883. Pág., 218.

había atraído no sólo ya a británicos sino también a estudiosos de otras naciones. La irrupción en el panorama intelectual canario de ilustres doctores y científicos como William Marcet, Hjalmar Öhrvall, Biermann, Jaccoud y otros va a provocar una notable difusión de la climatoterapia a través de la comunicación personal con las elites culturales isleñas. Ellos harán que la climatoterapia regrese al primer plano de nuevo. Dada la importancia de las personas en cuestión, vamos a detenernos sobre sus visitas a las islas. Con el objeto de evitar que la lectura sea interrumpida por la gran cantidad de tablas que son necesarias recoger, las dejaremos para los apéndices que se añadirán en el último tomo de la presente historia, mostrando ahora los imprescindibles.

LA ROYAL METEOROLOGICAL SOCIETY DE LONDRES EN TENERIFE. WILLIAM MARCET.

Cuando se fundó la *Royal Meteorological Society* de Londres (RMS) asumió la clara misión de ampliar el conocimiento de la climatología. A partir de 1867 la RMS se ocupa de las islas británicas, toda Europa, donde incluía las Canarias. Sin embargo, el primer acercamiento de la RMS al archipiélago, concretamente a Tenerife, la realizó en 1878 su presidente William Marcet. Con los análisis climáticos del doctor Marcet, Tenerife, al igual que las Canarias, queda definitivamente reconocida en Inglaterra.

William Marcet nació en Ginebra en el año 1829. Era hijo de un profesor escocés establecido en Bélgica, Francis Marcet y nieto del prestigioso médico Alexander Marcet. Estudió la carrera de medicina (1846-1850), especialidad de laringología, en Edimburgo. En 1855 se establece en Londres como médico del Westminster Hospital y el 1857 ingresa en la *Royal Society*, en reconocimiento de sus trabajos en la química de la digestión y la acción del alcohol en el cuerpo.¹⁴⁸ El interés por la investigación científica le conduce en 1867 a trabajar en los laboratorios del Hospital de enfermedades del pecho de *Brompton*. A partir de entonces comienza la investigación de los efectos del clima sobre las enfermedades respiratorias. En 1876 ingresa en la *Royal Meteorological Society* de la que fue presidente entre 1888 y 1889.¹⁴⁹

Después de ciertos estudios que hizo sobre los climas de la Francia mediterránea (Niza, Cannes, etc.), William Marcet se interesa por la climatología de Egipto y Tenerife. Por razones obvias nos detendremos en sus estudios en la isla canaria.

El laringólogo William Marcet salió de Londres el 14 de junio de 1878 hacia Madeira. Después de permanecer en la isla portuguesa alrededor de unos diez días, a finales de junio vino a Tenerife. Se hospedó en el hotel Turnbull del Puerto de la Cruz hasta que regresó a Inglaterra el 4 de agosto. William Marcet hizo algunos estudios sobre las características climatológicas de Tenerife con fines terapéuticos. Realizó también observaciones de las temperaturas del agua del mar en el Puerto de la Cruz; de la humedad relativa del lugar, obteniendo el grado de humedad de 63,3, muy por debajo de Funchal, donde llega a aproximarse al grado de saturación; midió las diferencias de temperaturas entre el día y la noche, etc. Importante fue el estudio comparativo que hizo de las temperaturas de Tenerife y los *health resorts* y centros turísticos del momento: norte de África, sur de Europa y las Antillas y los experimentos en el Teide.

Las islas Canarias, en especial Tenerife y su Puerto de la Cruz, tenían un clima privilegiado, según Marcet. Por un lado, el Puerto tenía 2 grados más que Funchal, cerca de 5 grados más que Lisboa y Niza, alrededor de 4 grados más que Palermo y entre 5 y 7 grados menos que La Habana, Jamaica o Guadalupe. Es decir, se encontraba entre los más suaves de Europa y las Antillas.

¹⁴⁸ *Weather*. vol. 52 nº 3, marzo 1997. RMS. Pág., 87.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

Midió la temperatura del agua del mar en Santa Cruz durante el mes de agosto. Mientras su temperatura era de 23,2°C en Tánger era de 17,6°C.

Sin embargo, una de las grandes contribuciones del médico inglés fue el análisis de la acción de los alisios. En este sentido, vino a despejar la duda que había planteado el barón Belcastel y otros visitantes extranjeros que habían afirmado y corroborado con sus propias experiencias que el valle de La Orotava era el lugar más adecuado y sano. Ellos habían hecho sus observaciones en el Puerto, pero ¿qué pasaba con la encantadora y tranquila Villa de La Orotava?; ¿cuál de los dos pueblos era el ideal como *health resort*? -fueron las preguntas que se hizo Marcet-. Toma como referencia los trabajos de Belcastel y las observaciones hechas por el suizo residente en el Puerto de la Cruz, Herman Honegger. Sus observaciones indicaban que la temperatura media anual en él era de 20,27°C y 20,16°C, respectivamente, un grado y medio más que Funchal, cuya media era de 19,27°C. Pero para William Marcet esta temperatura media en el Puerto de la Cruz no se aplica a los pueblos del norte de la isla, situados a 1.200 pies (400m.) sobre el nivel del mar, como era el caso de La Orotava y otros lugares de montaña (Laguna, Tacoronte, Icod, etc.). No registró la temperatura de La Orotava, pero por sus experiencias en el Mediterráneo calculó que la misma estaría entre 5 y 6 grados por debajo del Puerto, es decir, tendría una temperatura media de alrededor 15°C, suposición totalmente exacta. Unas diferencias térmicas que coincidían con las realizadas por Robert Edward Alison. William Marcet conocía perfectamente el fenómeno de los vientos alisios. Fue el primero de los médicos que habló de ellos. Según él la temperatura de la isla no es excesivamente alta, no solamente por la humedad que acompaña a los vientos alisios, sino también, y fundamentalmente, por la capa de nubes que se concentran y permanecen en la parte más baja de la misma, resguardándola la mayor parte del año. Estas nubes nunca pasan en verano, y en el caso concreto del valle hace que La Orotava, por su altitud, quede bajo las mismas. En esta faja climática la humedad es mucho mayor en invierno. Su propia experiencia le hizo sentir los efectos de los alisios. Marcet comentaría:

*La altitud de este pueblo hace que con frecuencia sea algo frío después de la puesta del sol en verano, tanto que yo me sentí incómodo en julio por la noche vestido con las mismas ropas ligeras que llevo puestas en el Puerto. A menos que las nubes se dispersen, lo cual sucede a veces cuando los alisios descienden, La Orotava no puede ser considerada como una estación cálida en verano, aunque es muy agradable para vivir.*¹⁵⁰

En verano la temperatura media en el Puerto de la Cruz es de 22.38°C -siendo en Funchal de 20.8°C-, sin embargo, en La Orotava alcanza los 19°C, una medida que la sitúa incluso por debajo del puerto portugués. Si el Puerto de la Cruz tenía una temperatura muy templada en invierno, y en verano, como acabamos de ver, no era muy caluroso -está muy nublado por efecto de los alisios- y teniendo en cuenta que Santa Cruz era demasiado calurosa en esa estación ¿cuál era el lugar idóneo para el verano?, se preguntó Marcet. Para responder a esta pregunta se dirige al doctor Víctor Pérez González. Éste, en una carta, le comunica que el Puerto de la Cruz es la mejor estación de invierno hasta el mes de mayo; y un pueblo de sotavento, Vilaflor, situado a 1.378 sobre el nivel del mar y cerca al nivel superior de las nubes de los alisios, sería el adecuado como estación de verano, dada la asombrosa sequedad de su aire.¹⁵¹ Por otro lado, la escasa diferencia de temperatura entre Funchal y el Puerto de la Cruz hicieron dudar a algunos sobre las ventajas del segundo, pero que William Marcet interpreta los números de la tabla de una manera hasta ahora inédita: las mediciones en el Puerto de la Cruz están hechas en el lado norte de la isla de Tenerife, mientras que las de Funchal están realizadas en el lado sur.

¹⁵⁰ Marcet, William. *The principal Southern and Swiss Health Resort, their climate and medical aspect*. London, 1883. Pág. 297.

¹⁵¹ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág. 304

Las Cañadas y el Teide con fines sanitarios

El Teide había sido objeto de numerosas visitas, tanto por aventureros como por algunos científicos, de tal manera que desde el siglo XVI era ampliamente conocido en Europa, y sobre todo en Francia e Inglaterra, pues fueron los franceses y los ingleses quienes despertaron desde muy temprano el interés cultural del mismo. Tanto unos como otros habían realizado observaciones en diferentes puntos de la montaña. A partir del siglo XVIII se aborda su estudio científico. Charles Borda (1776), R. Lamanon (1785), L. Cordier (1803) y otros franceses, dotados con termómetros, barómetros y otros instrumentos, señalaron las diferencias de temperaturas en varias latitudes de Teide y el Puerto de la Cruz. Singular importancia tuvo los registros de Robert Edward Alison.¹⁵² En primer lugar, porque son los registros de temperaturas más completos del Teide y en segundo lugar porque sus experimentos estaban estrechamente relacionados con la climatoterapia. Alison viajó en varias ocasiones a Tenerife para la convalecencia de su tuberculosis. La primera la hizo en octubre de 1827 y la segunda en febrero de 1829. En ambas ocasiones se hospedó en el convento de San Agustín de La Orotava. Sus crónicas desde Alta Vista en el Teide sobre la inimaginable claridad del cielo para la observación de las estrellas y los planetas seguro que animó a más de un astrónomo a elegir la montaña como base de operaciones para realizar sus observaciones astronómicas. Alison hizo registro cada hora de las temperaturas del Puerto de la Cruz, La Orotava y su relación con el Portillo en Las Cañadas y los puntos en el Teide de su base, Estancia de los ingleses, Altavista, Cueva del hielo, La Rambleta y el Cráter. Destacó la diferencia de temperaturas existentes entre La Orotava y el Puerto de la Cruz.

El auténtico objetivo de William Marcet era establecerse tres semanas en Las Cañadas y, sobre todo, en el Teide. Eligió la explanada de Altavista para pernoctar. En el lugar, Charles Piazzi Smyth había construido 18 años antes, 1856, un refugio para realizar sus experimentos astronómicos, que consistía en cuatro compartimentos de muros de piedra de unos dos metros de altura. William Marcet, como había hecho su compatriota, instala tienda de campaña para realizar sus observaciones geográficas. Fue el primero que estudió el clima de Las Cañadas con fines terapéuticos. En esta época empieza a cobrar importancia el "turismo" de montaña en centroeuropea, pues se creía que el frío y pureza de aire en los climas de altura, las zonas situadas por encima de 1.200 m., eran beneficiosos para la cura de la tuberculosis y otras enfermedades como la anemia y la neurastenia. Como consecuencia de ello, una pléyade de estudios, fundamentalmente a cargo de doctores británicos, comenzaron a realizarse en lugares de altitudes de 2.500 a 3.500 metros -Quito, Riobamba y Ambato por Edward Whymper, Jauja por el doctor Webwe, en La Paz (Bolivia) por el doctor Bert, en ciudad de México por el doctor Jourdanet, o Davos, la estación de altitud por excelencia, por Williams, etc.-. A raíz de todos estos experimentos se creyó que el aire puro de montaña curaba la tuberculosis. Sus estudios revelaban que la tuberculosis en estos sitios era prácticamente desconocida, nula. Esa fue la razón que originó una verdadera invasión de tuberculosos de toda Europa a los *sanatorium* establecidos en las montañas de Suiza. El poder antiséptico de las atmósferas frías y secas de esos lugares de altura también se encontraba en la cañada que albergaba el Pico de Teide.

Con sus instrumentos científicos y una caseta de campaña y demás elementos para una acampada de 15 días en Altavista, a las 7 de la mañana del miércoles 28 de junio William Marcet partió del Puerto de la Cruz hacia el Teide para realizar sus experimentos. Marcet destaca la gran oscilación térmica que se daba en Las Cañadas y sobre todo en Altavista, donde las temperaturas podían bajar por debajo de cero. Entre otras observaciones Marcet midió la

¹⁵² Alison, R.E. London Phgil. Mag. 1830. V. 8.

proporción de aire respirado y ácido carbónico espirado en la costa de Tenerife y la contrastó con el espirado durante los 12 días que permaneció en Altavista. Durante el ascenso al Teide tuvo un accidente y como consecuencia del mismo se le rompió el barómetro. Por tal razón, no pudo medir la presión atmosférica. No es mi intención dar detalles de sus investigaciones, sino el ofrecer los resultados obtenidos, o en otras palabras, de sus conclusiones:

*En la costa de la isla de Tenerife respiré 12 litros de aire por un gramo de ácido carbónico espirado y en la base del cráter del Pico, a unos 2.580 m. (10,700 pies), el volumen de aire que yo arrojé desde los pulmones descendió a 10,3 litros por la misma cantidad de ácido carbónico.*¹⁵³

Esta influencia era más o menos acentuada de acuerdo con las personas. Pero los resultados de su experimento coincidían con los realizados por sus compatriotas en *health resorts* de montaña, a saber, que a cierta altitud era menor el aire respirado para espirar el ácido carbónico que en la costa. Es decir, una persona respirará menos aire para producir el mismo efecto en el cuerpo que en un punto más bajo. La oxigenación, es decir, el oxígeno del aire que llega a la sangre a través de los tejidos del pulmón, se realiza con facilidad, sin embargo, la cantidad de oxígeno absoluto suministrado al cuerpo es más pequeño que en las bajas latitudes. Por otro lado, duda que el frío sea beneficioso. Creyó firmemente que la ausencia de tuberculosos pulmonares a esa altitud no se debía a los efectos del frío, sino a su atmósfera seca. Así pues, la caída de la temperatura nocturna descalificaba Las Cañadas. Creyó que las estaciones intermedias y bajas eran mejores para la convalecencia. Sin embargo, este emplazamiento de la isla sí fue objeto de atención por los alemanes en la primera década de la presente centuria, y que ubicaron en él su propio *sanatorium* entrado el siglo XX.

Por último, Marcet se trasladó a Marruecos y visitó varios pueblos de la costa marroquí que estaban siendo estudiados como posibles *health resorts*. Después de varios días de estancia en ellos los descartó por las malas condiciones higiénicas.¹⁵⁴

En resumen, William Marcet destacó la mayor sequedad del clima de Tenerife con respecto al de Madeira, lo que le condujo a manifestar que prefería a la isla canaria a la portuguesa para la convalecencia de determinadas enfermedades. En este sentido, en la medida en que el lado norte de Tenerife es más cálido y más seco que el sur de Madeira (Funchal), aboga por la instalación de un *sanatorium* en el Puerto de la Cruz. Prefería las islas como *health resorts* [centros turísticos] a las riveras europeas y Egipto porque sus temperaturas no descienden tanto después de la puesta del sol. Además, destaca la importancia de la vegetación y la presencia del mar en las islas como un elemento importante desde el punto de vista médico.¹⁵⁵

William Marcet dedicó prácticamente toda su vida al viaje y a la investigación. Quizá por esta razón sus escritos y opiniones sobre Tenerife no se popularizaran demasiado, lo que no sucedería con posteriores compatriotas suyos que por su estrecha relación con sus pacientes a través de la consulta médica influyeron mucho más en el conocimiento de Tenerife y, en particular del Puerto de la Cruz. No obstante, la influencia entre los locales fue enorme, pues entabló amistad y correspondencia con muchos isleños muy interesados en el turismo (Tomás Zerolo, Víctor Pérez, etc.) A partir de estos momentos, las referencias al clima y su relación con la medicina pasan a formar parte constante en los relatos de los viajeros, pero ya apoyándose en los trabajos sobre todo de James Clark, William Wilde, Gabriel de Belcastel y William Marcet. Todos estos médicos pasarán a la historia del turismo en Canarias, pues se les debe a ellos haber resuelto definitivamente el problema de la idoneidad de Canarias para la

¹⁵³ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág. 335

¹⁵⁴ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág., 296.

¹⁵⁵ *Ibidem*, pp., 241.

convalecencia de los *invalids* nórdicos europeos. A partir de ahora, los antiguos *health resorts*, con larga tradición de la cuenca mediterránea, Argelia, Egipto, etc. y el sur de Francia e Italia quedan totalmente desplazados. Nació así el interés por las Canarias.

El sueco Hjalmar August Öhrvall

Entre las grandes personalidades que visitaron las Canarias en el primer lustro de los ochenta se encuentra el sueco Hjalmar Öhrvall. Nació el 15 de diciembre de 1851 en la ciudad de Nora. Estudió medicina en la Universidad de Upsala, de la cual llegaría a ser profesor de fisiología y director del laboratorio de fisiología experimental y medicina física. Fue catedrático agregado de fisiología en la misma universidad. Trabajó en el Instituto de Fisiología de Leipzig y los laboratorios fisiológicos de Berlín, Munich, Innsbruck, Zúrich, entre otros. Por razones de salud, padecía tuberculosis, se trasladó a Tenerife con su esposa a finales de octubre de 1883. Permaneció seis meses en el Puerto de la Cruz, hasta mayo de 1884, es decir, los meses fríos que solían evitar los nórdicos para su convalecencia. Se recuperó totalmente de su tisis. A Öhrvall le corresponde un gran número de observaciones climáticas, las cuales fueron publicadas en 1886 en Upsala con el título de *Bidrag till kännedomen om Tenerife såsm klimatisk kurort* (“Contribución al conocimiento de Tenerife como estación termal por su ambiente y clima”).¹⁵⁶

Hjalmar Öhrvall se ocupó de varios registros. Observó la temperatura de la ciudad a las 8, 14 y 21 horas.

CUADRO V

Temperaturas medias en el Puerto de la Cruz tomadas por Hjalmar Öhrvall. 1883-84.

MESES	8 a.m.	2 p.m.	9 p.m.	MEDIA
Noviembre	18,5°C	21,9°C	17,9°C	19,4°C
Diciembre	16,4°C	20,0°C	16,5°C	17,7°C
Enero	16,4°C	20,3°C	16,5°C	17,8°C
Febrero	15,1°C	18,3°C	14,6°C	16,0°C
Marzo	16,5°C	19,1°C	15,4°C	17,0°C
Abril	18,5°C	28,8°C	16,8°C	18,7°C
Mayo	18,1°C	19,3°C	16,7°C	18,0°C

Como se podrá observar, el clima del Puerto de la Cruz en invierno es para Öhrvall bastante suave. La temperatura baja a 16 o 17°C en los meses de invierno. En otras palabras, es la época del año más fresca. Pero es un lugar privilegiado. Su clima es de los más suaves, en tanto en cuanto no alcanza las temperaturas bochornosas del norte de África o las Antillas ni tampoco alcanza las poco agradables temperaturas del sur de Europa.

También la temperatura del agua del mar en la punta del muelle del Puerto de la Cruz, desde febrero hasta julio de 1884. Fueron los primeros registros de la temperatura de las aguas hechas hasta entonces.

¹⁵⁶ UPPSALA UNIVERSITETSBIBLIOTEK. *Uppsala Uneversitets Matrikel*. 1927. Pág., 324.

CUADRO VI

Temperaturas del agua del mar en la punta del muelle del Puerto de la Cruz a las 12 horas. Años 1884-1885

	Año 1884	Año 1885
Enero	19,5°C	19,4°C
Febrero	18,5°C	18,4°C
Marzo	18,0°C	18,1°C
Abril	18,5°C	18,0°C
Mayo	18,3°C	18,5°C
Junio	19,0°C	19,6°C
Julio	20,2°C	

Fuente: Hjalmar Öhrvall.

Pero entre las mediciones realizadas por Öhrvall destaca las observaciones del grado de humedad del Puerto de la Cruz en comparación con la de Madeira, tomadas desde noviembre de 1883 a mayo de 1884, publicada en su obra *Bidrag till kännedomen om Tenerife såson klimatisk kurort*. Fueron de suma importancia, pues fueron las primeras que se realizaron en el lugar. En ellas se muestran claramente la mayor humedad del clima de Funchal con respecto al Puerto de la Cruz.

CUADRO VII

Humedad absoluta relativa en el Puerto de la Cruz y Funchal.

	Puerto de la Cruz	Funchal
	% de saturación	% de saturación
Noviembre	67,3	-
Diciembre	63,2	72
Enero	61,5	70
Febrero	68,6	73
Marzo	66,9	73
Abril	62,1	70
Media Nov.-Abril	64,9	72

Fuente: Hjalmar Öhrvall, 1883-1884.

Öhrvall envió los resultados de sus experimentos en el Puerto de la Cruz a Olivia Stone, quien los dio a conocer en su libro *Teneriffe and its six Satellites*, publicado en Londres en 1887.

Los alemanes Biermann, Honegger y Christ.

En estas décadas se incrementa el interés por las Canarias de otros países europeos, dando lugar a un enriquecimiento de la literatura de viaje naturalista. Se trata ahora de alemanes. A decir verdad, habían comenzado a mostrar interés décadas anteriores. Muchos de estos viajeros alemanes siguieron siendo botánicos y ciencias afines. Gustav Friedrich Pauli, agrónomo, estuvo en 1878; Richard Fritze, farmacéutico especialista en líquenes y musgos, visitó Tenerife en marzo y abril de 1880; Biermann, único médico de quien desconocemos referencias, estuvo en el Puerto de la Cruz en 1884; Herman Christ, botánico de la Suiza germana, visitó Canarias en 1884, son algunos de los que visitaron las islas. Por su importancia desde la perspectiva climatológica vamos de detenernos solamente en los dos últimos.

Del médico alemán Biermann poco podemos decir, pues, hasta el momento no hemos logrado obtener muchos datos biográficos sobre él. Biermann reúne en unas tablas observaciones de diferentes extranjeros, desde las realizadas en los años cincuenta por Kreitz, un alemán residente en el Puerto de la Cruz desde los años cincuenta, Charles Piazzi Smyth y las del sueco Hjalmar Öhrvall en 1884. Pero, además, él hizo ciertas observaciones durante su estancia en el Puerto de la Cruz desde marzo de 1884 hasta mayo del año siguiente. Igual que Öhrvall, Biermann registra la temperatura del mar desde los meses de enero hasta junio del año 1885. A él se le deben los primeros estudios sobre la nubosidad y la fuerza de los vientos en el Puerto de la Cruz. Las observaciones las hizo desde los meses de marzo a mayo de 1884 y desde enero a mayo de 1885, con una frecuencia de 25 días por cada mes.

Biermann traería consigo un nefoscopio, el aparato que facilita la apreciación cuantitativa de la nubosidad, la proporción de cielo cubierto u oscurecido por nubes. Utiliza la décima (el cielo dividido en décimas partes del cielo cubierto) como la unidad para medir el cielo.¹⁵⁷ Si el cielo está despejado =0, y si está cubierto =10. Las mediciones las hizo a las 7 de la mañana.

CUADRO VIII

Registros de la nubosidad del Puerto de la Cruz a las 7 A.M. (0 a 10), realizados por Biermann

Año 1884

Marzo	Abril	Mayo
6.1	4.3	8.1

Año 1885.

Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo
6.4	4.7	7.9	5.8	5.6

En su tabla sobre la fuerza de los vientos figuran los valores diarios a las 7 de la mañana, las 2 de la tarde y las 9 de la noche, también durante los mismos meses de 1884 y 1885. Como indica la tabla de registros, aún teniendo en cuenta que sólo se dispone de pocos meses de observaciones, en la mayoría de los meses predominan las calmas.

¹⁵⁷ En Inglaterra se medía con la *octa*, es decir, dividiendo el cielo en ocho partes.

El otro de los naturalistas que visitó Canarias y merece destacarse es Herman Christ. Entre los doctores ingleses el clima de Las Palmas de Gran Canaria había aparecido por primera vez de la mano del doctor Adisson. Se desconocen datos biográficos de este médico inglés. Solamente podemos decir que estuvo en Madeira, Las Palmas y en el Puerto de la Cruz. Adisson hace un estudio comparativo de las temperaturas máximas y mínimas de los tres lugares durante los meses de enero y febrero de 1884. Sin embargo, Christ hará un estudio sistemático y más concienzudo. Sigue los pasos de Leopold von Buch. Las Palmas de Gran Canaria tenía casi la misma temperatura anual que Santa Cruz de Tenerife en verano, mientras que en invierno era más fresca. Los meses secos eran mucho más cálidos: mientras en Las Palmas en septiembre había 27°C y en octubre 29°C, en Santa Cruz era de 24,8°C en septiembre y 23,7°C en octubre.¹⁵⁸ Las Palmas se distinguía por tener un clima más continental.

Herman Christ hizo referencia a un “experimentado observador de gran mérito por sus observaciones meteorológico en el Puerto de la Cruz”: su compatriota Herman Honegger. Además de tener una fonda en el pueblo, como hemos señalado, este suizo simpatizaba también con el estudio racional del clima, lo que le llevó a realizar observaciones meteorológicas en la isla. Sus observaciones fueron las utilizadas por William Marcet y Tomás Zerolo Herrera. Él hizo, pues, mediciones que contribuyeron al desarrollo de la climatoterapia en Tenerife, especialmente del Puerto de la Cruz y Vilaflor. Honegger con un pluviómetro en su casa registró la pluviosidad en el Puerto de la Cruz desde 1874 hasta 1885, es decir, nueve años consecutivos (excepto los años 1877-78). Además, también fue el primero que viajó a Vilaflor y estudió la temperatura del lugar.

En este lustro se dilucidan las diferencias climáticas entre los dos posibles centros de Tenerife: el Puerto de la Cruz y Santa Cruz. El clima del invierno del Puerto era menos cálido que el de Santa Cruz. Mientras los meses de enero y febrero eran los más fríos del Puerto de la Cruz -la temperatura media es de 16.5°C-, en Santa Cruz esos mismos meses era de 18,2°C. La insolación era mucho mayor en Santa Cruz que en el Puerto. En la tabla que figura a continuación se expresan los valores medios mensuales de insolación (horas de sol) en Santa Cruz y el Puerto durante los meses de enero y febrero.

CUADRO IX

Número medio de horas de sol

SANTA CRUZ		PUERTO de la CRUZ	
Enero	Febrero	Enero	Febrero
179.4	185.7	133.2	125.5

Las precipitaciones mensuales alcanzan un valor mayor en el Puerto de la Cruz que en Santa Cruz. Mientras la media en Santa Cruz era de 29.4 mm en enero y 35.7 mm en febrero, en el Puerto de la Cruz era de 97.6 mm en enero y 34 en febrero. La humedad era también ligeramente superior en el Puerto. Mientras los valores medios de la humedad en el Puerto eran de 61,5 en enero y 68,6 en febrero, según el sueco Öhrvall, en Santa Cruz eran de 63 en enero y 59 en febrero.

¹⁵⁸ Christ, Herman. *Un Viaje a canarias en primavera*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998. Pág., 108.

Aunque la discusión se centró entre los dos centros con mayores posibilidades de establecimiento de un *health resort* (Santa Cruz y el Puerto de la Cruz), Laguna fue analizada como el posible centro turístico de montaña. Pero las condiciones climáticas tan adversas (12°C de temperatura media; 77,1 mm de cantidad media de lluvia; y una humedad media alta, 84 y 85 por ciento, en los meses de enero y febrero) la descalificaban. Sin embargo, fue recomendado por algunos médicos británicos como centro estival de montaña por sus suaves temperaturas en verano, aunque, como veremos luego, Vilaflor parece que reunía mejores condiciones.

El médico francés S. Jaccoud.

El otro de los médicos que visitó Tenerife en estos años fue el francés de origen italiano S. Jaccoud. Nació en Génova en el año 1830. Después de acabar los estudios de medicina en París, viaja a Alemania en 1864 para organizar la Facultad de Medicina de ese país. En 1867 es nombrado por unanimidad secretario General del Congreso Médico Internacional.¹⁵⁹ Fue, además, profesor de patología en la Facultad de Medicina de París y médico del Hospital Lariboisière en la capital francesa.

S. Jaccoud visitó Madeira y Tenerife en 1879. Recoge sus experiencias en un libro titulado *Curabilité et traitement de la phtisie pulmonaire*, publicado en 1881 en París. Sin embargo, el médico francés va a ser una voz discordante. Él pensaba que para el establecimiento de un *health resort* no solamente se tenía que tener en cuenta las condiciones climatológicas sino también las higiénicas.¹⁶⁰ Jaccoud pensaba sinceramente que desde el punto de vista climático Tenerife podía recomendarse, pero ninguna parte de la isla, ni siquiera en el Puerto de la Cruz, reunía los requisitos higiénicos que un *health resort* demandaba. Una de las razones era por la abundancia de polvo y mosquitos.¹⁶¹ En toda la isla, al igual que en el resto de Canarias, las condiciones higiénicas eran bastante malas, según el doctor Víctor Pérez.¹⁶² La peligrosidad que suponía esta situación para la convalecencia de enfermos, la pone de manifiesto Jaccoud. Advierte a los médicos británicos que se abstengan de enviar a sus pacientes a Tenerife.¹⁶³ Estas deficiencias higiénicas provocaban constantes epidemias -tifoideas, palúdicas y sobre todo la fiebre amarilla- y de agentes infecciosos, depresiones nauseabundas, en las que se encharcaban las inmundicias,¹⁶⁴ corrupción de aguas empozadas, etc. Los insectos como los mosquitos, pulgas y algunos tipos de moscas que residían en los embalses, estanques y animales como los perros, etc., eran causantes de posibles procesos infecciosos. El estado de la ciencia médica no se había desarrollado lo suficiente como para dar solución a este terrible problema, que cuando periódicamente hacía su aparición, se llevaba muchas vidas humanas. Había sido una constante a lo largo de la historia de las islas. En 1810 Tenerife se veía envuelta en una epidemia de fiebre amarilla; en 1814, epidemia de tosferina, escarlatina y sarampión; en 1815-1816, hubo una epidemia de viruela que se cobró 2.000 víctimas. En 1825, una fuerte gripe y de nuevo la peligrosa escarlatina; en 1847, hace su aparición una fatal epidemia de disentería, sin dar cifra de los fallecidos; luego nos da un dato curioso, y es que desde 1851 hasta 1862, el cólera se había cobrado de 7.000 a 12.000 víctimas; y como ya hemos señalado la fiebre amarilla de 1862, que solamente en Laguna se había cobrado en octubre de ese año 616 víctimas, y teniendo en cuenta que la epidemia duró desde ese mes hasta marzo de 1863,

¹⁵⁹ LAROUSSE. *Grand dictionnaire universel s. XIX*. vol. 9. Pág., 860.

¹⁶⁰ Jaccoud, S. *The curability and Treatment of Pulmonary Phthisis*. Kegan Paul, Trench & Co. London, 1885. Pág., 326.

¹⁶¹ JACCOUD, S. *Op. Cit.* Pág., 378.

¹⁶² Marcet, W. *Op. Cit.* Pág. 304

¹⁶³ Jaccoud, S. *Op. Cit.* Pág., 331

¹⁶⁴ Cioranescu, A. *Historia de Santa Cruz de Tenerife*. Caja de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, 1978. v. iv. Pág., 75

es de suponer que el número de víctimas fuese bastante grande. Epidemias que como recogen los doctores Díaz Pérez y de la Fuente Perdomo seguirían repitiéndose a lo largo de la centuria, 1873, 1876, 1892, etc. Sin embargo, parece que esos focos infecciosos se daban en los habitats de las clases más bajas.

Jaccoud tenía razón con sus observaciones y muchos otros extranjeros resaltaron las deficiencias higiénicas como consecuencia de la ausencia de alcantarillados, la costumbre de tirar las aguas a la calle, etc. Pero, como dice Belcastel, la naturaleza porosa del suelo, la benignidad del clima y el constante movimiento del aire por la proximidad del mar absorbía toda la humedad y prevenía que las epidemias fueran peores o aparecieran con más frecuencia.¹⁶⁵ Por tal razón, en general, los viajeros encontraban Santa Cruz y los pueblos relativamente limpios. Incluso, Santa Cruz era más limpio que Funchal, entre otras razones, por ser la isla portuguesa más húmeda, aunque en algunos puntos de la ciudad, como en los pueblos, eran normales los malos olores por la falta de higiene y porque los transeúntes cuando apremiaba la necesidad de orinar lo hacían en los portales de las casas.¹⁶⁶ Una condición, no obstante, en la que casi todos los pueblos del continente era mucho peor.¹⁶⁷

Parece que los comentarios de Jaccoud están más relacionados con el alojamiento que con la higiene doméstica insular. No había fondas para alojar adecuadamente a turistas invalids. Cuando visitó Tenerife, Santa Cruz solamente contaba con la fonda de Durvan y el Puerto de la Cruz con la de Turnbull. La primera, por razones obvias, era evitada por los turistas enfermos, recuérdese como la encontró Jules Leclercq cuando pernoctó en ella; y la segunda, como hemos indicado, era frecuentada por *invalids*. Pero tenían las desventajas de estar ubicadas en los centros de las ciudades. Esto, desde el punto de vista médico, no era aconsejable para los enfermos, como veremos más adelante. Creo, por la atención que mostraron los médicos británicos, que sus mayores preocupaciones se dirigían a la salubridad e higiene de las aguas domésticas y las condiciones higiénicas de las escasas fondas existentes.

A pesar de estos juicios negativos, en nada influyó para que los ingleses llevaran adelante el proyecto de establecer un *health resort* en las Canarias, especialmente en Tenerife. En Inglaterra se conocía la obra de Jaccoud pues había sido rápidamente traducido al inglés en 1885 por el médico Montagu Lubbock.¹⁶⁸ Sin embargo, sus comentarios negativos de Tenerife no hicieron cambiar de opinión, pues como el mismo Jaccoud reconoce, “en Inglaterra desde hacía algunos años, Tenerife ha sido altamente alabada como una residencia ideal para pacientes afectados de tuberculosis”.

John Harris y Olivia Stone en Canarias.

El 5 de septiembre de 1883 desembarcaron en el muelle de Santa Cruz de Tenerife la irlandesa Olivia Stoney su esposo John Frederick Matthias Harris Stone, de 25 y 27 años respectivamente. Habían salido de la estación de Waterloo el 27 de agosto de 1883 con destino a Le Havre (Francia) para tomar el barco *Panamá* hacia Canarias. En la capital pernoctaron en el Hotel Camacho situado en la calle de La Marina. Tenerife fue el primer destino de un tour por las islas de seis meses. Vivieron en la isla, concretamente en el Hotel Turnbull del Puerto de la Cruz (desde donde se desplazaron a La Palma, La Gomera y El Hierro), hasta los primeros días de noviembre, y desde Tenerife se dirigieron a Gran Canaria para seguir su

¹⁶⁵ Belcastel, G. *Op. Cit.* Pág., 26. También A.S. Brown, *Op. Cit.* ed, 1890, pag., 24.

¹⁶⁶ Bory de Saint-Vincent, J.B.G.M. *Viaje a las cuatro islas principales de Africa.* J.A.D.L. La Orotava, 1994. Pág., 83.

¹⁶⁷ Brown, A.S. *Op. Cit.* Pág., 24.

¹⁶⁸ Montagu Lubbock (1842-1925), fue un médico inglés que después de terminar sus estudios de medicina en el Guy's Hospital, continuó con ellos en París, donde se graduó en 1879. A su regreso a Londres, en 1880, trabajó en el West London Hospital y en el Charing Cross Hospital. Sus conocimientos del francés le permitió la traducción al inglés del libro de Jaccoud.

periplo a Fuerteventura y Lanzarote. En 1880, el matrimonio Stone había hecho un viaje a Noruega, lugar de vacaciones de las clases altas inglesas, y escribieron *Norway in June... Accompanied by a Sketch Map, A Table of Expenses, And A list of Articles Indispensible to the Traveller In Norway*. Resultado de ese viaje fue una pequeña guía turística publicada en 1882 por la editorial Marcus Ward & Co. Intentaron hacer lo mismo en Canarias, pero en lugar de una guía escribieron un bello libro de viajes. La pareja disfrutó de la naturaleza de las islas. Ambos subieron el Teide, conocieron a mucha gente de la sociedad canaria y visitaron cuanto pudieron. Pero no solamente se limitarían a visitar los pueblos más importantes de las Canarias sino que se adentraron hacia su interior. Conscientes de los obstáculos con los que se iban a encontrar a la hora de marchar hacia ese interior de la geografía insular, se dotaron de una caseta de campaña para poder pernoctar. Abandonaron Santa Cruz de nuevo el domingo 17 de febrero de 1884 ésta vez para regresar a su tierra natal vía Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.

Los viajes habían acercado las islas a sus respectivos países. Los médicos británicos, por su parte, habían mostrado a Inglaterra, y a Europa en general, las excelentes condiciones climáticas de Canarias, así como la benignidad de nuestro clima. Sin embargo, el conocimiento de las islas iría a popularizarse con la visita de los Stone, pues sus experiencias, recogidas en *Teneriffe and its six satellites*, no serían las primeras en llegar a las manos de los ingleses, como solía suceder con los libros de viajes, sino las difundidas en dos largos artículos publicados en el *Pall Mall Gazette* los días 10 y 14 de octubre de 1884 bajo el título *A trip to the Canary Islands*, así como otras colaboraciones de John Stone, que además de abogado era escritor y periodista. La luz del cielo y la naturaleza isleña le produce deleite a Olivia Stone, y la belleza del Teide “es como una imagen fotográfica que llevará impresa en su mente a lo largo de su vida”. En el prestigioso *The Times* del 4 de enero de 1884, John resaltó el magnífico escenario natural de las islas y elogió el clima de Canarias, calificándolo como más seco y más tonificante que el de Madeira, y el cual necesita ser más conocido por los ingleses.¹⁶⁹ “Fue el primer visitante de la isla de El Hierro, según me dijeron; Tenerife recibe un puñado de turistas al año para visitar el famoso Teide; La Palma también recibe algunos para visitar la Caldera; La Palmas de Gran Canaria recibe casualmente algunos extranjeros en su ruta a largas distancias, sin embargo ningún inglés visita las islas Afortunadas”.¹⁷⁰

Los Stone no solamente invitan a sus compatriotas a visitar Canarias, sino que resaltan las inmejorables condiciones que reúne el Puerto de la Cruz como un centro turístico:

El Valle de La Orotava es un delicioso health resort y ahora que un hotel inglés se ha abierto,¹⁷¹ además de Turnbull's boarding house, muchos invalids están residiendo allí con los mejores resultados. La opinión unánime que hemos oído de quienes han ido es que las Canarias son muy superior como health resort que Madeira. Al respecto las islas tienen un gran futuro por delante.

Olivia Stone destaca la existencia de las villas y haciendas en los alrededores del valle de La Orotava. Olivia Stone fue el primer viajero, en este caso viajera, que señala abundancia de casas de campo en el valle, una ventaja importante dado el amor que sentían los ingleses por la residencia campestre, como hemos visto ya. Y señala precisamente la casa de Antonio Dehesa Sanz como la idónea para establecer un hotel de lujo. En efecto, luego se convertiría en el *Orotava Grand Hotel*. Eso consagraba definitivamente la idoneidad del valle de La Orotava para el establecimiento de un *health resort*.

¹⁶⁹ *The Times*, 4-1-1884.

¹⁷⁰ *Ibidem*.

¹⁷¹ Se refiere al hotel que acababa de abrir el marqués del la Candia, Tomás Fidel Cologan, y que posteriormente se llamaría Hotel marquesa.

Olivia Stone no hizo observaciones climáticas, pero consultó y divulgó los estudios meteorológicos y tablas de temperaturas realizadas en las islas. En este sentido, destacó el viaje y las observaciones de William Wilde, el reverendo Robert Edward Alison, Gabriel de Belcastel, Herman Honegger, Hjalmar Öhrvall y Béchervaise sobre Las Palmas de Gran Canaria.

Hasta entonces en la prensa inglesa no había salido un artículo de estas características. Precisamente la importancia de la visita de Olivia y John Stone radica en la difusión del conjunto de atractivos naturales, las excelencias climáticas y el carácter amable y pacífico de los naturales de Canarias en algunos de los medios de comunicación más prestigiosos de Gran Bretaña. Todas esas características constituyeron, y constituyen, las mayores garantías para la materialización del desplazamiento turístico.

A pesar de de los reclamos hechos por estos extranjeros, tanto los alemanes como los suecos y suizos eran más partidarios de los centros médico-turísticos (*health resorts*) de altura. Probablemente se debiera a la familiaridad y frecuente uso que hicieron los *invalids* de Europa Central de los establecidos en los Alpes suizos. Sin embargo, los ingleses se inclinaron por la costa, por los climas templados del sur. La presencia de estos visitantes creó unas relaciones de amistad y conocimiento entre los naturales que favoreció la importancia de la climatoterapia. Pero la elección de un clima, fundamentalmente durante la estación invernal, asunto de vital importancia, se encontraba en su fase de experimentación, a pesar de contar con una larga experiencia en los *sanatorium* de los Alpes suizos, las Rivas francesas e italianas, o el Mediterráneo. ¿Era mejor la costa o una altitud media? ¿Qué pasaba con las estaciones de montaña? ¿Y a qué altitud deberían estar situadas? La respuesta aún no estaba clara. La diversidad de opiniones con respecto a cuál sería el lugar idóneo seguía planteando dudas, puesto que los efectos del clima sobre los enfermos no tenían los éxitos que se esperaban. Por otro lado, aún se desconocían las causas de la inflamación pulmonar, cuál era la naturaleza de las afecciones pulmonares y de la tuberculosis, grueso de los afectados que se trasladaban para su convalecencia, etc. Aquellas experiencias que se habían llevado a cabo enviando a los pacientes a los mejores *sanatorium* de la época habían mostrado que muy pocos enfermos regresaban a casa mejorados de salud o, incluso, con vida.

El clima del Puerto de la Cruz, como corresponde a su situación geográfica según los doctores extranjeros, era muy templado en invierno y más seco que Funchal. Las temperaturas máximas eran suaves, y las mínimas nunca bajaban de 15° ni se han acercado al límite de las heladas. Las precipitaciones, aunque mayores que en Santa Cruz eran bajas y mucho más bajas que en Madeira. Las observaciones pluviométricas eran las más bajas entre todos los pueblos del norte de la isla. La benignidad climática de Tenerife, y en general del resto de las islas, sobre todo de Gran Canaria, como veremos después, permitía mantener unas condiciones favorables para el establecimiento de un *health resort* invernal. El clima cálido excepcional durante todo el año, (entre 18°C y 22°C), las cálidas aguas que bañan sus orillas oceánicas y la diversidad paisajística hacen el lugar idóneo para uso turístico.

En definitiva, como hemos podido constatar en las páginas precedentes, el factor climático fue decisivo para que el visitante europeo, principalmente inglés, decidiera alejarse de los rigores invernales de su país y eligiera como destino turístico el Archipiélago.

Las historias relatadas por los viajeros habían familiarizado a las islas en Gran Bretaña. El clima, la exuberancia de la vegetación, su naturaleza y sus paisajes habían causado asombro. Como consecuencia de ello, en la Inglaterra «popular», nuestro mayor visitante, se conocía bien las Canarias, aunque ese conocimiento no pasaba más allá del simple tópico de islas Afortunadas, Jardín del Edén, y los demás calificativos dados por los antiguos clásicos. Para los ingleses eran unas islas volcánicas que se encontraban en la costa occidental africana, cuyos objetos de interés eran los pájaros, los productos agrícolas y el Teide. Y para el inglés que había

vijado a las colonias y había hecho escala en algunos de nuestros puertos solamente conocía Santa Cruz el valle de La Orotava en Tenerife y Las Palmas y alrededores en Gran Canaria. El interior de estas islas apenas había sido recorridas. El Hierro y la Gomera casi no habían sido visitadas por ingleses. Lo mismo podría decirse de Fuerteventura y Lanzarote. La Palma había llamado más la atención por la Caldera. De tal manera que si alguien quería visitarlas y ver más de lo señalado tenía grandes dificultades para encontrar alguna información.¹⁷²

Pero a partir de ahora, el estrecho intercambio comercial entre Canarias y Europa en estos años, fundamentalmente con Inglaterra, la frecuencia de buques en nuestros puertos y los sistemáticos estudios geográficos y científicos de las islas hará que esa situación comience a cambiar.

FACTORES QUE FAVORECIERON LA PUESTA EN MARCHA Y EL DESPEGUE TURÍSTICO DE CANARIAS

En efecto, la presencia de los doctores y naturalistas, por un lado, y el marco histórico en que se produjeron sus visitas, por otro, tuvieron muchas y variadas repercusiones sobre la sociedad canaria. Estos hombres de ciencia y los viajeros en general encontraron calurosa acogida. Además, se crearon unas relaciones personales, unos lazos de amistad, entre muchos de ellos con naturales isleños. Importante era, por su puesto, el dominio de la lengua inglesa o en su ausencia la francesa. Así pues, la interesante actividad de los científicos extranjeros causó un gran interés y, a la vez, despertó la colaboración de algunos médicos locales. Algunos de los más interesantes de estos ocupan una posición destacada y de primer orden. Tomás Zerolo Herrera o Víctor Pérez González, de quienes nos ocuparemos más adelante, fueron algunos. También se establecieron estrechas relaciones con los hacendados locales que animaron a sus compatriotas a iniciar el camino del turismo. La apertura ideológica y la irrupción de corrientes culturales foráneas iban a canalizar nuevas perspectivas culturales y sociales.

Ahora bien, ¿Qué fue lo que realmente impulsó a los lugareños a apostar por el turismo? Cuando suceden las visitas de estos destacados científicos y médicos, las condiciones económicas, sociales y culturales de las islas eran muy distintas a las de las últimas décadas. A finales de los años setenta y principios de los ochenta van a coincidir una serie de singularidades, aparte de la situación geográfica y condiciones naturales de las Canarias, que van a permitir el despegue del turismo. Si bien a primera vista parece que hay una continuidad con las décadas anteriores, la realidad es que hubo unas especiales particularidades históricas y sociales que irían a marcar un antes y un después.

El contexto histórico y la situación de las Canarias en de las décadas de los setenta y ochenta eran muy diferentes de las décadas anteriores. La economía de los años cincuenta y sesenta había sido, en última instancia, de bonanza gracias a la cochinilla. En esos años la burguesía y clases medias urbanas disfrutaron de un período de enriquecimiento y desarrollo. Hasta el campesinado se vio beneficiado de este esplendor. Después de este período, de repente Canarias se ve inmersa en una grave de crisis como consecuencia de la crisis de la grana. Los efectos del hundimiento de la cochinilla en esos años fueron devastadores. La cochinilla fue, como señala Brito González, «una experiencia fugaz que termina de forma radical con una década de ilusiones, inversiones y olvido de la racionalidad económica». Tampoco los nuevos cultivos (tabaco y azúcar) ayudaban a salir del estancamiento económico. La ruina fue total. Las deudas fueron tan grandes que impidió el desarrollo durante años. *La hecatombe fue veloz, súbita y universal* -diría Alfred Samler Brown-. *Los tintes de anilina* - sigue relatando- *fueron del gusto del público y dejaron a los comerciantes (de cochinilla) repletos con unos stocks que*

¹⁷² Pall Mall Gazette. 10-X-84.

nunca podrían liquidar a causa del descenso de la demanda; a los prestamistas de dinero con pesadas hipotecas sobre unas propiedades sin valor comparativo; los dueños de las tierras se declararon en quiebra y la población campesina quedó temporalmente desmoralizada por la pérdida de los altos salarios y el bienestar alcanzado. Las gentes venden sus pertenencias para poder vivir. Las joyas (los hermosos relojes de oro, pulseras, broches, etc.), que habían sido compradas con fuertes sumas de dinero, eran vendidas en esta década de crisis a precios reducidos. Hubo una caída considerable de las prestaciones personales y de la renta del dinero. Las hipotecas y las deudas crediticias contraídas no fueron redimidas en los plazos concertados. Se ejecutan embargos sobre las propiedades. Comienza la venta de bienes inmuebles y fincas. En resumen, el rasgo dominante en la vida de los isleños fue la pérdida de riqueza y bienes de los grandes hacendados, crisis de la burguesía comercial y agraria, la ruina de la pequeña burguesía y la miseria del campesinado, que con el fin de huir de la extrema miseria muchos tuvieron que emigrar.

Esta nueva situación creada por el *crack* de la cochinilla y los fracasos con los nuevos cultivos de exportación (azúcar y tabaco) van a marcar profundamente la actuación de los propietarios isleños en décadas posteriores. Los ingresos procedentes de la renta agraria bajaron, aunque en una proporción desigual. Muchas familias de la antigua nobleza isleña pasaban apuros económicos debido a los limitados ingresos de sus fincas. La caída de las rentas originó una situación crítica para muchos. Existe abundantes textos de testigos extranjeros que describen esa situación. Una sensación de marasmo, de desánimo hace su aparición en los empresarios isleños. Las clases altas demostraron carecer de capacidad y de voluntad para recuperarse económicamente. A la depreciación de la grana, se le añadía la sequía que se padecía desde principios de los años ochenta, los elevados impuestos, el alto índice de parados entre el campesinado y el estado de quiebra de muchos hacendados isleños. En estas circunstancias, cualquier fuente para obtener dinero, incluso aquellas que hasta entonces habían sido de importancia secundaria, podía, a partir de ahora, tener una especial significación como fuente de ingreso. Por tal razón, si bien los propietarios habían asimilado los cambios con los productos agrarios con vacilación y recelo, no tenía otra alternativa que plegarse a las nuevas coyunturas internacionales donde estaba la industria del ocio, por entonces deseosa de potenciar el viaje a los lugares exóticos y a los *seasides* de aguas cálidas. No resulta pues difícil imaginar que en este contexto el turismo, como lo hicieran con los productos agrarios de exportación plátanos y tomates, fuera el punto de referencia en la estrategia económica de muchos isleños. Una ilustración clara de este fenómeno lo refleja la prensa local:

Antes cuando el cultivo de la grana se hallaba en su apogeo y el bienestar de las clases acomodadas se reflejaba de modo visible en las menos favorecidas por la fortuna, se comprendía que los cuidados y la atención de todos se fijase exclusivamente en explotar aquella verdadera fuente de riqueza que no admitía competencia a sus fabulosos rendimientos; pero hoy que la grana sólo constituye un recuerdo del pasado bienestar, hoy que del fondo de una retorta extrae la química el hermoso tinte (hermoso aparentemente, pero hermoso al fin, que en el terreno de las especulaciones industriales ha vencido económicamente a la cochinilla; hoy se hace indispensable y necesario aprovechar las ventajas que nos brinda nuestro inmejorable clima, como ayer explotamos la riqueza de nuestro suelo privilegiado.¹⁷³

Aunque sería un error extender los efectos de la crisis por igual a todos los propietarios, quienes consulten la documentación familiar, registros de propiedades o registros notariales, no pueden dejar de sorprenderse por el alto índice de prestaciones personales impagadas, hipotecas no canceladas, pérdida de propiedades, etc. Sin embargo, incluso disminuyendo el nivel adquisitivo, los hacendados tenían suficientes tierras y bienes urbanos como para mantener el alto poder real.

¹⁷³ *La Opinión*, 5 de marzo de 1888.

No solamente el avance intelectual y la crisis económica local fueron determinantes para la puesta en marcha de la industria del ocio en las islas. Un notable revulsivo fue el apogeo imperial que iniciaba Gran Bretaña. Ello supone, en primer lugar, como ya hemos señalado, el desarrollo de la industria naviera a base del vapor y consecuentemente el aumento de arribadas en nuestros muelles principales (La Luz y Santa Cruz). Las numerosas e innovadoras mejoras introducidas en los nuevos buques que van entrando en servicio hacen el viaje menos inhóspito que décadas pasadas. Si bien en sus inicios fueron motivadas por las necesidades del tráfico de mercancías -tiempos aquellos en que los pocos pasajeros viajaban en cubiertas o en butacas entre los géneros- las nuevas comodidades y lujosas decoraciones incorporadas demuestran el deseo de adaptarlos a las necesidades de las nuevas demandas como consecuencia del aumento del número de visitantes. De esa manera, los habitantes de las naciones del norte, en especial Inglaterra, comienzan a frecuentar a partir de entonces nuestras islas, sobre todo Tenerife y Gran Canaria. Se intensifica la afluencia de pasajeros. No podemos pasar por alto la mejora de los puertos. Si el tráfico marítimo no se puede entender sin los barcos, tampoco habría alcanzado su enorme desarrollo sin los puertos. A pesar de la declaración de puertos francos en 1852 y la creciente actividad comercial de las islas, Labor de las mejoras de nuestros muelles fueron en muchas ocasiones interrumpidas cuando no por problemas financieros, por razones naturales. Pero las mejoras emprendidas en Gran Canaria y Tenerife a partir de 1883 impulsaron nuestros complejos portuarios, aunque de modo alguno los navíos podían llegar hasta el muelle para atracar. Se seguía «con el procedimiento tradicional de los buques fondeados a cierta distancia en la bahía»¹⁷⁴ desembarcándose a los pasajeros a través de lanchas. Sin embargo, la construcción del Puerto del Refugio en Las Palmas y la continuidad de los trabajos en Santa Cruz van a suponer un relanzamiento de los puertos capitalinos, sin lugar a dudas, el factor que desencadenó el procesos de incorporación de Santa Cruz y Las Palmas a la nueva economía de mercado. A la vez, va a permitir asombrosas mejoras, permitiendo el desembarco directo en ambos muelles. Por su parte, la instalación del cable telegráfico en 1883 facilitó la comunicación con el exterior y el aumento de las comunicaciones marítimas, lo que acercaba más a las islas con el continente europeo en unos momentos en que las posibilidades de la explotación del ocio producían un beneficio económico nada desdeñable.

Otro de los factores que favoreció el despegue la industria del ocio o del turismo fue la entrada de la economía canaria en los emporios comerciales extranjeros, especialmente británico. Son los años en que hacen su aparición a las islas nuevos hombres de negocios como Henry Wolfson Ossipoff, Richard Ridpath Blandy, Edward Fyffe, Alfred L. Jones, Cecil Barker, Richard J. Yeoward, etc. Todos ellos formaron compañías (*Grand Canary Coaling, Cory Brothers, Fyffe and Co, Blandy Brothers*, etc.) con el objeto de ejercer la actividad empresarial en las islas. Respondían a las necesidades de mercado de ultramar de la economía imperial británica. En efecto, eran los momentos en que la industria manufacturera, química y eléctrica, además de la necesidad imperiosa de nuevas materias primas conduce a Gran Bretaña a buscar nuevos mercados y puntos de abastecimiento. Los muelles de La Luz y Santa Cruz se convierten en estaciones de suministro de carbón en manos de operarios británicos. También establecen compañías consignatarias, establecimientos comerciales, compañías de seguros, etc. No menos significativa fue su presencia en la modernización de la agricultura canaria; el cambio agrario operado por su intervención en el campo canario, el incremento de superficie cultivada así como los nuevos procedimientos de cultivo para mejorar la calidad de los tomates y plátanos. Otra de las ocupaciones empresariales de los británicos, y no menos importante que las expuestas, fue también la intervención en el sector servicios, en el turismo. Hasta ahora el turismo se ha presentado como una parte marginal de la expansión colonial. Sin embargo, el turismo era un aspecto más del engranaje económico. Igual que Gran Bretaña, como las

¹⁷⁴ Cioranescu, Alejandro. *Historia del Puerto de Santa Cruz de Tenerife*. Gobierno de Canarias. 1993. Pág., 70.

naciones europeas imperiales, satisfacía las necesidades de sus súbditos por medio de la explotación de recursos agrarios (tomates, papas, cebollinos y plátanos), el turismo era un recurso más (clima y mar, materias primas de las que carecía) buscado para satisfacer las necesidades de la industria del ocio y sanitarias de muchos enfermos. Como correctamente señala Hobsbawm, “el imperialismo en definitiva trataba de satisfacer necesidades locales por medio de la explotación de recursos económicos en tierras foráneas”. En este sentido, de la misma manera que muchos británicos se trasladaron a las islas para poner en explotación viejos y nuevos recursos agrarios, como fueron Thomas Fyffe, Henry Wolfson, o Joseph Yeoward, otros se trasladaron para ocuparse de la industria turística, como fueron William Harris, Arthur E. Pring, Edward Beanes y muchos otros, hasta tal punto que la puesta en marcha del sector dependió de manera decisiva de ellos.

Además de estos hombres de negocios, estaban los residentes que desde décadas habían elegido las islas como centros de residencia permanente. Como muy bien señala Isaac Latimer,

*sus nombres se encuentran entre los activos iniciadores de la idea de hacer venir ingleses a la isla donde ellos han establecido su residencia. Hablo de los de Tenerife, pero las mismas observaciones se aplican a los ingleses y escoceses residentes en Gran Canaria, especialmente en Las Palmas.*¹⁷⁵

La presencia cada vez más acentuada de turistas en el lugar supuso un fuerte apoyo para el turismo portuense y gran canario, ya que facilitó la cobertura de apoyo a sus compatriotas. Fue uno de los factores que más influyeron en el afianzamiento del turismo en Canarias.

En la medida en que la economía canaria dependía fundamentalmente de las relaciones comerciales con Gran Bretaña, ya que la colonia británica establecida en las islas era considerada y consecuentemente respetada por su poder económico, los propietarios canarios colaboran estrechamente con ella para el fomento del turismo. En efecto, el empresario canario buscó, en esos momentos de presencia británica, sacar provecho económico a su clima y naturaleza. Fue consciente que el turismo sería uno de los principales recursos económicos que mejor ejemplificaría la transformación de las islas. Aunque es difícil cuantificar el flujo financiero canario hacia el turismo, sí se puede constatar que las inversiones del empresariado isleño en este sector estaban tomando protagonismo. El clima económico favorable por el flujo de capital extranjero en las islas, había generado en el propietario canario la suficiente confianza como para invertir, aunque tímidamente, en el turismo. Pero, el turismo a su vez estaba relacionado con otros intereses económicos y sociales, como eran la producción agrícola, las inversiones en puertos y comunicaciones, que ofrecían muchas posibilidades de inversión extranjera en Canarias, razón por la cual le interesaba al propietario canario, además de a las autoridades locales, mimar y potenciar.

Así pues, a pesar de la importancia del capital extranjero, sobre todo británico, en la inversión del turismo, se puso de manifiesto desde el primer momento la importancia del capital canario, ya que las empresas mixtas formadas para construir hoteles hubo una significativa participación local.

No fueron solamente razones económicas, sino también sociales. El turismo era sólo propio de una elite limitada que suponía una distinción e imagen capaz de seducir a los agentes receptores. El turista no era el normal comerciante, sino el caballero que despertaba un sentimiento de admiración y simpatía entre los hacendados de Canarias porque disponía de renta y tiempo libre.

Por último, se habían dado algunos matrimonios mixtos en las mejores familias, hecho que favoreció la acogida y simpatía en los círculos lugareños de elementos extranjeros. La presencia foránea, tanto irlandesa, escocesa como inglesa, se rastrea en los apellidos de familias

¹⁷⁵ Latimer, Isaac. “Una excursión a Tenerife” en *La Opinión*, 6 de diciembre de 1887.

isleñas que se prolongan hasta nuestros días, como Cullen, Carpenter, Davidson, Gallaway, etc. De esa manera los propietarios locales se enraizaron en el proceso turístico.

Otro aspecto que influyó fue la existencia de víveres y comestibles ingleses en las islas. El intercambio comercial propiciado por las compañías británicas establecidas en nuestros puertos mayores permitió que en las tiendas locales los víveres ingleses se encontraran con facilidad. Eso a la vez permitía que los visitantes pudieran seguir con la dieta de su propia gastronomía. La posibilidad de encontrar alimentos ingleses era una garantía de seguir degustando la cultura culinaria, el arte del buen comer, de los que viajaban en esta época - miembros de la elite económica-. Coincide, todavía con el hecho del bajo nivel de vida en Canarias con respecto al británico. Los precios de las viviendas alquiladas con fines turísticos eran muy bajos para ellos, a pesar que hubo ciertos periodos inflacionistas. El coste de vida permanente en el valle de La Orotava era muy barato para los acaudalados turistas. El texto del viajero británico John Whitford lo resume muy bien:

*No hay ninguna dificultad en casas de alquiler aptas para residencia privada, y como los suministros son baratos y abundantes, las familias de moderados medios pueden elegir su domicilio en cualquier lugar en la vecindad de un mercado y vivir económicamente. Una residencia de invierno para una familia, incluyendo el dinero del pasaje por el Océano no costaría más de lo que costaría quedándose todo el tiempo temblando de frío en casa, e incluso si el hogar de casa fuese tan acogedor como resultado de tener los más modernos aparatos para limitar la entrada de aire fresco, pero frío.*¹⁷⁶

El alemán Uwe Riedel señala la ventaja que suponía la carencia de aduanas en el archipiélago como consecuencia de la declaración de zona de libre comercio (puerto franco)¹⁷⁷ En Canarias los aranceles de entrada eran prácticamente nulos. Se aplicaba a los visitantes el arancel del 1 por 1.000 *ad valorem* sobre los productos alimenticios para uso personal (cereales y sus derivados, tales como la harina, galletas, bizcochos, etc.; el café, té, tabaco, azúcar, bebidas, etc.), ya que eran considerados de importación. Dicha tasa también afectaba a todo tipo de carne, aceites, brandy, vinos, vinagres, cervezas, jabón, etc.¹⁷⁸ Fue una de las grandes ventajas con la que contaron los británicos en las islas. Al existir unos aranceles tan bajos, les permitía disponer de las mercancías y víveres de sus países con un coste mínimo. Lo que significaba que podían disfrutar de muchos comestibles propios de su dieta habitual. De hecho estas ventajas aduaneras familiarizaron al isleño con productos ingleses, mientras que en la Península estaban al alcance de unos pocos. Tampoco había pago por derecho de residencia, como lo había en Madeira, ni derechos policiales, tasas por número de bultos, que también existían en la isla portuguesa, etc.

En segundo lugar, en las islas había un bajo nivel del coste de vida comparado con Europa, Madeira y otros *health resorts*. En efecto, la existencia de hermosas viviendas diseminadas por el valle de La Orotava para arrendar a unos precios módicos, analizado más adelante, el nivel de vida reinante en Canarias, los bajos precios de los artículos de consumo, la baratura de transportes y hoteles, bajos salarios de las sirvientas, etc., permitiría a los acaudalados británicos ciertas facilidades económicas para pasar largas temporadas aquí.

Por ejemplo, el coste de vida en la isla de Tenerife era un 25% más barato que Madeira, su más directo rival.¹⁷⁹ El precio medio de los mejores hoteles en Madeira oscilaba entre 11 y 12 chelines (entre 13,75 y 15 pesetas), mientras en Tenerife era de 8 y 10 chelines, es decir, de 10 y 12,50 pesetas. En 1883, Olivia Stone nos habla de las grandes facilidades y

¹⁷⁶ Whitford, J. *Op. Cit.* Págs. 38-39

¹⁷⁷ Riedel, U. *Op. Cit.* Pág., 5.

¹⁷⁸ Strettell, G. *Op. Cit.* Pág., 22. También hace alusión al arancel sobre los víveres J. H. T. Ellerberbeck, *Op. Cit.* Pág., 8.

¹⁷⁹ Ellerbeck, J. H. T. *Op. Cit.* Pág., 8

baratura que suponía arrendar una de las muchas y hermosas casas para una estancia más o menos larga en el Puerto de la Cruz.

Como un ejemplo de lo tremendamente barato que se puede vivir aquí, puedo mencionar que una casa amueblada en el Puerto de la Cruz, con siete enormes habitaciones, cocina, dependencias, sala de 60 pies de largo, se alquila por 350 pesetas¹⁸⁰ al año. ...Una casa sin amueblar, pero de buen tamaño, con un pequeño jardín para una familia puede encontrarse también fácilmente en el Puerto por 8 o £10 al año [200 o 250 pesetas]. No hay que pagar ningún impuesto por el arrendamiento, excepto un pequeño impuesto de acuerdo a la renta de la casa sobre cada inquilino según la edad, llamada "Cédula de Vecindad"; ni ningún tipo de impuesto sobre la renta.¹⁸¹

La baratura del alquiler se puede apreciar cuando la comparamos con la suma de 100 pesetas al mes -es decir, 1.200 pesetas al año- que tuvo que pagar Marianne North en Jamaica en 1871,¹⁸² y esto a pesar de ser casi doce años antes. Los precios, sin embargo, no se mantendrían tan bajos años después, al intensificarse la demanda. Efectivamente, si bien el alquiler de una casa bien amueblada (que por otro lado, resultaba difícil de encontrar) durante los años 1883 y 1884 costaba alrededor de 125 pesetas al mes, a partir de 1887 el alquiler *of a beautiful villa with a delightful garden* oscila entre 200 y 300 pesetas al mes. En algunos casos se encontraba casas por 50 pesetas. Como se puede comprobar seguía siendo barato.

En Argel, en los años setenta, el más importante *health resort* de la cuenca mediterránea, una habitación sencilla costaba entre 10 y 12 pesetas; una habitación espaciosa, de cualquiera de los hoteles de alta calidad costaba 25 pesetas la noche, es decir, £1, y una suite de dos o tres habitaciones costaba entre 35 y 40 pesetas.¹⁸³ Con estas ventajas, los visitantes más acaudalados, el grupo al que se refería el doctor británico Allbut, y que podían costearse una larga temporada en las islas, arriendan villas situadas en los mejores enclaves del valle de La Orotava, comenzando así el auténtico asentamiento y formación de la comunidad británica en el valle y el turismo.

Otro aspecto que habría que destacar, y que jugó un destacado papel en el desarrollo de turismo, fue la tranquilidad que se respiraba en Canarias y la familiaridad y confianza que tenía el inglés en el canario. La rivalidad entre las potencias europeas y la ola revolucionaria y nacionalista que estaban sacudiendo a Europa impedían un ambiente de sosiego y relax para disfrutar de unas vacaciones tranquilas en el continente. Por otro lado, los ingleses habían tenido contactos comerciales con los isleños desde principios del siglo XVI, y esos dos siglos y medio de relaciones permitieron a los ingleses conocer la hospitalidad del canario. Los viajeros destacaban lo obediente, modesto y servicial que era el isleño. Olivia Stone destacó la amabilidad y la cortesía que encontró desde las clases altas hasta los campesinos, marineros y pescadores. Para los viajeros británicos, en líneas generales, el canario era considerado como un hombre muy tranquilo, honesto, pacífico y noble.¹⁸⁴ Los viajeros destacan que el índice de delincuencia era bajísimo y cuando, rara vez, se cometía algún delito era más por necesidad que por el simple hecho de delinquir. Los ricos ingleses tenían mucho miedo a los robos callejeros, incluso de los gobiernos.

En resumen, es en este contexto histórico, con la confluencia de todas estas condiciones sociales y económicas, cuando muchos isleños, empresarios, propietarios agrícolas e intelectuales ya dejan de considerar la agricultura como una inagotable fuente de riqueza y piensan recurrir a otras fuentes de ingreso. Los años de repliegue sobre sí mismo de los

¹⁸⁰ Los precios de las viviendas y la moneda con la que se pagaba el arrendamiento era la libra esterlina. Nosotros sin embargo emplearemos la peseta.

¹⁸¹ Stone, O. Op. Cit. Pág. 400

¹⁸² North, M. *Recollections of a Happy life*. vol. I. Pág. 83

¹⁸³ Bidweell, Ch. T. *Op. Cit. Pág.*, 168

¹⁸⁴ Stone, O. *Op. Cit.* v.ii. Pág., 23.

propietarios comienzan a disiparse. Pero, en lugar de orientar sus esfuerzos hacia los sectores más tradicionales como los de la agricultura, a partir de estos momentos muchos orientan sus esfuerzos a otras ramas productivas como fue el turismo. De esa manera el sector servicios se encamina como «industria» más prometedora para la recuperación económica. Por razones de necesidad deciden diversificar «sus líneas de actuación con la incorporación de nuevas formas de inversión más allá del mundo agrario» y ponen muchos de sus bienes inmuebles en régimen de alquiler con fines turísticos. Esta fue la solución más sencilla y menos costosa para muchos propietarios isleños, ya que una parte importante de los bienes raíces de las clases altas isleñas la formaban los bienes inmuebles. La mayoría estaba alquilada a naturales o a las casas comerciales que operaban con vinos o cochinilla y que fueron dejadas a raíz de la crisis. Lo único que tenía que hacer un propietario local era arrendar una vivienda vacía, lo que no suponía inversión económica alguna. De esta manera, el turismo se configura como una alternativa más en la desesperada búsqueda de nuevos recursos de los propietarios de las islas mayores, de huida hacia adelante para superar la crisis. Incluso poco a poco se superó el rechazo generalizado que había entre la sociedad canaria a los tísicos. Aquellos que tenían sus prejuicios sobre los tuberculosos no tenían por que temer, pues las viviendas alquiladas bien para uso particular bien para hotel estaban en manos de británicas. Por otro lado, el tísico que venía a las islas para su convalecencia no estaba en fase terminal, como veremos más adelante, sino eran enfermos en fase inicial, con apenas expectoración. Su aceptación fue lenta, pero rápida cuando comprueban que no había nada que temer. La favoreció las frecuentes visitas de los hacendados canarios a las zonas turísticas de moda del momento, sobre todo a Madeira, pues les permitieron encuentros sociales con enfermos británicos. En efecto, las comunicaciones con Madeira permitieron que hacendados isleños se desplazaran a la isla portuguesa de vacaciones o de luna de miel.¹⁸⁵ Por otro lado, les permitió conocer la riqueza que generaban los extranjeros británicos en sus desplazamientos hacia ella. A partir de la década de los sesenta los gastos de los ingleses en Funchal alcanzaron la cifra de 30.000 a 40.000 libras esterlinas anuales.¹⁸⁶ También pudieron percatarse de que no había que temerle tanto a los *invalids*. En los primeros bailes que empezaron a organizarse en el *La Orotava Grand Hotel* apenas asistieron isleños porque aún no se atrevían a mezclarse con los huéspedes extranjeros por temor a contagio. Sin embargo, años después, cuando comienzan a realizarse los encuentros en el Taoro, es decir, cuando ya estaban familiarizados y comprendieron lo inofensivo de su estado, estaban más dispuestos a disfrutar de su compañía. Así pues, la crisis económica no permitía que los prejuicios y las indecisiones siguieran tomando el mando sobre una situación social y económica tan crítica como desesperada.

Pero, como hemos afirmado, la participación de compañías y empresarios extranjeros, mayoritariamente británicos, presentes de una manera abrumadora a finales del siglo decimonónico fue decisivo el papel de los británicos en esos momentos de debilidad espiritual y material, de pasividad inversionista del empresario canario, fue notable. La presencia británica es la pieza básica para entender la puesta en marcha del turismo, puesto que su existencia empresarial facilitó los recursos financieros. Es con su intervención financiera cuando, desde el punto de vista de los capitales, desde el punto de vista de la participación empresarial, desde el punto de vista del establecimiento de plazas hoteleras, de las mejoras alimenticias, de su papel en la balanza de pagos, etc., comienza el despegue. Será la iniciativa inglesa, como veremos en páginas posteriores, la que contribuya notable y decisivamente al establecimiento, crecimiento y fomento del turismo, atreviéndonos a afirmar que se debe a ellos el desarrollo de dicha industria. No es extraño a la vista de ello que el propietario isleño se viera seducido por el papel tan decisivo de los ricos extranjeros y depositaran confianza en las firmas inglesas para suscribir su rol de empresario. Como se verá en los apartados siguientes, la

¹⁸⁵ A.N.P. Diario de viaje de luna de miel del matrimonio Ponte.

¹⁸⁶ Burton, R. *Op. Cit. Pág.*, 59.

presencia británica es inseparable del fomento y evolución del turismo en Canarias, pues su ausencia habría incapacitado a los propietarios isleños para acometer la explotación del mismo. Canarias no era la única zona donde sucedió tal fenómeno. La España continental, como el resto del continente europeo, se vio sometida a la misma dinámica. Elemento fundamental de su puesta en marcha fue la presencia de una colonia británica. Por ejemplo, los propietarios de las compañías mineras británicas de Riotinto fueron los impulsores desde 1881 del proyecto de construcción del Hotel Colón en Huelva. Las obras comenzaron en 1883 y el hotel fue inaugurado en el año 1892.

EL VALLE DE LA OROTAVA COMO MARCO GEOGRÁFICO DEL DESPEGUE DEL TURISMO EN CANARIAS

Si analizamos la evolución histórica del turismo en Canarias, se constata, como más tarde analizaremos, que ha sido históricamente el valle de La Orotava el espacio geográfico donde dio comienzo el mismo. De hecho, era el único lugar de todo el archipiélago que recibía turistas, *invalids* fundamentalmente, desde las primeras décadas del siglo XIX. Sus espléndidas condiciones climáticas para el establecimiento de una estación turística habían sido destacadas desde muy temprano por naturalistas y doctores. Sin embargo, las razones fundamentales fueron económicas. El capital y las empresas manejadas por británicos jugaron un papel muy significativo en la puesta en marcha de la industria turística en Canarias, y particularmente en el Puerto de la Cruz. Esta conclusión provisional, algo precipitada pero consciente, deriva de los datos que insisten en la presencia de prominentes compañías y hombres de negocios de origen británico, como veremos enseguida en este presente trabajo. De hecho, el inicio de la empresa turística en el archipiélago comenzó con la llegada a Tenerife de William S. Harris. Pero, una vez mejor conocido el clima de las islas, sobre todo de Tenerife, ¿por qué los ingleses eligieron el valle de La Orotava, concretamente en el Puerto de la Cruz, y no Santa Cruz que contaba con mejores ventajas climáticas para el establecimiento de un centro de salud invernal? El reconocimiento de la crucial importancia del Puerto de la Cruz como lugar idóneo fue señalado por el doctor William Wilde y el francés Gabriel de Belcastel. Pero los prestigiosos médicos Clark, Cooper, Marcet, etc., no dudan, sobre la base de registros minuciosos de temperaturas, en considerar a Santa Cruz el lugar ideal para establecer el *health resort* invernal y al Puerto de la Cruz el estival. La propia experiencia de un *invalid* podría ser más valiosa. Un inglés tan entusiasta del Puerto de la Cruz como George Strettel, que residió en San Antonio por problemas de salud, no duda en afirmar que desde diciembre a marzo, la capital Santa Cruz es el lugar ideal de estación invernal en Tenerife. Es decir, justo en los meses de temporada alta en el Puerto de la Cruz. Además, se tardaba seis largas horas en llegar al pueblo norteño, haciéndose el viaje pesado y largo para los enfermos -no faltando las correspondientes quejas de muchos de ellos, según el cónsul Samuel H. Harford-,¹⁸⁷ mientras que Santa Cruz era el puerto de arriada de los barcos, no teniendo necesidad de traslados. Tales ventajas térmicas de Santa Cruz no obstante, descalifican el clima del Puerto de la Cruz. La temperatura media relativamente algo más elevada todo el año, alrededor de los 20°C, y las escasas precipitaciones anuales tuvieron una influencia decisiva para atraer el flujo turístico en el periodo de estudio. Sin embargo, si bien el clima es un factor de atracción importante, no es el único. En la cultura del extranjero europeo, y particularmente en la británica, el paraje natural desempeñaba un papel de primer orden a la hora de elección del centro de descanso. En este sentido había una serie de ventajas comparativas en el valle de La Orotava para ponerse en marcha un centro de salud o turístico en su puerto. En primer lugar, fue en el valle donde hubo algún atisbo de

¹⁸⁷ P.R.O. H CI 5580 xp 00971

sensibilidad sobre la climatoterapia. Fue precisamente donde comenzó el turismo. La nobleza y burguesía agraria del valle era la única que poseía hermosas casonas y villas idóneas para el proyecto que se pretendía desarrollar. Por lo tanto, si había un grupo social con ventajas para apostar por la puesta en marcha del sector servicios era precisamente la elite del valle. Serán precisamente sus miembros más afectados por la crisis los primeros que emprendan tal iniciativa. El marqués del Sauzal, el marqués de la Candía, Rensaw Orea, entre otros estaban pasando por serios apuros económicos. También recurrieron a esta solución sectores de la pequeña burguesía. Sería erróneo pensar que todos los propietarios que ponían sus residencias en arriendo se encontraban en situación de crisis. Algunos miembros de la elite económica muestran gran interés en el arrendamiento de sus propiedades por otras razones no puramente económicas como, por ejemplo, Fernando Larena y Franchi, Nicolasa Benítez de Lugo y Benítez de Lugo, etc. Por lo tanto, no todas las familias de la alta sociedad canaria, especialmente la de la comarca, cayeron en la ruina. El 36,36% de los que dedican inmuebles para la explotación turística se encontraban con hipotecas contraídas. Pero, lo esencial en este contexto creo que no es el número, aunque tenga su importancia desde el punto de vista de la estadística, sino, ante todo, la forma de interdependencia a que se hayan sometido los propietarios locales. Por esta razón, aquellos miembros de la burguesía canaria que no se encontraban en tal situación, pero que sus rentas estaban algo o totalmente mermadas, apostarían desde el primer momento por este modelo de desarrollo dado la ayuda que económica que suponía.

En segundo lugar, el marco físico y natural. Si bien las razones económicas y climáticas fueron importantes en el despegue del turismo en la comarca, el paisaje y el paraje natural del valle fueron unos argumentos de peso. En el inglés se había despertado el gusto por la playa, el mar y las olas, como hemos visto en el segundo capítulo. El Puerto de la Cruz tenía esa playa que tanto amaba el británico y el europeo en general. Playa que no significaba un lugar para coger sol. De hecho había que protegerse de él, pues el bronceado, hasta entrado el siglo XX, estaba mal visto, era símbolo de una actividad manual al aire libre. La tez blanca era signo de seducción y pertenencia a la clase alta. Pero el baño era tremendamente importante, ya que la hidroterapia marina había sustituido la cura balneoterápica. Por el contrario, Santa Cruz e incluso Güímar, los dos únicos lugares con mejor clima que el pueblo norteño, carecían de ese marco. Además, estaba el espacio natural. Geográficamente, el valle de La Orotava era un hermoso espacio natural, un gran escarpe casi plano de unos 62 Km² de naturaleza abierta, con una vegetación mucho más rica y una atmósfera más pura que Santa Cruz su principal rival en esos momentos. Numerosos autores (viajeros, naturalistas, escritores, etc.) habían destacado ampliamente el marco natural y el paisaje del valle de La Orotava, de tal manera que la naturaleza de este rincón de Tenerife era una realidad cultural de peso a favor de su promoción turística. John Cleasby Taylor, médico escocés que compara Las Palmas con el Puerto de la Cruz, destacó que si bien la ciudad norteña de Tenerife tenía más días de lluvias anuales, mayor humedad y menos horas de sol que la capital garcanaria, por el contrario la superaba porque tenía unos alrededores naturales mucho más bellos.¹⁸⁸ Permitía una estancia de ocio y descanso donde los turistas extranjeros podían disfrutar de los placeres que le proporcionaba una rica vegetación, donde podían realizar el ejercicio físico, el paseo campestre, la inhalación de aire puro, todo lo que recomendaban los médicos a los turistas *invalids* para su convalecencia. Ventajas difíciles de encontrar en los otros *health resorts* existentes hasta entonces, excepto en Madeira, que poseía características similares. No debemos olvidar que el nacimiento o, más exactamente, los inicios del «turismo» en las islas está estrechamente vinculado más con la atención sanitaria invernal que con los viajes de ocio. No se trataba de buscar centros de esparcimiento, de ocio, sino de salud para los *invalids*, fundamentalmente

¹⁸⁸ Cleasby Taylo, J. *Grand Canary: its climate and springs*. John Richarson. Leicester. 1889. Pág., 16.

tuberculosos. El grueso del turismo que se recibía era terapéutico. Esto significaba que el *turista* que venía a Canarias lo hacía, en su inmensa mayoría, bajo prescripción médica. Por lo tanto, los médicos evitaban enviar a sus pacientes a ciudades de gran densidad de población por ser orígenes de infecciones y recomendaban la naturaleza como agente curativo. Incluso, si se hacía una excepción a esta regla y se elegía una ciudad densamente poblada como estación invernal, ésta tenía que tener suficiente espacio rural con casas por las afueras donde establecerse los turistas enfermos para su convalecencia.¹⁸⁹

Por otro lado, el valle reunía las mejores condiciones, ya que poseía numerosas casas de campo adecuadas para los *invalids* y que proporcionaban ese placer que se siente vivir en ellas en medio de la naturaleza. Eran las villas que constituían los *pleasant places* de los que hemos hablado con anterioridad y que tanto gustaba a la elite y al *gentleman* inglés: la villa aislada con jardín, colocada en los espacios abiertos, desde donde se podía apreciar el paisaje y el campo, que proporcionara la *privacy* y la vida campestre. Santa Cruz por el contrario, gozaba de una temperatura agradable y de un aire cálido y seco en el invierno, pero las condiciones de insalubridad, su crecimiento urbano, la ausencia de vegetación, el aspecto árido de su paisaje, la carencia de una naturaleza abierta y el escaso número de casas de campo y villas por sus alrededores la descalificaba. Es más, la escasa vegetación de los alrededores de Santa Cruz estaba formada por nopales y la fermentación de la masa carnosa de la planta abandonada o cortada engendraba el miasma tuberculoso.¹⁹⁰ Necesitaba, para ser punto de mayor atención turístico, superar tales deficiencias, como, por ejemplo, sustituir las plantaciones existentes por otras de mayor follaje, plantar árboles, construir nuevas carreteras por los alrededores que posibilitara el paseo campestre a los visitantes, extender el paseo marítimo hasta San Andrés y la costa Sur, etc.¹⁹¹

Pero, al excepcional escenario paisajístico del valle se le añadía el Pico del Teide, tan aclamado por los viajeros a lo largo de la historia y cuya presencia y aspecto era el tópico de conversación entre los británicos, como el «tiempo» en Inglaterra.¹⁹² «Todo en su conjunto, su posición, su clima, sus alrededores, la residencia, la sociedad, las conveniencias y, sobre todo, la proximidad al Teide, hace del valle de La Orotava el centro más adecuado en el archipiélago como residencia para extranjeros», comentaría Olivia Stone. Aunque el Teide ya había perdido la reputación geográfica de ser «el pico más alto del mundo», aún causaba una impresión no superada y posiblemente sin igual, diría Ernest Hart. El Teide era el centro de atracción de Tenerife, que fascinaba a los visitantes y como bien expresó el ilustre médico inglés «el escenario nunca está completo sin su grandiosa vista».¹⁹³

Por lo tanto, el conjunto del marco físico del valle formaba una identidad simbólica que satisfacía el anhelo de retirada a la naturaleza de los acaudalados británicos. Respondía, por lo tanto, a la fascinación por la naturaleza que sentía el *gentleman* victoriano, enfermo o sano, de vivir apartado del estilo de la vida social, urbana. En este sentido, su intervención en el desarrollo del turismo jugó un papel importante. El perfecto conocimiento que tenían los victorianos William Harris, Edward Beanes y muchos otros que destacaron en el turismo, de los gustos y necesidades de los visitantes que se pretendía traer hace que se fijen en el Puerto de la Cruz para el establecimiento del primer *sanatorium* para convalecientes tuberculosos y otras enfermedades.

Por lo tanto los aspectos naturales y paisajísticos eran de los principales recursos que ofrecía el valle. La idoneidad del Puerto de la Cruz para establecer un *health resort* invernal podía ser discutida desde la perspectiva climática, aunque no climatoterapéutica, como hemos

¹⁸⁹ Jaccoud, S. *Op. Cit.* Pág., 328

¹⁹⁰ Zerolo, T. *Op. Cit.* Pág., 37.

¹⁹¹ Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* Pág., 119

¹⁹² Hart, E. *Op. Cit.* Pág., 16.

¹⁹³ *Ibidem*, Pág., 15

señalado, pero había completa unanimidad a la hora de considerarla como óptima por sus valores naturales, ambientales y medio físico.

Esa misma razón de alejamiento de los núcleos urbanos también influyó enormemente cuando se trataba de elegir espacios donde establecer posibles hoteles. Aquí también la intervención del británico fue determinante en la elección de los lugares. La huida de los centros urbanos, centros de posibles infecciones como consecuencia de la falta de hábitos higiénicos de la población local, determina que los mismos se establezcan en los lugares más retirados, alejados de los núcleos urbanos, donde predominaba la vegetación, los espacios ventilados y la atmósfera pura. En el Puerto de la Cruz, se eligió los Llanos de Martiánez para establecer el *La Orotava Grand Hotel* (futuro Hotel Martiánez) y Monte Miseria para ubicar el Hotel Taoro. En Güímar, lo alto de la cuesta de Chacaica para el Hotel Buen Retiro. A los problemas higiénicos, en las ciudades portuarias capitalinas se añadía la existencia de una actividad portuaria y carbonera considerable. Por tal razón, en Santa Cruz se eligió Salamanca para la *boarding-house* Sanatorium, Las Ninfas para el Hotel Pino de Oro y Los Campitos para el Hotel Quisisana. En Gran Canaria, Los Arenales para el Hotel Santa Catalina, el Hotel Metropol, Tafira para el Hotel Quiney Bella Vista y Monte Lentiscal para el Hotel Santa Brígida.

A estas razones, el Puerto de la Cruz también gozó de otras ventajas. El desarrollo del cultivo de la vid en el Valle y en la comarca norte de Tenerife en los siglos XVII, XVIII y primeras décadas del XIX, había favorecido un movimiento marítimo comercial en el Puerto de la Cruz de primera magnitud. Esto supuso el asentamiento desde muy temprano de una colonia extranjera de holandeses e ingleses importante, pasando a ser sustituida en el siglo XVIII por irlandeses. Estas colonias de mercaderes extranjeras ejercerían una actividad portuaria y comercial que ligarían al Puerto de la Cruz con los principales puertos europeos, fundamentalmente de Gran Bretaña, además de los americanos. Esta actividad económica foránea va a originar el establecimiento de una comunidad extranjera que imprimirá a la ciudad un acervo cultural muy singular, dotándola a la vez de una identidad extranjerizante destacable, que los matrimonios mixtos entre las burguesías locales y extranjeras, fundamentalmente irlandesas, se encargarían de acentuar y propagar.

Por último, destacaría el enorme flujo de naturalistas y viajeros, como hemos visto en los capítulos anteriores, que recalaron en su desembarcadero.

El flujo de comerciantes, viajeros y residentes constituyó una fuente de propaganda y conocimiento del Puerto de la Cruz en el exterior. Pero ese importante papel comercial jugado por el Puerto de la Cruz y el contacto con el mundo exterior dotaron a sus habitantes de un cosmopolitismo, que si bien se dio en otros puntos de las islas (Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria, Laguna, Santa Cruz de La Palma, etc.), tendría una mayor impronta en la ciudad turística norteña, donde el estilo de vida de las clases comerciales extranjeras marcó de una particular cultura a las elites locales.

CANARIAS Y EL CONTEXTO TURÍSTICO INTERNACIONAL.

Antes de empezar a relatar el momento histórico del comienzo del turismo en las islas, vamos a ver, aunque someramente, cuáles eran los *health resorts* y centros médico-turísticos y cuál era el estado de la hospedería mundial. Considerar el turismo en Canarias de una forma aislada es cerrar la comprensión del contexto histórico de su proyección sobre las islas. Por eso creo que es interesante este punto, pues nos permite comprender en que momento del desarrollo turístico surgió el turismo en Canarias. Coincidió el inicio del turismo en las islas con la existencia de una consolidada industria turística en otras partes.

Como hemos visto más arriba, en la primera mitad del siglo XIX, los europeos ya creían en las virtudes terapéuticas de las aguas frías, ya fueran de mar como de río, aunque las primeras eran las preferidas, ya que la hidroterapia marina había sustituido al termalismo. A pesar de la preferencia por el mar, los habitantes de las ciudades, a quienes se le reconoce poco a poco el derecho al descanso dominical, se dirigen a los ríos que bordean las metrópolis para hallar gozo en el baño, en el remo, en la pesca con caña, el picnic y la asistencia a merenderos.¹⁹⁴ Los ingleses, los alemanes, los españoles, los italianos y los franceses crean sus estaciones, ya fueran invernales como estivales. En ellas se multiplican los casinos, los hoteles de lujo, los clubes de tenis, las avenidas a lo largo de la costa, etc., para acoger y agradar a la alta sociedad que solía desplazarse. Pero es el mar el que adquiere mayor protagonismo. Diseminados a lo largo de su geografía de Europa y del norte de África se desarrollan un buen número de espacios turísticos. Pero, aunque en la Europa continental existían algunos *health resorts* y muchos centros turísticos, fue en el mar Mediterráneo donde existía el mayor complejo “turístico” a lo largo del siglo. Estaba también América del Norte, frecuentada fundamentalmente por los americanos. A los *health resorts* europeos solían ir mayoritariamente los británicos (en torno un 70%) seguidos de rusos y otros turistas nórdicos. Sin embargo, la inmensa mayoría de los que se desplazaba a los centros turísticos situados en África y Lejano Oriente, entre un 80 o 90 por ciento, era británico. Esta superioridad numérica de viajeros y turistas ingleses se debía fundamentalmente a dos razones. En primer lugar, Gran Bretaña era la nación más rica en el mundo durante el siglo XVIII debido a su liderazgo en el comercio mundial, y llegó a ser incluso más rica con el comienzo de la industrialización a finales del XVIII y principios del XIX. La renta per capita creció enormemente. Aunque otras naciones de Europa también disfrutaron de un crecimiento de la productividad y de la renta, su revolución industrial fue más lenta y menos próspera, estando por lo tanto rezagadas con respecto Gran Bretaña.¹⁹⁵ En 1850, por ejemplo, mientras la renta per capita anual en Gran Bretaña era de unas £33, en Francia era de £21 y en Alemania era de £13.¹⁹⁶ En segundo lugar, la tradición viajera de los ingleses motivada sobre todo por el sentimiento de insularidad, un interés acentuado por el conocimiento de la cultura de Europa y particularmente de las capitales europeas y el deseo de escapar del terrible invierno de su país. Además, habría que añadir el interés en el viaje general animado por las generaciones previas de viajeros y turistas.¹⁹⁷ En 1840 el escritor francés Théophile Gautier afirmó que “el inglés se ve en todas partes menos en Londres”.

Cuando las Islas Canarias se incorporan a la órbita turística a partir del segundo lustro de los años ochenta del siglo XIX, ya se encontraban toda una serie de balnearios, centros turísticos de verano de montaña y centros turísticos invernales de mar bien desarrollados. Ello se debió fundamentalmente al proceso de industrialización que estaba viviendo las sociedades de la Europa del Noroeste desde mediados del siglo. Con dicho proceso surgió una burguesía industrial que disponía de excedentes suficientes para viajar, que junto a la aristocracia europea van a formar una élite de viajeros deseosa de diversión y lujo. Los turistas *invalids* esperaban encontrar remedios curativos y el que “gozaba de buena salud esperaba encontrar distracciones que rompiera la monotonía; el jugador esperaba encontrar que la fortuna le fuera favorable; la coqueta esperaba encontrar adoradores; el *dandy* las conquistas y las solteras un marido”, escribió un turista anónimo de la época.¹⁹⁸ Por otro lado, se dio un proceso la intervención cada vez más decidido de las burguesías locales. En efecto, después de 1860 los lanzamientos de los *health resort* y centros turísticos

¹⁹⁴ Pierre, Michel. *Un siglo de imágenes*. Ed. B. Barcelona, 1999. Pág., 127.

¹⁹⁵ Perkin, Harold. *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*. London, 1969. Págs., 3-4

¹⁹⁶ *Ibidem*.

¹⁹⁷ Withey, Lynne. *Grand Tours and Cook's Tours*. Aurum Press. London, 1998. Pág., 62

¹⁹⁸ Boyer, Marc. *Op. Cit.* Pág., 86.

son más numerosos y más capitalistas.¹⁹⁹ Muchos se desarrollan en su totalidad, tanto a nivel urbano como a nivel de la industria del ocio. Destacados nobles, capitalistas ingleses, burgueses y propietarios locales posibilitan la creación de los más destacados centros turísticos de Europa. Son las décadas que se desarrollan una hostelería de grandes hoteles que proporcionan confort y placer elitista a la clase ociosa y por otro lado, el despegue de los centros de verano dominicales que el tren los está popularizando.

En primer lugar estaban los viejos *health resorts* invernales de las Rivas del sur de Europa, entre Hyères y Génova. Eran los grandes centros de la orilla norte del Mediterráneo visitados por británicos y otros europeos. Los viajeros románticos ponen de moda los países mediterráneos. Los ingleses, por su parte -muy pronto seguidos por el conjunto de las aristocracias y altas burguesías europeas-,²⁰⁰ desde que descubrieron el mundo luminoso y el cielo azul del Mediterráneo y su asombroso clima no dejarían de acudir a esta tierra sensual del sur europeo, sobre todo Francia. En efecto Francia, pese a la convulsión política y social que supuso la Revolución y las guerras napoleónicas, se recupera vigorosamente y lidera el desarrollo turístico sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX. Desde muy temprano contaba con medios para acoger el turismo de elite que buscaba clima templado, aguas cálidas y entorno de calidad ambiental. Hyères, por ejemplo, que fue el primer *health resort* de la Costa Azul, y donde desde finales del siglo XVIII (*Grand Tour*) empezó a ser visitado por ricos ingleses por problemas de salud, en el siglo decimonónico fue un espacio turístico con gran capacidad de acogida. Desde muy pronto floreció una colonia británica y entre los muchos distinguidos visitantes del siglo pasado se encuentran la reina Victoria y Robert Louis Stevenson. Menton, con sus playas y clima ideal, también atrajo desde muy temprano a gran número de ingleses y fue el hogar de una gran colonia británica hasta bien entrado el siglo XX. Niza, fue otro de los lugares frecuentados por los aristócratas británicos desde el siglo XVIII, y contó desde 1830 con la *promenade* de los ingleses construido con dinero aportado por la colonia inglesa. La reina Victoria la visitó en 1895. Precisamente en la época victoriana era el punto de destino vocacional de moda entre la realeza y los más adinerados. La temperatura en invierno era similar a la de Inglaterra en primavera o las primeras semanas de verano. Cuando a estas ventajas se añadían la fuerza del escenario, la variedad de árboles y flores, y las templadas aguas de las riveras francesas e italianas, gran número de turistas ingleses y de otros países nórdicos evitaba sus climas duros en invierno y se trasladaron para pasarlo en estas orillas agradables.²⁰¹

Tanto la Riviera, o Costa Azul, como la Riviera italiana estaban dotadas de excelentes hoteles. Aix-les-Bains, Montpellier, Marsella, Hyères, Cannes, Niza, Menton, San Remo, Génova, y otras ciudades de la costa mediterránea francesa e italiana eran *health resorts* con larga tradición entre los visitantes europeos y británicos. En todos estos lugares existía una amplia oferta de hoteles y villas para alquilar. A finales de los años setenta el turista se podía hospedar en un encantador hotel por diez o catorce pesetas al día aproximadamente. En Francia destacaban Cannes y Menton. Sus climas templados en invierno, permitían a los visitantes disfrutar de sus playas durante todo el año. De acuerdo con las mediciones de William Marcet, ambos tenían unas temperaturas medias desde noviembre a abril de unos 11°C y su humedad relativa era de un 73 por ciento. Se encontraban los establecimientos más caros dada la gran demanda turística de estas dos ciudades costeras. Por ejemplo, el hotel *Grand Bretagne des Anglais* en Cannes valía 15 pesetas al día.²⁰² A pesar de que los más antiguos *health resorts* de la Riviera eran Niza y Menton, Cannes fue a partir de los años setenta el

¹⁹⁹ Ibídem, pp., 65.

²⁰⁰ Lorato-Giotart, Jean-Pierre. *Mediterráneo y turismo*. Masson. Barcelona, 1991. Pág., 70.

²⁰¹ Huggard, William R. *A handbook of climatic treatment*. McMillan. London, 1906. Pág., 219.

²⁰² Bidwell, Charles T. *The cost of living abroad*. Sampson Low. London, 1876. Pág., 190.

health resort de invierno favorito, sobre todo, de los británicos. Efectivamente, desde que lord Brougham lo descubrió en 1834 cuando sólo era un pequeño pueblo pesquero, no cesó de recibir personajes reales y aristócratas británicos, y algunos rusos y americanos, para pasar el invierno. A este lado de Europa también se encontraba el centro turístico (*holiday resort*) por excelencia, Mónaco, con su casino de Montecarlo, construido en 1862, se convirtió en lugar de encuentros de la nobleza y alta burguesía europea. Los alquileres de las casas solían ser altos. En Marsella costaban unas 4.000 pesetas al año. Normalmente los turistas solían emplear una sirvienta, cuyo salario era alrededor de 250 a 300 pesetas al año. En Niza una villa amueblada podía costar unas 3.000 pesetas al año y una criada alrededor de 600 pesetas.²⁰³

Aunque no eran tan aclamados como los de la Costa Azul, Francia también tenía sus *health resorts* invernales situados en el Atlántico, donde predominaba un clima moderadamente húmedo, fresco y seco. Eran fundamentalmente muy frecuentado por británicos y por ricos de toda Europa. Dieppe se había convertido en una estación balnearia de mar elegante. Por su parte, hacia la década de los setenta, Trouville poseía grandes hoteles, y su rival, Deauville, fue impulsada por el Duque de en los sesenta. Pero estaba sobre todo Biarritz, afianzada desde mediados del siglo XIX, justo después que la emperatriz Eugenia descubriera su suave clima invernal y decidiera pasar en ella sus temporadas de descanso. Su clima, seco, cálido y estimulante era ideal para gran cantidad de *invalids*. Era bastante templado, benigno y regular desde los meses de noviembre a marzo. Sin embargo, Biarritz era apreciado por los ingleses y en general por sus visitantes por los baños de mar, que incluso podían realizarse hasta en el mes de abril. Sus cálidas aguas permitían unos agradables baños. Hechos que convirtieron a la ciudad de la costa Oeste de Francia en uno de los centros de mar más apreciados del momento. Biarritz contaba con una de las mejores ofertas hoteleras de playa. Desde los años sesenta ya contaba con dos bellos hoteles, el Hôtel d' Angleterre y el Grand Hôtel. Tenía también estupendas pensiones inglesas y gran cantidad de casas para alquilar a unos precios relativamente módicos. A mediados de los años setenta del siglo pasado, una casa para tres o cuatro personas podía alquilarse por unas 150 pesetas al mes (150 francos o £6). Sin embargo, era tal la demanda en verano, desde julio hasta septiembre, que el alquiler era de 25 o 30 pesetas diarias.²⁰⁴ Abundaban también mujeres para ser contratadas como empleadas del hogar que conocían los gustos y formas de vidas de los visitantes mayoritarios del lugar, los ingleses. Justo en la estación turística invernal existía una agradable sociedad formada por ellos. Había médico, banquero, club inglés e Iglesia anglicana.

En la Riviera italiana destacaban Bordighera, San Remo, Pegli, Alassio, Rapallo, La Spezia, y Nervi. De todos destacaba San Remo. Su desarrollo se remonta a principios de siglo. Era el *health resort* invernal más importante de la Riviera italiana.²⁰⁵ Tenía una temperatura media durante los seis meses de invierno (noviembre-abril) muy parecida a Cannes y Mentone, entre 10 y 11°C. El coste de vida era ligeramente inferior a los dos centros franceses. Las villas de la época romana situadas a lo largo de la costa, se mezclan con palacios construidos en la era moderna por los aristócratas y burgueses italianos, los cuales se arriendan a las turistas. Los precios de las habitaciones dependían de la situación de la vivienda y el volumen de la misma. Los precios de unas villas normales podían estar entre £16 y £18 al mes, es decir, entre 400 y 450 pesetas. Las casas más caras podían costar unas £20 o £30 al mes (unas 500 o 750 pesetas). Era el lugar preferido de la aristocracia y burguesía rusa, de tal manera que fue el refugio de la mayoría de los exiliados después de la revolución bolchevique de 1917. Sin embargo, a diferencia de los *health resorts* de la

²⁰³ Ibidem, pp., 16.

²⁰⁴ Bidwell, Charles T. *Op. Cit.* Pág., 185

²⁰⁵ Huggard, William R. *A handbook of climatic treatment.* McMillan. London, 1906. Pág., 228.

Riviera, que recibían mayoritariamente visitantes británicos, en algunos lugares de Italia se recibía mayoritariamente alemanes. Pegli, Nervi, Rapallo y La Spezia eran visitados por un turismo invernal alemán, salpicados con algunos ingleses.²⁰⁶ Los alemanes también se trasladaban al Mar Báltico. Precisamente, algunos de los centros turísticos playeros de la costa báltica habían sido destino populares de vacaciones de los alemanes desde mediados del siglo XIX, cuando comenzaron a ponerse de moda los baños de sol y mar. Por su parte, la casa real de los Habsburgo se trasladaba a los *spas* de Hungría, una parte de su imperio donde se encontraban los *healthy tourist* y hoteles más prestigiosos de Europa, como el Hotel Gellert de Budapest.²⁰⁷

Al otro lado, en el África mediterránea, o la cuenca mediterránea, se había desarrollado varios *health resorts* muy frecuentados también fundamentalmente por ingleses. En primer lugar estaba Egipto. El clima seco del país y con una humedad relativa baja, Egipto era recomendado para los enfermos de todo tipo de reumatismo (artritis reumáticas, reumatismo muscular crónico, etc.). Los centros del país norteafricano que más destacaban para la convalecencia de turistas enfermos eran Alejandría y El Cairo. El Hotel Habbot en Alejandría y el Hotel Du Nil en El Cairo eran dos hoteles de calidad que estaban funcionando desde la década de los setenta. El Cairo además contaba con el lujoso y legendario Hotel Shepherd, construido por un inglés en 1841 y que sirvió a Napoleón como cuartel general durante la campaña egipcia. El Cairo también contaba con casas para alquilar, cuyos precios oscilaban entre 500 y 800 pesetas mensuales para una familia de cuatro miembros. Además había doctores ingleses en la capital egipcia.

Sin embargo, el viaje a Egipto era además el más excitante de todos los viajes invernales de los ricos ingleses.²⁰⁸ En el siglo XIX se desarrolló el auge del orientalismo. El extremo oriente está también de moda. Así pues, para los ingleses con dinero y tiempo –un viaje desde Inglaterra a Egipto requería dos o tres meses, dependiendo de si se hacía excursiones por el Nilo, y un viaje a Palestina unos cuatro meses- suponía una experiencia viajera inusual y muy singular, pues el exotismo solía asociarse con las tierras lejanas de los románticos. Aunque retirados, exóticos y algunas deficiencias, Egipto y las regiones costeras de Oriente, estaban relativamente bien comunicadas a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Compañías navieras operaban desde Inglaterra hacia la mayoría de los puertos mediterráneos. Por ejemplo, la *Peninsular & Oriental Steamship Company* hacía la travesía desde Southampton a Alejandría por £20 (unas 500 pesetas) incluyendo todos los gastos a bordo.²⁰⁹ Sin embargo, el gran interés por el área se despertó a partir de 1869, cuando Thomas Cook organiza el primer viaje turístico desde Londres hasta Egipto y Palestina. Desde entonces el viaje turístico a Egipto y Oriente empezó a funcionar regularmente como parte del itinerario de la firma Thos. Cook.²¹⁰ Por su parte, en junio de 1883 se pone en servicio el tren con los vagones más lujosos jamás construidos que hacía la ruta París-Constantinopla, el *Orient Express*. No obstante, el turismo que se desarrolló en esta parte de Oriente no estaba formado por invalids, sino por un turismo de ocio, pues el clima de los países del área era excesivamente caluroso y desaconsejado para los enfermos.

Argelia era el otro *health resort* de la cuenca mediterránea. Era mucho más visitado por el turismo terapéutico que Egipto. Argelia pertenecía al mismo grupo de los *health resorts* que Madeira. Ocupa una posición intermedia entre Funchal y El Cairo, siendo más húmeda que El Cairo y más seco que Funchal. La temperatura media anual de Argel era de 20°C y el mes más frío era Enero, cuando la temperatura alcanzaba una media de 14°C. Las variaciones diarias de

²⁰⁶ *Ibidem.*, pp., 232.

²⁰⁷ *The Independent*. Saturday 17 Augusts 1991.

²⁰⁸ Gregory, Alexis. *The gold age of travel. 1880-1939*. Cassell. London, 1991.. Pág., 154.

²⁰⁹ Bidwell, Ch. T. *Op Cit*. Pág.,190.

²¹⁰ Ingle, Robert. *Thomas Cook*. Gwynedd, 1991. Pág., 41.

las temperaturas eran más pequeñas que las de Egipto. El aire puro del mar argelino daba frescor a la atmósfera, no había vientos fríos que provocaran escalofríos a los *invalids* como los del norte de Italia o el sur de Francia.²¹¹ El mar y el sol eran los dos elementos naturales que buscaban los invernantes enfermos. Argel contaba con un buen número de hoteles extranjeros, pero había tres del afecto de los ingleses (Hôtel d'Orient, Hôtel de la Regence y Hôtel de'Europe). Además contaba con gran número de villas para alquilar y con algunas *boarding houses*.

En Europa continental todavía se encontraban otros *health resorts*. Unos con larga tradición histórica como Spa, Baden y Baden-Baden, que aunque sus momentos de esplendor habían pasado, aún destacaban por su exquisita oferta hotelera y de ocio. Otros que se habían desarrollado como consecuencia del interés por el clima de montaña para la convalecencia de la tuberculosis. Los primeros estaban a caballo entre un centro de salud y un centro turístico vacacional. El pueblo de Spa, en la provincia de Lieja (Bélgica) era un encantador lugar que desde el descubrimiento de sus aguas en el siglo XIV no ha dejado de ser visitado. A lo largo de su historia como *health resort* recibió la vista de Enrique III, Montaigne, la reina Cristina de Suecia, Pedro el Grande de Rusia, Disraeli, el emperador de Austria Francisco José II, fueron algunos de los ilustres visitantes de Spa. Entre los ingleses adquirió gran reputación después que los médicos de la corte de Enrique VIII eligieran sus aguas con fines terapéuticos. La popularidad de Spa en Inglaterra dio origen a la palabra inglesa *spa*, que significa balneario. Contaba con unos excelentes hoteles (Hotel Orange de York, Flander, Lacken, etc.) y una amplia oferta de casas para alquilar a unos precios que dependían del tamaño. Por ejemplo, un apartamento para una familia de tres o cuatro miembros costaba unas £80, (2.000 pesetas).²¹²

Baden, pintoresca ciudad medieval situada a orillas del río Limmat, cerca de Zúrich (Suiza), era una importante y concurrida localidad termal, donde se podía disfrutar de sus aguas sulfurosas cloruro sódicas a 48°C, muy recomendadas para el tratamiento de los reumatismos articulares y de las afecciones de las vías respiratorias. Las virtudes terapéuticas de las aguas de Baden eran ya conocidas por los romanos, que fundaron aquí, en el siglo 15 d.C., Aquae Helvetiae, la colonia termal más antigua del norte de los Alpes. Desde mediados del siglo XIX se convirtió en uno de los balnearios más concurridos de Europa, a donde los turistas se trasladaban con sus criados, muebles y un sinnúmero de cosas más y permanecían semanas, incluso meses.²¹³

Sin embargo, el balneario más encantador y de moda de finales del siglo XIX era Baden-Baden en Alemania. Desde la temprana fecha de 1820 ya se había construido un casino, edificio elegante y lujoso que en 1854 se convertiría en el mejor casino del mundo. A partir de entonces se ganó la reputación por la moralidad licenciosa que se practicaba. A las *ladies* se veían jugando y los *gentlemen* hacían alarde públicamente de sus amantes.²¹⁴ En 1872, cuando en Alemania fue prohibido el juego, privando a los visitantes de Baden-Baden de sus pasatiempos preferidos, su propietario, Jacques Bezanet, convirtió el casino en un club de juegos privado y la diversión continuó.²¹⁵ Baden-Baden se convirtió en el refugio de pintores, escritores, y músicos. Johannes Brahms, Federico Chopin, Héctor Berlioz, Iván Turgueniev, Alejandro Dumas, Henri Stendhal, Honorato de Balzac entre otros permanecieron temporadas más o menos largas en la ciudad.

Otros *health resorts* que habían adquirido protagonismo a partir de los setenta fueron los situados en Suiza y sus Alpes. A la orilla derecha del río Rin se encontraba Bad Ragaz, otro de los balnearios que llegaron a estar de moda en el siglo XIX. Sus aguas carbonato-cálcico-

²¹¹ Bidwell, Ch. T. *Op. Cit.* Pág., 166.

²¹² Bidwell, Ch. T. *Op. Cit.* Pág., 232

²¹³ Croutier, Alew Lytle. *Taking the waters*. Abbeville Press. London, 1992. Pág., 147.

²¹⁴ *Ibidem*, pp., 128.

²¹⁵ *Ibidem*

magnéticas a 37°C procedentes de Pfäfers Bad eran muy apropiadas para el tratamiento de reumatismos y trastornos circulatorios. Sin embargo, los auténticos *health resorts* suizos desarrollados a partir de la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo en el último cuarto de siglo, fueron los Alpes. Aunque el turismo alpino data desde las primeras décadas del siglo XVIII, fue a partir de mediados del siglo XIX, como consecuencia del gusto de los escenarios de montañas y la fe en los climas de altura para la convalecencia de la tuberculosis, cuando adquiere un desarrollo vertiginoso. El empresario hotelero suizo animó el turismo construyendo hoteles de alto *standards* y estudiando los gustos de los visitantes extranjeros, fundamentalmente el de los británicos, sirviendo the *table d'hôte dinner* a sus horas preferidas, de 4 o 5 de la tarde, construyendo capillas anglicanas para los servicios religiosos, etc.²¹⁶ Ciudad de montaña suiza paradigma fue Davos. Situada en el ancho y fértil valle homónimo, Davos se convirtió en el refugio de los *invalids* tuberculosos que llegaban para hacer curas de salud desde finales de 1850, después que los doctores demostraran las cualidades curativas y reconstituyentes del aire seco de montaña, tanto en los soleados y relativamente templados inviernos como en los veranos. Precisamente en un *sanatorium* de Davos transcurre la historia del *invalid* Hans Castorp, el personaje de la genial novela *Montaña Mágica* del escritor Thomas Mann, escrita como consecuencia de la estancia en el centro del alemán en 1911 acompañando a su esposa, que se hallaba enferma.

A pesar de ser el espacio del Mediterráneo la más importante área del turismo terapéutico hasta la Primera Guerra Mundial, el Atlántico, y particularmente sus islas, también tenía sus zonas. En primer lugar estaban las islas occidentales del Atlántico, Las Antillas. Las Bahamas, Jamaica y sobre todo Barbado. Aunque el clima de las islas en general era de características tropicales similares, bastante caluroso y húmedo, los vientos alisios y las brisas de barlovento mitigaban el calor y la humedad de modo que la temperatura rara vez parece sofocante. Tenían un bonito escenario natural, muchas casas en alquiler, algunos buenos hoteles, etc. Sin embargo, fueron descartadas, no sólo por las características físicas de su clima, sino también por la elevada humedad reinante, por la conformación externa de las mismas, por su lejanía de Europa, etc. Luego estaba las islas británicas y la misma costa sureña de Inglaterra. En lugar de ser frecuentados en invierno eran fundamentalmente visitados en los meses de verano. El espectacular desarrollo del sistema ferroviario en el país permitió la llegada masiva de veraneantes a la costa. De esa manera, los lugares que antaño habían sido unos centros médico-turísticos importantes, en estos años de finales del siglo XIX eran más bien centros turísticos o ambas cosas a la vez, pues eran frecuentados masivamente tanto por turistas de ocio como por *invalids* de la clase media. En general, todos o casi todos asistían en busca de baños de mar. Desde que los médicos victorianos recomendaron el aire y los baños de mar como una cura para todos los convalecientes; muchos pueblos de mar, fundamentalmente con playas se vieron invadidos por veraneantes.²¹⁷ Algunos eran más selectos que otros. Por ejemplo, Margate y Ramsgate (Isle de Thanet), en la costa norte y sur de Kent, respectivamente, con reputación de ser unos de los más agradables lugares de costa, a donde asistían enfermos de escrófula y otras formas crónicas de tuberculosis, aunque también turistas de ocio,²¹⁸ eran visitados, el primero por habitantes de los barrios bajos de Londres,²¹⁹ mientras el segundo por la pequeña burguesía urbana. Folkestone, más pequeña, recibía una pequeña burguesía más selecta. Pero por ejemplo, Brighton, lugar de recreo de la nobleza y alta burguesía inglesa en décadas anteriores era ahora el más grande y popular de todos los lugares de veraneo de la costa sur de Inglaterra.

Sin embargo, el auténtico *health resort* invernal del Atlántico era la isla portuguesa de Madeira. Esta isla, por sus similitudes climáticas y medioambientales, fue la más fuerte

²¹⁶ Withey, Lynne. *Grand Tours and Cook's Tours*. Aurum Press. London, 1997. Pág., 199

²¹⁷ Wood, Christopher. *Victorian Panorama*. Faber Limited. London, 1976. Pág., 194.

²¹⁸ Huggard, W.R. *Op. Cit.* Pág., 224.

²¹⁹ *Ibidem*.

competidora de Canarias. Madeira, favorecida por una amplia comunidad británica establecida en la isla, había desarrollado una infraestructura turística que a partir de los años setenta era muy bien considerada. Tenía dos excelentes hoteles (el Miles's y el Reed's), cuyos precios a mediados de los años setenta eran de £11 a £14 libras mensuales, es decir, de 275 a 350 pesetas. Había varias *boarding-houses* en manos de ingleses cuyos precios eran algo más barato, entre 250 y 300 pesetas al mes, aunque una llevada por un alemán era algo más cara. Habitaciones en casas particulares no había, pero, por el contrario existía gran número de casas amuebladas para alquilar por los alrededores de Funchal. Dependiendo del tamaño, los alquileres oscilaban entre 1.250 y 6.500 pesetas.²²⁰ . Había un vapor de la *African Coast Line* cada sábado desde Liverpool y uno de la *Cape Line* tres veces al mes desde Southampton. Para el invalido o turista inglés no había centro turístico comparado con Madeira. Un viajero, conocedor de muchos lugares de Italia y el Sur de Francia, relata después de visitarla muchos inviernos, que “su aire tonificante, su suave atmósfera, su temperatura uniforme, su cielo azul, sus flores, la belleza de su escenario y tranquilidad para descansar le mente y el cuerpo, la convierte en el mejor sitio para pasar un invierno”.

La España peninsular también tenía sus propios *health resorts*, aunque no eran invernales, ya que los españoles hacían turismo en verano. En líneas generales acudían a ellos extranjeros sino nacionales. Sobresalían los situados en la costa norte, Cantabria y País Vasco. Es la realeza española quien la frecuenta y los pone de moda. La Playa de la Concha (San Sebastián) se convirtió en un centro de veraneo de fama, después de que fuera elegida por la reina Isabel II. La reina empezó a acudir a ella en 1845 por recomendación de sus médicos, los cuales le habían aconsejado tomar baños de mar para curar una enfermedad cutánea. De esa manera, Isabel II inauguró la moda de veraneo, arrastrando tras de sí a la aristocracia y alta burguesía española, así como algunas personalidades europeas (Bismarck, Eugenia de Montijo, Napoleón III, etc.). En el Paseo de la Concha se levantó el Hotel Kursaal en 1868, transformado en 1881 en el Hotel Londres. En ocasiones, los miembros de la casa real solían ir a Cantabria. La presencia veraniega de los monarcas en Santander en 1861 hace que reyes y su corte la escojan como sitio para pasar sus vacaciones.

A mediados del siglo XIX comienza también el auge de los balnearios. Los propietarios de los terrenos donde brotaban los manantiales, inmediatamente intentan comercializar sus explotaciones. El balneario de las Caldas de Besaya, también en Santander, consistía en unas aguas medicinales de temperaturas entre 34°C y 37°C recomendadas para el tratamiento del reumatismo, catarro bronquial, neuralgias, etc. A mediados del siglo pasado se construyó el complejo de baños, hotel, hospederías etc. Fue frecuentemente visitado para tomar sus aguas por la reina Isabel II. No solamente acudía la realeza, aristocracia sino políticos, músicos, etc. El político miembro del P.S.O.E. Largo Caballero, el tenor Miguel Fleita, etc.

En las vascongadas se dio un gran esplendor de sus balnearios. Estaba el balneario de Molinar de Carranza, funcionando desde el siglo XVIII, cuyas aguas estaban indicadas en multitud de cuadros, entre ellos los procesos reumáticos, digestivos, parálisis, neuralgias, etc.²²¹ Destacaba también el de Zaldibar, cuyo establecimiento balneario con un elegante edificio construido por su propietario, el conde de Peñafiorida en 1844, llegó a ser uno de los balnearios más importantes de su tiempo. Estaba indicado para el tratamiento de las afecciones reumáticas, catarrales, sifilíticas, dispepsias, etc.²²² Su majestad el rey Alfonso XII fue enviado por sus médicos en el verano de 1884 a tomar las aguas del balneario de Betelú para aliviar su tuberculosis. En Navarra estaban los balnearios de Fitero, cuyos baños de vapor iban a tomarlo literatos, políticos, eclesiásticos, toreros, etc., algunos para reponer sus endeble salud como Adolfo Bécquer o Sagasta. Este político solía recurrir a otros en busca de aguas que más

²²⁰ Bidwell, Ch. T. *Op. Cit.* Pág., 214.

²²¹ Sarrionandia, Magdalena. *Balnearios de Biskaia*. Martxo, 1993. Pág., 23.

²²² *Ibidem*, pp., 28.

favorecieran su salud como era el balneario e Arnedillo, al cual solía ir Felipe II, Fernando VI y otros miembros de la Casa Real.

A Barcelona también solía ir la Casa Real por prescripción médica. La reina Isabel y sus hijas realizaban viajes a Barcelona para tomar baños sulfurosos y de mar que los médicos de Cámara recomendaban para su salud. Fernando VII ordenó en 1830 la construcción de una gran fonda al lado del balneario de Carratraca (Málaga) para alojarse allí con su séquito y poder tomar las aguas. Por su parte, la burguesía más acaudalada del levante frecuentaba Cataluña (Pirineos, Costa Brava y Baleares).²²³

La burguesía andaluza también tenía sus balnearios de aguas medicinales a donde ir como el de Alicún de las Torres [Granada], Carratraca [Málaga], o el balneario de Fuenteamarga en Chiclana [Cádiz] que se había convertido a partir de 1780 en lugar de peregrinación de personas aquejadas de las más diversas dolencias.²²⁴ Estos y muchos más eran los *health resorts* de las clases altas económicas y sociales de la Península.

Así pues, es en este contexto histórico de desarrollo del turismo cuando se incorpora Canarias a la industria del sector. El grado de desarrollo acontecido en todas estas áreas determinará las características competitivas del sistema turístico del momento y a las cuales las islas tendrán que promocionarse. Nada fácil, ya que se trataba de competir con un consolidado mercado turístico. Desde luego que el archipiélago respondía adecuadamente a la demanda turística de los países europeos, fundamentalmente de Inglaterra. Pero sus posibilidades estarían estrechamente relacionadas con la infraestructura de alojamiento y la accesibilidad marítima. Canarias, por su posición geoestratégica favorable, estaba bien comunicada con los puertos más importantes de Europa e Inglaterra, sin embargo, no debemos olvidar que el viaje ida y vuelta tardaba 14 días, siendo una restricción importante para el turista medio del momento. Esta condición, con otras, que analizaremos a lo largo del presente trabajo, va a marcar el grado de desarrollo del turismo en Canarias.

LOS COMIENZOS DE LA HOSPEDERÍA CONTEMPORÁNEA EN CANARIAS.

Hay una carencia, sin embargo, que es la más grande de todas las carencias para un invalids: buen alojamiento. Hay solamente dos fondas en toda la isla; y el pobre noble español es demasiado soberbio para dejar sus casas.

Duncan Maclaren

EL ALOJAMIENTO EN CANARIAS DURANTE EL ANTIGUO RÉGIMEN.

Mientras eso sucedía en el Antiguo Régimen en Europa, en Canarias, por la misma época, la situación era bien distinta pero no diferente del resto del territorio nacional. Nuestros lugares de hospedaje se caracterizaban por una absoluta falta de comodidad, aseo y en general cualquier elemento que nos pudiera aproximar a los parámetros de Alemania, Suiza, Inglaterra, Francia y Norte de la Península italiana.

En efecto, desde las primeras décadas del siglo XVI, en las islas se procede a establecer mesones, tabernas y ventas, establecimientos todos ellos que, aparte de ser puntos de venta de vino y de comestibles, también desempeñaron a la vez el servicio de alojamiento. No obstante, a pesar de ser muy parecidos o sinónimos, el mundo que los rodeaba era más

²²³ Fernández Fúster, Luis. *Geografía general del turismo de masas*. Alianza. Madrid, 1991. Pags., 312 y 496.

²²⁴ Pacheco, Teresa. *Balnearios de España*. País-Aguilar. Madrid, 1996. Pág., 53.

complejo. Tanto las ventas como los mesones vendían víveres, comestibles y vino, pero además ofrecían otros servicios como el de dar de comer o beber y alimentar las caballerías. Ofertaban camas en ciertos momentos para dar aposento a transeúntes y viajeros. Sin embargo, había ciertas diferencias. En general, los mesones estaban normalmente localizados en los núcleos de población. Por el contrario, las ventas se establecieron sobre todo a lo largo de los caminos reales, alejados de los núcleos de población.

Estos sistemas de alojamiento eran propios de la España medieval. Se habían establecidos para dar albergue a los que realmente viajaban en la Edad Media: los peregrinos. Entre los siglos XI al XIV, incluso más adelante, ni las ventas ni los mesones, ni las posadas, fueron precisamente un modelo de limpieza, comodidad y honradez.²²⁵

En Canarias pocas ventas ofrecían alojamiento, a diferencia de la Península. En la medida en que los mesoneros y venteros eran los encargados de la provisión de algunos artículos de primera necesidad, los que vendían incluso carne, sus ocupaciones eran consideradas deshonorosas por las autoridades.²²⁶ Ser ventero o mesonero era profesión poco decorosa para los españoles legítimos de los siglos XVI y XVII, y por eso se relegaba ese oficio generalmente a foráneos o sectores marginados,²²⁷ aunque, como hemos señalado, estaba prohibido por el tribunal de la Santa Inquisición que los ejercieran extranjeros protestantes. Los que desempeñaban tales oficios no eran los propietarios de los inmuebles, sino que los mismos los arrendaban para instalar los establecimientos.

Dado que el mesón ofrecía alojamiento por dinero a los forasteros que visitaban la ciudad, los mesones fueron, hasta cierto punto, donde único se podía pernoctar. Los mesones fueron los antecedentes de las posadas, nombre con el que se denominará en el Antiguo Régimen a las casas donde se recibían huéspedes, en su mayoría locales. En las islas, apenas había viajeros extranjeros haciendo sus *tours* que demandaran alojamiento. Las posadas estaban establecidas para que pernoctaran los isleños que viajaban por el interior de su isla o de una isla a otra. Parece que donde único había alojamiento en los mesones era en Laguna, capital de Canarias hasta el siglo XIX y a donde solían acudir oficiales, comisarios, subdelegados, regidores, licenciados, etc. Desde el siglo XVI los mesones se pretenden convertir en auténticas posadas para ofrecer un servicio más adecuado a esos viajeros exigentes que venían desde la capital del Reino o de otras islas, fundamentalmente a los miembros del Tribunal de la Inquisición que se trasladaban desde Gran Canaria. El estado de las hospederías en aquellos años parece que era muy deplorable. Abundan las referencias cargadas de las más exacerbadas quejas contra el estado lamentable de las posadas establecidas en el territorio canario, así como en el peninsular. En efecto, en muchas ocasiones los huéspedes se quejaban a los mesoneros o posaderos por los frecuentes robos de los que eran objeto, cometidos en los momentos de descuido por los soldados enviados por la Corona. Por tal razón, en septiembre de 1527 el Concejo de Tenerife se dirige al rey pidiendo que conceda autoridad al Gobernador y Justicia de la isla para que pueda castigar y actuar fundamentalmente sobre los soldados enviados, ya que *en las posadas que se les davan por mandato de V.M. hacían muchos malos tratamientos a sus huéspedes que muchos dexaban sus casas y se ivan fuera d'ellas y que dichos oficiales se quedavan dentro e les maltratavan sus ropas de su casa e se las tomavan e llevaban para sí.*²²⁸

El pillaje en los lugares de alojamiento no era exclusivo de aquí. Era muy frecuente en cualquier parte. En la Península se continuaba practicando en los albergues, los abusos,

²²⁵ Pascual, Pedro. "la vida cotidiana del peregrino medieval" en actas del VI Curso de Cultura medieval celebrado en Aguilar de Campo (Palencia) del 26 al 30 de septiembre de 1994. Aguilar de campo, 1998. Pág., 203.

²²⁶ Santos Madrazo. *La edad de oro de las diligencias*. Nerea. Madrid, 1991. Pág. 176.

²²⁷ Pfandl, Ludwig. *Introducción al Siglo de Oro. Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII*. Visor. Madrid, 1994. Pág. 206

²²⁸ De la Rosa, Leopoldo y Marrero Manuela. *Fontes Rerum Canariarum XXVI*. Instituto de Estudios Canarios. Laguna, 1986. Pág. 417.

engaños, estafas y robos propios de los tiempos medievales.²²⁹ Durante el viaje que hizo Jakub Sobieski por España entre los años 1607-1613 comentó mientras se dirigía a Sevilla que *los patrones de las posadas no hacen nada, ladrones que sólo saben acicalarse, vestirse bien y hablar de reyes y guerras en lugar de atender*.²³⁰ En Inglaterra también se practicaba el robo, fundamentalmente en las que se encontraban por los caminos.²³¹

La falta de comodidades ofrecidas a las autoridades eclesiásticas y la mala disposición de las ventas y mesones motivaron a las autoridades a pedir sus mejoras para de esa manera equipararlas más a unas auténticas posadas, a unos establecimientos donde los huéspedes encontrarán mejor confort y mayores comodidades. Por tal razón, el 26 de febrero de 1532 se presenta en Tenerife el bachiller Francisco de Alzola, en nombre del Lcdo. Luis de Padilla, inquisidor del Obispado de Gran Canaria, portando una carta del rey Carlos I (Emperador Carlos V) de fecha del 7 de febrero de 1528. La carta pedía que se suministraran buenas posadas, que no sean mesones y libres de gastos, a los Miembros del Santo Oficio de la Inquisición que se trasladaban a Tenerife para ejercer sus funciones. La petición es denegada por el Cabildo tinerfeño alegando *que no estaba dispuesto a obligar a los posaderos a dar posadas de balde a persona alguna*.²³² Consecuentemente, durante mucho tiempo no hubo en Tenerife, ni en el resto Canarias, posadas, entendiéndose por las mismas “casas destinadas a hospedar a viajeros o forasteros de otros pueblos”.

Los mesones y las ventas seguirían, como en el resto del territorio nacional, siendo lugares donde a la vez coexistían con las escasas posadas.²³³ Se pagaba por cada cama un real, un real y medio o dos reales de vellón. Por el servicio de preparar la comida, que llamaban también el guisar, se pagaba un real o dos.²³⁴ «No podían entrar los segadores durante los días de trabajo, ni sus dueños podían criar ganado de especie alguna». Era el centro de ocio de la gente del pueblo «donde se tomaba vino, tocaba la guitarra y se jugaba a las barajas». Para evitar que vayan a los mismos a «holgazanear y chocarrear» ningún mesonero o tabernero podía tener naipes ni dados ni juego alguno de birlos, etc.²³⁵

No obstante, no parece que hubiera muchas fondas en todo el territorio nacional. En Madrid, donde se supone que tenía que haber suficientes fondas, solamente había dos. «Los españoles no están preparados para albergar gente en sus casas, pues son muy celosos de sus mujeres», es la razón que dio Lady Fanshawe, durante su estancia en 1664.²³⁶ Tal vez por esta razón, o por el hecho de que las mujeres no podían dormir más de dos noches en ellas,²³⁷ la Inquisición había prohibido que hubiera cerrojos en los cuartos de las posadas. Si pocos eran los mesones existentes en las islas, escasas, por no decir nula, era la existencia de posadas claramente diferenciadas de sus primas hermanas los mesones.

Una de las razones por la cual se produjo ese atraso de la hostelería española, mucho mejor en Europa, como hemos tenido ocasión de ver, fue el hecho de que el *Grand Tour* de los siglos XVII y XVIII no se dio en España. El dominio de la Iglesia Católica, que complicaba la estancia de los *gentlemen* protestantes, las tensiones entre Inglaterra y España por el comercio

²²⁹ Pascual Pedro. *Op. Cit.* Pág., 203.

²³⁰ Maczak, A. *Op. Cit.* Págs., 68.

²³¹ Shakespeare, William. Enrique IV, Act. II, Esc. I en Obras completas, tomo, I. Aguilar. Madrid, 1989. Pág., 461.

²³² *Ibidem.* pp. 346-347

²³³ Domingo Lopes, portugués, residente en el puerto de Santa Cruz en el año 1626 «da posada y tiene venta de cosas de comer». (Cfr. Cioranescu, A. *Op. Cit.* Pág. 376)

²³⁴ Según Francois Bertaut en su obra *Relation d'un voyage d'Espagne*, editado en 1664 (Biez Borque, *Op. Cit.* pág. 267).

²³⁵ De la Rosa, L. y Marrero, M. *Op. Cit.* Pág. 80.

²³⁶ Mitchell David. *Viajeros por España, de Borrow a Hemingway*. Mondadori. Madrid, 1989. Pág. 24

²³⁷ Según los testimonios de los viajeros Mme. D'Aulnoy y A. Jauvin que visitaron España en el siglo XVII (Díez Borque, *Op. Cit.* pág. 269).

americano y la idiosincrasia de los españoles, que no favorecían la visita de extranjeros, crearon un desprestigio de la Península que la marginó del «tour».²³⁸ En consecuencia, la necesaria infraestructura de alojamiento no se daría. Si con algo fueron críticos los viajeros en España fue con las posadas. La ausencia de buenas condiciones para comer y dormir por la geografía nacional se convirtió en el elemento más recurrente en las narraciones de viajes. Hasta bien entrado el siglo XVIII las posadas solían ser edificios destartados, con una gran ausencia de limpieza, llenas de jergones, las sábanas puercas y llenas de miseria, además de estar las habitaciones malolientes.²³⁹

Sin embargo, en el siglo XVIII, sobre todo a partir de la segunda mitad, el estado de la hospedería iba desde buenas, regulares y malas. Las posadas en las zonas rurales solían ser por lo general muy malas, aunque no era extraño encontrar algunas muy aceptables. En la Junquera, el primer pueblo que se encontraban los viajeros al entrar en España, según Joseph Townsend, las posadas exhibían su miseria; las camas carecían de armadura y de cortinas y se componen tan sólo de tres tablones colocados sobre un caballete que aguantan el colchón. Tampoco había cristales en las ventanas.²⁴⁰ Como señala el viajero inglés, las habitaciones de las posadas en el país solían ser muy pequeñas. Por ejemplo, la habitación de la posada de Santovenia en Zamora era modelo de la mayoría que se encontraban por toda la España peninsular. Tuvo la curiosidad de medirla y tenía solamente 3,65 metros. A pesar de este reducido espacio, en ella había una cama, la estructura de otra, una silla, una mesa y dos grandes arcas destinadas a alojar el tabaco del rey, cebada, lino y todos los tesoros de la familia.²⁴¹ Sin embargo, la posada que encontró en Aranjuez era bastante grande y muy espaciosa y ofrecía 40 camas limpias y cómodas. En Valdepeñas encontró otra posada cómoda y espaciosa con 32 camas. Los dormitorios medían alrededor de unos 5 metros cuadrados. Cuando las habitaciones solían ser tan grandes era normal que alojaran 4 camas.

Por el contrario, los hoteles en las ciudades solían ser mejores. En Madrid los hoteles eran aceptables. No disponían de *table d'hôte*, pero tenía servicio de comida en las habitaciones.

Muchos de los posaderos eran extranjeros: franceses, irlandeses e italianos, como consecuencia de la poca atención que se prestaba en el país a la profesión de hotelero. Solían ser los mejores. En Madrid se encontraba el Hotel Cruz de Malta, “un perfecto paraíso”, regentado por un italiano.²⁴² En Barcelona, por ejemplo, había un hotel también a cargo de un italiano cuyos gustos y atenciones eran muy propios de los posaderos franceses. Destacaba además por su exquisita comida. En el menú tenía sopa, caldo de carne de toro, *fricasée* de ajo e hígado, *frincandeu*, cordero asado, etc.

Pero, a pesar de la existencia de posaderos extranjeros en España y su reputación, fue motivo de preocupación de los ilustrados, para quienes no consideraban dignos de elogio los mencionados extranjeros. Leandro Fernández de Moratín, al igual que Antonio Ponz, en sus *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* señalan la superioridad de las fondas de Inglaterra, «donde las posadas de pueblillos de 30 o 40 vecinos son mejores que las de Madrid» y advierte que «son ingleses los posaderos y no se sufre que venga un sórdido milanés a llevarse el dinero de la nación sirviendo mal al público para volverse al cabo de ocho o diez años a su tierra, comprar un título de príncipe, raspase la pringue de las marmitas y hacerse llamar Excelencia. ¿En qué país donde haya un poco de industria se tolera esto?».²⁴³

²³⁸ Fleixa, Consol. *Los ingleses y el arte de viajar*. Serbal. Barcelona, 1993. Pág., 24

²³⁹ Díez Borque, José M^a. *La vida española en el siglo de oro, según los extranjeros*. Serbal. Barcelona, 1990. Págs., 267-68.

²⁴⁰ Townsend, Joseph. *Viaje por España en la época de Carlos III, 1786-1787*. Turner. Madrid, 1988. Pág., 47.

²⁴¹ *Ibidem*, pp., 184.

²⁴² Guerrero, Ana Clara. *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Aguilar. Madrid, 1990. Pág., 105.

²⁴³ *Ibidem*, pp., 103.

La creciente importancia socioeconómica que adquirieron las ciudades portuarias isleñas durante el siglo XVIII, sobre todo Santa Cruz no supuso un cambio de actitud con respecto a la situación anterior. En efecto, a pesar del continuo crecimiento comercial del muelle santacrucero y del avance de las ideas ilustradas, Santa Cruz como el resto de los centros portuarios de las islas, continuó sin gozar de una hospedería mínimamente aceptable. Cuando una Real Orden del 22 de septiembre de 1770 quiso reglamentar la profesión del fondero, el Cabildo de Tenerife no recogió la sugerencia alegando *que en esta isla nunca ha habido necesidad de mesones, pues sus traginantes, quando tienen necesidad de haser parada, la executan en las tiendas donde se venden todo género de comestibles; por lo que consideran le sería de mucho gravamen el establecer mesones*.²⁴⁴ Clara manifestación del desinterés por la mejora de la hospedería insular. El hecho de haber sido y de ser lugares de dudoso reconocimiento, centros sociales de las clases bajas de la sociedad y frecuentados por carreteros, borrachos y ladrones, la profesión de posadero ha pasado a la historia como detestable. Eran evitados por las clases altas y las elites de la sociedad. También entre las clases acomodadas de la isla existía una repugnancia a la hostería y un rechazo manifiesto al oficio de hotelero,²⁴⁵ propio de la mentalidad dominante de la época. El desprecio no sólo se daba con la profesión de la hostería, sino que alcanzaba, como señala George Glas, a los oficios de carnicero, de sastre, molinero o portero.²⁴⁶ Antonio Ponz, alegaba que las posibles causas de la escasez y miseria de la hospedería en España eran la falta de libertad de los vecinos de los pueblos para abrir posadas, el abuso de los precios de arrendamiento de los mesones (generalmente propiedad del señor del lugar) y las pocas facilidades para que los mesoneros pudieran vender alimentos y bebidas en detrimento de los negocios locales del hacendado del lugar.²⁴⁷

Sin embargo, para la señora Jemima Kindersley, que recaló por Tenerife en junio de 1764 acompañando a su esposo (oficial de la Armada Británica), en Canarias había poca preocupación por la hostelería debido a que los isleños viajaban muy poco al exterior.²⁴⁸ Aunque la apreciación de la inglesa debe de considerarse muy ajustada a la realidad, necesita cierta precisión. El viaje se convierte en una de las mayores aventuras del hombre del siglo XVIII y de los ilustrados. Su práctica se consideraba necesaria para conocer mejor al hombre, para conocer mejor el mundo y su naturaleza y en definitiva para la obtención de conocimientos útiles para el país. José de Viera y Clavijo, uno de los mayores destacados de la ilustración canaria participó de esas concepciones. Habla de la utilidad de los viajes, ya que el conocimiento de otras culturas enriquece el desarrollo espiritual del hombre.²⁴⁹ Viera no sólo participaba de esa filosofía, sino que también la puso en práctica viajando por España y Europa. Pero este tipo de viaje ilustrado generalmente no solía ser realizado por los isleños. El isleño de clase alta viajaba más por razones económicas. En ocasiones viajaban al frente de las expediciones que realizaban transacciones comerciales, sobre todo con América. También viajaban los jóvenes a Inglaterra enviados por sus padres para aprender *la especulación y la práctica del comercio*.²⁵⁰ La mayoría de las ocasiones viajaba con ellos los mismos padres, sobre todo cuando se trataba del primer viaje.

No obstante, parece que la posible demanda de alojamiento en las islas de realengo no tuvo que ser grande, pues las mismas no recibían ningún viajero de elite que demandara alojamiento de lujo.

²⁴⁴ Cab. 28/11.1770 (Cfr. Cioranescu, A. *Op. Cit.* T. II. Pág. 18

²⁴⁵ Debary, Thomas. *Notes of a Residence in the Canary Islands, the South of Spain and Algiers*. Francis and Rivington. London, 1851. Pág., 60.

²⁴⁶ Glas, George. *A description of the Canary Islands*. Dodsley. London, 1764. Pág., 288.

²⁴⁷ Casado Lobato, Concha. *Así nos vieron*. Diputación Provincial de Salamanca, 1996. Pág., 55-56.

²⁴⁸ Kinderley, P. *Cartas desde la isla de Tenerife (1764)*. J.A.D.L. La Orotava, 1990. Pág., 15.

²⁴⁹ Clavijo y Fajardo, José. *El Pensador, 1762-1767*. Las Plamas de G.C. 1999. v. ii. Pág., 164.

²⁵⁰ *Ibidem*, pp., 170.

La desatención a la hospedería por parte de los naturales animó a los extranjeros residentes en las islas, fundamentalmente en Santa Cruz de Tenerife, a establecer las primeras fondas en la ciudad. El francés Juan Francisco Bocher, que había venido como cocinero del comandante general de Canarias, marqués del Branciforte, puso una hospedería en la calle San José, ofreciendo a los huéspedes comida, cama, cuarto y luz.²⁵¹ Pronto a Francisco Bocher le salió una competencia desleal que le hacían un sastre y un panadero de la ciudad, ofreciendo cama a eventuales visitantes. Ante tales hechos, el francés lo denunció a la autoridad, a la vez que solicita licencia para poner un cartel en la calle anunciando su fonda. Favor que consiguió.²⁵²

Años después, un milanés que en su viaje a China decidió avecindarse en Tenerife, establece otra fonda. Se trataba de una casa de arquitectura popular canaria: de una planta, con habitaciones espaciosas, el techo desnudo, con enormes ventanas, además de estar mal amueblada y pintada de cal.²⁵³

No obstante, la inmensa mayoría de los viajeros, comerciantes o naturalistas que solía frecuentar las islas, normalmente con cartas de recomendación desde su país de procedencia, solía alojarse en las residencias privadas o en los conventos. Los naturales de Tenerife, desde el campesino hasta el aristócrata -según Piazzi Smyth- solían ser hospitalarios con el visitante extranjero, sobre todo si se trataba de naturalistas. El astrónomo y botánico Louis Feuillée en su viaje a La Orotava en 1724 se hospedó en la casa del marqués de la Florida. El naturalista e historiador francés André-Pierre Ledru en su viaje también a La Orotava en el año 1796, se hospedó en la casa del marqués del Villanueva en el Durazno. Lo mismo sucedería con los visitantes en las primeras décadas del siglo XIX. El inglés Brennet se hospedó en la casa del irlandés Diego Barry (Puerto de la Cruz) cuando visitó Tenerife para subir al Teide en 1810. O en los conventos, como fue el caso de Robert Edward Alison. Cuando visita Tenerife en 1829, durmió en el convento de San Agustín (La Orotava). Los viajeros que visitaban las islas sin cartas de recomendación dirigidas a los hacendados isleños tenían que arrendar una casa para poder pernoctar y donde las condiciones higiénicas parecen que no eran nada halagüeñas. Se construían sin chimeneas ni retretes y solían estar infectadas de piojos y pulgas. *Los canarios, ya fuesen de clases altas o bajas, parecían no notarlas demasiado,*²⁵⁴ *al contrario del inglés que las odiaba, incluso era de mala educación hablar en público de ellas en Inglaterra.* A las pulgas de Tenerife, tan antipáticas a los nativos de Albión, dedicaría el médico y poeta humorístico John Walcott, 1738-1818, conocido popularmente como Peter Pinda, durante su estancia en Casa Mackay en Laguna en 1768, cuando se dirigía a Jamaica como médico del gobernador de la isla antillana William Trelawny, un poema titulado *Elegy to the Fleas of Tenerife* (Elegía a las pulgas de Tenerife), que las hizo muy populares en Inglaterra.

*Ustedes, nativas saltarinas de una dura, dura cama
Cuyos huesos, acaso, duelen tanto como los nuestros,
Oh, permitidme descansar en paz la cabeza enfadada./
Esta noche -la primera que nos aventuramos a tu lecho/
"Denso como una bandada de estorninos en nuestras pieles
Ustedes, que convierten a marrón, de inmediato, el blanco del lirio/
Ustedes, que nos apuñalan también, como muchos alfileres.
El sueño jura que él no puede acercarse mientras tú muerdes
"En vano predicamos -en vano el rayo de la vela
destella ampliamente sobre los diablillos: que por sangre pican-/
En vano nos quitamos encima estos activos huéspedes;*

²⁵¹ Cioranescu, A. *Op. Cit.*, v.ii. Pág., 19.

²⁵² *Ibidem.*

²⁵³ Bory de Saint-Vincent, J.B.G.M. *Viaje a las cuatro principales islas de los mares de África (1801-1802)*. J.A.D. La Orotava, 1994. Pág., 77.

²⁵⁴ Stone, O. *Op. Cit.* Pág. 34

Intrépidos, en estas partes acampan a miles".

Como consecuencia del abandono secular de la hospedería en Canarias, el viajero de paso tenía serias dificultades para encontrar un alojamiento mínimamente decente. En el tránsito del siglo XVIII al XIX las pocas posadas que había en los puertos seguían manifestando un estado lamentable. Los relatos de los viajeros nos proporcionan abundantes testimonios que nos permiten conocer a grandes rasgos el estado de la hospedería. El viajero británico John Barrow al referirse a la posada de Santa Cruz de Tenerife no duda en considerarla muy mala.

Nos habían comentado que Santa Cruz contaba con una excelente posada, sin embargo nos quedamos sorprendidos al encontrarnos con todo lo contrario. Los muros estaban desnudos, apenas pintados de cal, con unos muebles lamentables y una suciedad generalizada. La comida consistía únicamente en uvas, pan y vino malo. Eso era todo lo que encontrabas en ese cuchitril durante la estancia, que si bien no era pobreza, si era indolencia.

Algunos viajeros que visitaron los puertos canarios en las primeras décadas del siglo XIX hablan ya de fondas en lugar de posadas u hostales. Tanto los hostales como las fondas eran establecimientos públicos donde se daban hospedaje y se servían comidas. Sin embargo, el hostel ofrecía solamente una habitación, algunas disponían de comedor y estaban situadas en los pueblos del interior como en La Orotava, Laguna, etc. Por su parte, la fonda era una hospedería algo mejor que la posada. Pero aún en esas décadas su nombre no hacía gala de calidad. La fonda de Santa Cruz le causó la misma mala impresión al pintor francés Jacobo G. Milbert que a John Barrow, que le había sido recomendada como la mejor de la ciudad.

Cuando regresé a la ciudad fui a reunirme con varios compañeros a un mesón, o fonda, que nos habían dicho que era la mejor de todas. Esto no hace honor a las otras, pues la comida que nos sirvieron y la suciedad del comedor no pueden compararse a las de los peores mesones de Europa.²⁵⁵

La otra ciudad de importancia, Laguna, también mostraba su cara más lamentable en la hospedería. El mismo Milbert se lamenta del estado en que se encontraban los mesones de la ciudad:

Los mesones de La Laguna son detestables y muy caros. Los platos favoritos de quienes los frecuentan consisten en un gallo viejo, o una gallina, condimentados con azafrán. Algunos de nuestros compañeros pagaron cinco piastras, unos veintiséis francos, por un festín de esta clase, al que se le había añadido huevos y algunos higos.

Pero si lamentables eran los mesones, por el comentario que hace el francés parece que las fondas pecaban del mismo estado. Cuando se encontraba Milbert visitando la ciudad, concretamente el mercado, decidió dirigirse a la fonda para descansar un poco –aunque lo visitó para descansar, él no pernoctó en ella-. Tal era el estado de la misma que comentó aturdido:

Entré en un hostel que tenía una apariencia exterior bastante agradable, pero el interior estaba tan sucio, tan asqueroso, como el mesón en el que se me había ocurrido entrar por primera vez en Santa Cruz.²⁵⁶

No obstante, a pesar de la importancia de la ciudad, Laguna contaba con escasas fondas. Cuando el conde alemán George Henry Langsdorff llegó a Laguna de visita a Tenerife durante

²⁵⁵ Milbert, J. B. *Voyage pittoresque a l'Île-de-France, au Cap de Bonne Espérance, et l'île de Ténériffe*. París, 1812. (Traducción al castellano por J.A.D.L. La Orotava, 1996). Pág., 34.

²⁵⁶ *Ibidem.*, pp., 63.

su viaje alrededor del mundo (1803-1807) tuvo enormes dificultades para encontrar una fonda donde pudiera al menos comer algo, superando la deficiencia gracias a la amabilidad de un vecino.

*En vano buscamos por los alrededores una posada y nos vimos obligados a pedir hospitalidad a un ciudadano que nos era completamente desconocido. Nos recibió amablemente y logramos conseguir frutas, huevos y vino, asegurándonos de esa manera una comida adecuada para poder continuar nuestro camino.*²⁵⁷

Los relatos de los viajeros están plagados de las más exacerbadas quejas contra el estado deplorable de las hospederías en las islas. Sin embargo, los naturales de las islas se remediaban con sus fondas situadas a lo largo del camino real. La existencia de las diligencias y carruajes particulares, obligados a parar para cambiar los caballos y descansar los viajeros, obligaba necesariamente a la proliferación de las mismas. Icod, Realejo Bajo, La Matanza y Sauzal, lugares de parada de las diligencias, tenían sus respectivas fondas desde muy temprano. Eran usadas, en ocasionales momentos, por las clases altas. La noche del 11 de julio de 1861 Alonso Méndez y Lugo la pasó en la fonda del Sauzal.²⁵⁸ Lo mismo sucedía cuando tenían necesidad de trasladarse a Santa Cruz bien por razones de negocio o placer, como era la asistencia al teatro,²⁵⁹ o a Laguna, que desde los cincuenta contaba con la fonda Trujillo.²⁶⁰ Pero este tipo de hospedaje ni era el que demandaban los visitantes extranjeros ni la elite de las islas.

LOS COMIENZOS DE LA HOSPEDERÍA MODERNA EN CANARIAS

El alojamiento en las ventas o en los lugares de postas se proyectó hasta finales del siglo XIX. Sin embargo, la entrada del siglo XIX en la historia de la hospedería canaria va a suponer, aunque tímido, un cambio cualitativo, sobre todo en el Puerto de la Cruz, Santa Cruz de Tenerife y La Orotava, aunque la opinión generalizada de los extranjeros, incluso de algunos españoles, es que se trataba de unos establecimientos poco modernos y decentes. Pero en líneas generales, el auge de los negocios y transacciones comerciales iniciados en el siglo XVIII, sobre todo en el último cuarto de siglo, junto con el aumento progresivo del tráfico de navíos en el siglo XIX, significaron el definitivo despegue de las capitales portuarias. Supuso a la vez la superación de la anacrónica infraestructura de alojamiento que padecían los puertos más importantes de Canarias, aunque en Las Palmas no se manifestaría tan claramente. En efecto, mientras en la capital de Tenerife se establecen en los años veinte cuatro fondas,²⁶¹ de las cuales carecemos de cualquier información, tales como su calidad, quienes eran sus propietarios y dónde estaban ubicadas, en la capital grancanaria no se asiste a la apertura de ninguna. La existencia de nuevos factores políticos y sociales fue importante en esta nueva etapa de la Historia de España. Eran las décadas donde los aires liberales que comenzaron a recorrer España a principios del siglo XIX dieron como resultado la elaboración de la Constitución de Cádiz de 1812. La Constitución a pesar de establecer que «la religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera», procede a la abolición de la Inquisición. Eso significaba que los practicantes protestantes podían por fin realizar otros trabajos que no fueran los puramente comerciales. Desde luego que la Restauración absolutista de Fernando VII restableció el Tribunal de la Santa Inquisición

²⁵⁷ Langsdorff, G.H. von. *Voyages and travels in some parts of the world during the years 1803, 1804, 1805, 1806, and 1807*. London, 1813. Pág., 63, (existe traducción española de J. A. Delgado, 1991.)

²⁵⁸ A.N.P. Libro de cuentas de Alonso Méndez y Lugo. 1859.

²⁵⁹ A.N.P. *Ibidem*

²⁶⁰ Olivera, José de. *Mi Álbum, 1858-1862*. Laguna, 1969. Pág. 230

²⁶¹ Cioranescu, A. *Op. Cit.* vol. iii. Pág., 49.

el 21 de julio de 1814 y en 1823 desencadena una represión contra los extranjeros no nacionalizados. Consecuentemente estos no podían ejercer profesiones liberales ni oficios mecánicos, a menos que preceda licencia o mandato expreso de Su Majestad. Siguiendo las exigencias de la Orden del 10 de julio de 1831 del Comisionado Regio de Canarias, a los extranjeros protestantes establecidos en las islas se les hacía declarar bajo juramento por los Santos Evangelios «que durante su permanencia en la isla [Tenerife] o cualquier parte de los dominios españoles guardarán fidelidad a Su Majestad Católica y a sus leyes, sujetándose a ellas y así mismo prometen no ejercer oficios mecánicos ni liberales que les están prohibidos so pena de sufrir las penas que por ellos están impuestas».²⁶² A los protestantes se les seguía prohibiendo realizar actividades económicas que no fueran las puramente comerciales. Esta situación jurídica no cambiaría hasta el desarrollo legislativo contenido en el Real Decreto de extranjería de noviembre de 1852.²⁶³ Sin embargo, aunque Fernando VII y sus sucesores iban a estar en atenta vigilancia en defensa de la unidad de la fe, el restablecimiento de la Inquisición no jugó el papel represor de antaño y desde la muerte de Fernando VII las prohibiciones mencionadas prácticamente no se cumplían.

Por tal razón, la característica de esta etapa es, después de la desaparición de las trabas administrativas, la aparición de los británicos en el desarrollo de la actividad hotelera canaria, sobre todo en Tenerife.

Si admitimos por hotel el establecimiento destinado a proporcionar alojamiento a personas, los mismos comienzan a establecerse en las islas, principalmente en Tenerife, en las primeras décadas del siglo XIX. A veces está dotado de instalaciones fijas como comedor y cocina para proporcionar comida a los huéspedes. Sin embargo, está lejos todavía de contar con jefes, conserjes, gobernantas, barman, etc., como hoy en día, para facilitar servicios. En estos primeros años del siglo, las condiciones de los primeros establecimientos eran todavía pésimas. Comenta Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent en 1801 que la posada de Santa Cruz regentada por un grueso italiano de Milán que se había establecido en la ciudad al regresar de un viaje de China, “era una casa, como todas las de la ciudad, que no tenía sino un piso; las habitaciones muy espaciosas no tenían techo raso ni casi muebles; solamente estaban blanqueadas con cal y la ventanas eran enormes”.²⁶⁴

Vamos a acercarnos, aunque supone una gran responsabilidad por las posibles omisiones, a los personajes y hoteleros que contribuyeron desde un principio al desarrollo de la hostelería en Canarias.

LOS PRIMEROS HOTELES INGLESES. LAS FONDAS DE JACKSON, SAYER, RICHARDSON Y MANLY.

Como correctamente comentó el sacerdote anglicano Thomas Debary cuando visitó las islas en 1848 por problemas de salud “gracias al carácter errante y mercantil de la nación inglesa, en la mayoría de los lugares más apartados del planeta se encuentra un hotel inglés”. Una realidad histórica que, aunque tarde, también cristalizó en Canarias. Fue en Tenerife, y concretamente en el Puerto de la Cruz del valle de La Orotava, o Puerto La Orotava, y en Santa Cruz y en Las Palmas de Gran Canaria donde se establecieron los primeros hoteles a cargo de ciudadanos ingleses. Serán, pues, ellos los que comiencen desde muy pronto a prestar un servicio de alojamiento que hasta entonces no se ofertaba en Canarias. La existencia de empresas británicas relacionadas con las actividades comerciales jugó un papel importante en su puesta en marcha: Stuart Bruce, Little & Pasley (Puerto de la Cruz), Hamilton y Davidson (Santa Cruz), Miller (Las Palmas), entre otras. Con ellas, Santa Cruz y Las Palmas,

²⁶² A.H.M.P.C. Legago: Oficio año 1832.

²⁶³ Pérez Rodríguez, J. Manuel. *Los extranjeros en Canarias*. Universidad de Laguna. 1990. Pág. 232.

²⁶⁴ Bory de Saint-Vincent, J.B.G.M. *Op. Cit.* Pág., 77.

fundamentalmente, experimentarán importantes avances en el crecimiento económico, además de sus puertos jugar un papel destacado en las rutas oceánicas.

Pero para que la hospedería inglesa en Canarias comenzara su andadura tuvo que darse ciertas condiciones históricas que la permitiera como la supresión de la Inquisición.

La hospedería como tal tuvo sus comienzos en el Puerto de la Cruz en las primeras décadas del siglo XIX. A pesar de haber sido el primer puerto en importancia de la isla hasta los primeros años del siglo XIX, haber tenido estrechas relaciones comerciales con Europa, sobre todo con Inglaterra, y ser punto de destino de muchos comerciantes y naturalistas, el Puerto de la Cruz carecía de una fonda. Consciente de la necesidad de una en el lugar, un carpintero británico apellidado Jackson no duda en establecerla en el año 1814. Fue el primer inglés en abrir una fonda en el Puerto de la Cruz y en Canarias, y por sus características fue el primer hotel que se estableció en el lugar.²⁶⁵ Se conocería por la Fonda Jackson. Estaba situada en la calle Zamora nº 23 esquina Iriarte [hoy conocida como la Casa Sol]. Jackson se la arrendó a uno de los grandes hacendados del valle de La Orotava, Bernardo Ascanio y Molina, por entonces de 18 años de edad. Se trataba de una hermosa casa canaria del siglo XVIII, de dos plantas, con un patio en el centro, muy rica en vegetación y una magnífica vidriera en el hall de la entrada. Los dormitorios se expanden en la planta superior. Era un hotel pequeño y acogedor. No se sabe exactamente hasta cuando permaneció abierto, pero al ser el único hotel existente en el pueblo y libre el fondero de prejuicios hacia los *invalids* se hospedaría en ellas muchos británicos que vinieron a mejorar su salud bajo los efectos del benigno clima del Puerto de la Cruz.²⁶⁶ El éxito de Jackson fue inmediato, ya que abrió su fonda en unos momentos de esplendor económico del Puerto de la Cruz. Fue todo un éxito en la ciudad -según Álvarez Rixo-. Años después se fue a América del Sur, “donde acabó de redondear su fortuna”.

Pero el hundimiento progresivo del comercio del vino en el primer cuarto de siglo y la hegemonía portuaria de Santa Cruz llevó a la ruina al puerto norteño. Efectivamente, el vino, que le había dado la prosperidad y la razón de ser al Puerto, arrastró con su estrepitosa caída a la localidad portuense a la decadencia y al empobrecimiento.²⁶⁷ Fue el momento de la quiebra de muchas casas comerciales (Little & Pasley, Stuart Bruce, MacDaniel, Barry, O'Daly, Cologan, etc.) y el abandono de muchas casas alquiladas como bodegas. Algunos empleados de esas casas comerciales extranjeras extintas se quedan aquí realizando otros trabajos. Ese fue el caso del londinés Charles Sayer. En el año 1817, a la edad de 34 años, Charles Sayer vino al Puerto de la Cruz para trabajar en la casa de comercio Dionisio O'Daly, un irlandés que se había establecido en Santa Cruz de La Palma a mediados del siglo XVIII. Después de fracasar la casa de comercio de O'Daly en el Puerto, Charles Sayer se queda en la isla y se casa con una vecina del Puerto de la Cruz, con quien tuvo cuatro hijas y un varón que se fue a La Habana a la edad de 16 años. Viendo la ausencia de una fonda en el lugar, Sayer instala una en el año 1822. No sabemos exactamente dónde la estableció. Su existencia fue corta, pues la década de los treinta Charles Sayer la cierra. Fue el segundo británico en establecer una fonda en las islas, y se le denominó Fonda Sayer. Su esposa murió en 1850 y él se traslada a Santa Cruz como profesor de lengua.²⁶⁸ La mañana del 27 de abril de 1877 vio su fallecimiento, siendo enterrado en el cementerio anglicano de la capital de la isla. Tenía 86 años.

A finales de los años veinte, los hermanos ingleses Richardson establecen una fonda en Santa Cruz. Según el registro de residentes en la capital de 1851, el único residente en el lugar que figura es William Richardson. En la medida en que la fonda la llevaban dos hermanos -según Richard F. Burton- es de suponer que uno de ellos vino después o bien que residiera en

²⁶⁵ Álvarez Rixo, J. A. *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872)*. Santa Cruz de Tenerife, 1994. Pág. 253.

²⁶⁶ *Ibidem*.

²⁶⁷ Hernández González, M. y Arbelo García A. *Op. Cit.* Pág. 154

²⁶⁸ British Subjects & Protected persons registered at H.B.m. Consulate, Santa Cruz de Tenerife on 10 April, 1851.

la isla como residente transeúnte. William Richardson era natural de Dalston (Londres) y había llegado a Tenerife en el año 1826, a la edad de 18 años. En 1833 se casa con una señorita de nombre Dolores. A pesar de casarse con una isleña Richardson continuó conservando la condición de extranjero.²⁶⁹

El Hotel Inglés de Richardson era el clásico hotel inglés que había en todas partes, como bien afirma Richard F. Burton, aunque “la limpieza y comodidad inglesa” no se encontraba allí “y no permita el viajero o el enfermo en ir a buscarla, porque ¿se puede hablar de ella si la luz del día penetra a través del suelo de los corredores y de las habitaciones de la casa, si las persianas de vidriera no cierran bien o si la mitad del invierno el patio está cubierto con las anchas hojas de plataneras?”. A pesar de la mediocridad, según Richard F. Burton, los hoteles ingleses generalmente solían ser los mejores de todos los establecidos en las ciudades, aunque más caros que el de sus rivales franceses. El hotel de los Richardson estaba situado en la calle La Marina, desde donde se dominaba el fondeadero del puerto de Santa Cruz por aquel entonces el principal punto de recalada de la navegación. Sobre la década de los cuarenta y cincuenta el precio era de un dólar diario (alrededor de cinco pesetas). El precio subiría en los años sesenta a un dólar y medio por noche, es decir, unas siete pesetas. El precio incluía la comida, la bebida y el derecho a dormir. Era caro, pero a pesar del precio, era el más frecuentado por los ingleses que visitaban la capital. Efectivamente, por fin aquellos viajeros que ya empezaron a visitar Tenerife a partir del segundo lustro de los años treinta y querían pernoctar en Santa Cruz bien porque querían dedicarle un día para ver la ciudad, o bien porque llegaban tarde y tenían la necesidad imperiosa de hacer noche en la misma, contaban con un hotel inglés. Al mismo llegaban *invalids* para sus convalecencias. En 1861 Richard F. Burton relata la llegada de un oficial inglés de baja por enfermedad de la Costa del Oro que había sido dejado por un vapor inglés en el hotel para su recuperación.²⁷⁰

Le descripción más exhaustiva de la fonda fue hecha por Richard Francis Burton:

Un lugar sombrío y triste -de noche, al menos- era el hotel inglés. Un edificio grande, con paredes de dos pies de ancho encerrando un patio, cuyos enormes balcones de oscura madera labrada sostienen lianas y enredaderas que deben ser admirables hogares para el escorpión y el ciempiés. En el centro hay un viejo pozo y, contrastando con una bomba de agua inglesa de diseño moderno, fechada en 1857, hay un puesto de estilo oriental para porrones o cuencos de agua. Son de arcilla porosa y rojo claro [la destiladera], algunas veces adornadas con inserciones de cuarzo ceroso, y que parece aurífero; la forma probablemente data de los tiempos de Hannon; otros encuentran en ellos un parecido a lo etrusco. Subimos las oscuras y pesadas escaleras. Inmediatamente nos encontramos en una habitación larga y sombría con un techo pintado y con gruesas vigas. Una alfombra bien desgastada, un canapé, una mesa y un par de sillas era todo el mobiliario. En las paredes encaladas colgaban grabados de majos, toros e hindúes y otros temas, fechados desde el año 1810.

Del mismo modo dejamos que hable el mismo viajero cuando describe las comidas del hotel:

Almorzamos à l'Anglaise, con té y café. La comida consistió en sargo y boga (Bux Vulgaris), chuletas -muy escasa- de una cabra delgada, y fruta mala: albaricoques -duros como papas-, higos verdes y peras pasadas -el higo de pico, que uno aprende a admirar en el ardiente Mediterráneo, se usa aquí, pero se desprecia costa abajo. El vino era un Málaga, insoportablemente fuerte, como el Oporto barato. Después de comer, volvimos a los negocios -la satisfacción de nuestras necesidades-. Algunos querían puros. En ese momento no había buenos habanos en el lugar, pero los cigarrillos son una excelente inversión para aquellos que van al Sur.

Por el lamentable estado en que lo encontraron Richard e Isabelle Burton pocos años después, en 1863, parece que seguía siendo nada confortable.

²⁶⁹ Cioranescu, A *Op. Cit.* v. iv. Pág., 334.

²⁷⁰ Burton Richard F. *Wanderings in Wets Africa*. Tinsley. London, 1863. Pág., 93.

*era una extraña, vieja y estropeada casa de estilo árabe-español, mejor para dibujar que para dormir o comer en él*²⁷¹

Los hermanos Richardson establecen, además de la fonda de la calle de la Marina, un nuevo hotel fuera de la ciudad. Se trataba de la casa roja denominada Macary, conocida hoy como la casa Mackay donde hospedó en el año 1768 el poeta y médico inglés John Wolcot, conocido como Peter Pindar. La casa Macary estaba encuadrada en la hacienda que se conocía por el mismo nombre situada en el Pago de Geneto (Laguna), lo que se conoce como la Finca de España. Los Richardson arrendaron la casa a su propietario Benito Baudet, vecino de Santa Cruz. Era un hotel que en nada envidiaba a las mejores casas de huéspedes de Madeira.²⁷²

El 22 de mayo de 1860 fallece William Richardson a la edad de 56 años. El hombre que “residió en Santa Cruz durante muchos años y fue propietario del *english hotel* en la ciudad”, fue enterrado en el cementerio anglicano del lugar, siendo realizado el servicio por el reverendo F. Bultmann, prelado de la Iglesia de Inglaterra en Sierra Leona.²⁷³ Su hermano regresó a Gran Bretaña y nunca se supo más de él.

En Las Palmas de Gran Canaria también hubo un temprano *english hotel*. Fue establecido por Georgiana Manly. El alojamiento valía un peso (15 reales de vellón).²⁷⁴ Al parecer destacaba por la deliciosa comida que se ofrecía. En ella pernoctó durante el tiempo que permaneció en la isla el angloamericano Matthew Calbraith Perry (1794-1858). En 1843 el Oficial de la Marina de los Estados Unidos Perry solía frecuentar aguas isleñas mientras fue enviado a la costa occidental de África para garantizar la prohibición del tráfico de esclavos africanos. Fue en esos momentos cuando permaneció algún tiempo en Las Palmas (1844). No obstante, Perry visitó más tarde las islas (1852) durante el transcurso de los viajes que realizaba a Japón, producto de los cuales acabó con el aislamiento del imperio nipón y lo incorporó a la red comercial de occidente. Con toda seguridad fue el mismo hotel inglés que encontró el reverendo Chas. Thomas y Elizabeth Murray, la esposa del cónsul inglés en Canarias John Murray, cuando visitó la isla en 1859. Por sus comentarios no era un lugar que destacaba por su calidad. Estaba sucio y desordenado.

Cuando el reverendo norteamericano Chas. Thomas visita la ciudad en 1857 menciona la existencia de un *english hotel*, que irónicamente comenta que “quizá se llame así porque los empleados no entienden una palabra de esta lengua.”²⁷⁵ Por la descripción que hace el viajero se trataba de una casa poco canaria. Era al parecer una casa con gruesos muros y de dos plantas, con patio trasero abierto. Las habitaciones estaban en la parte alta de la casa. La comida tenía el aspecto de no ser del agrado del extranjero, pues consideró “que era más apropiada para el estómago de Don Quijote que para el de un americano”. Y continuó quejándose del fuerte olor a ajo que había en el ambiente. Una queja común en la inmensa mayoría de los visitantes.

*Ajo en la sopa, ajo en el pescado, ajo en la salsa,
Ficassée al ajo, el pan e incluso el postre sabían a ajo,
Y días después del despreciable olor, no siguió,
tan insensible al abandono como un pariente pobre.*²⁷⁶

Dos años después Elizabeth Murray diría que «difícilmente podría la lengua inglesa encontrar los términos exactos para transmitir una idea exacta de la suciedad del lugar e

²⁷¹ Wilkins, W. H. *Op. Cit.* Pág. 99

²⁷² Burton, R.F. *Op. Cit.* Pág., 100.

²⁷³ Libro Register of persons burried in the protestant cemenetry at Santa Cruz Tenerife. Nº de reg., 38.

²⁷⁴ Cirilo Moreno, Julián. De los Puertos de las Palmas y de La Luz. Biblioteca canaria. Las Palmas. 1935. Pág., 41.

²⁷⁵ Thomas, Chas. W. *Adventuras y observaciones en la costa occidental de África y sus islas.* J.A.D. La Orotava, 1991. Pág., 85.

²⁷⁶ *Ibidem*, pp., 87.

imposible que un ser humano tenga una habitación en tales condiciones».²⁷⁷ El polvo abundaba por doquier sobre los sofás y las sillas de las habitaciones. El relato escrito sobre el estado de la que le fue ofrecida a la inglesa es bastante elocuente:

Llamarlas habitaciones sería un error. Era un cuchitril iluminada solamente por una pequeña abertura en la parte alta, justo encima de la cama, que parecía que hacía de ventana. El suelo estaba lleno de polvo... Los escasos muebles estaban tan sucios que uno se manchaba las manos si los tocaba y las sillas estaban tan destartaladas que pocos podrían sentarse en ellas.

Su existencia, junto con las españolas, tuvo que ser efímera, pues en 1868 Eugene Pègot-Ogier indicaba que la capital de Gran Canaria no contaba con ningún hotel, sino con una taberna que se denominaba fonda, pero ni siquiera por ese nombre merece ser llamada.²⁷⁸

LA FONDA FRANCESA DE DANIEL GUERÍN EN SANTA CRUZ DE TENERIFE.

La fonda Richardson en Santa Cruz de Tenerife tenía la competencia de otro establecimiento hotelero regentado por un extranjero: la del francés Daniel Guerín. A finales de los años treinta, Daniel Guerín instala un hotel en una hermosa casa con fachada simétrica de cuatro puertas y balcones de hierro situado en la plaza de la Candelaria, centro neurálgico de la ciudad y residencia del Capitán General de Canarias, entonces llamada plaza de la Constitución. El hotel estaba situado en la parte baja. La vivienda era de dos pisos, en cuya segunda planta había un café también francés. Más tarde el café sería sustituido por un bazar. Precisamente en frente del hotel se cogía el ómnibus “tirado por cuatro mulas o caballos parte dos veces al día para Laguna”. Se trataba de una casa de José Esteban Fernando Espinosa Cambreng, militar de Artillería de las Milicias Provinciales que con el grado de Subteniente tuvo a su cargo la defensa del cerro de La Altura durante la contienda militar del 25 de julio de 1797 contra Horacio Nelson.²⁷⁹ En el momento de arrendar la casa a Daniel Guerín ya era Teniente Coronel Capitán de la Brigada Veterana y había contraído matrimonio con María del Carmen Fernández de Uriarte y Feo Saavedra, hija del Capitán de Artillería y Administrador General de la Real Renta de Correos en Canarias, Juan Fernández de Uriarte y Feo. El edificio se derribó construyéndose en su lugar otro, en cuyo bajo está hoy en día la tabaquería y perfumería González.

La tarifa era más barata que la fonda inglesa (5 pesetas con 20 céntimos), su comida era muchísima mejor y Guerín era muy atento. Precisamente Guerín presumía de tener el hotel más decente de la ciudad. A pesar de tal alarde, parece que no debía de tener muchas habitaciones. Cuando en diciembre de 1843 llegaron al hotel Carlos Huberto Lavollée²⁸⁰ y sus acompañantes de la fragata *La Sirène* durante su *Viaje a China*, Guerín los alojó en una habitación que daba a la plaza.²⁸¹ La habitación era amplia y estaba amueblada con varias sillas, una mesa y varios retratos del emperador, a pie y a caballo. El señor Guerín tuvo que conseguir colchones entre los vecinos para dar un alojamiento mínimamente decente porque carecía de habitaciones suficiente.²⁸²

Tampoco la comida de la fonda francesa hacía honor de la exquisita tradición

²⁷⁷ Murray, E. *Sixteen years of an artist's life*. Vol. II. London, 1859. Pág. 195

²⁷⁸ Pègot-Ogier, E. *Op. Cit.* v.i. Pág., 209.

²⁷⁹ Fernández de Béthencourt, Francisco. *Nobiliario de Canarias*. Juan Régulo. Laguna, 1967.T.IV. Pág., 380.

²⁸⁰ Carlos H. Lavollée fue un escritor francés nacido en París en 1823, al cual en 1843 formó parte de la misión enviada a China y a su regreso (1846 entró a formar parte del ministerio de Comercio y en 1855 al de Interior.. Años después deja este último ministerio por ser nombrado administrador de la Compañía de Ómnibus de París. Además del Viaje a la China escribió otros libros y colaboró e revistas literarias (E.E-C. T.29. P.1193).

²⁸¹ Lavollée, C. *Op. Cit.* Pág., 159.

²⁸² *Ibidem*.

gastronómica de su procedencia. Continúa relatando Lavollée:

*Tomamos una mala comida por un peso, o sea, cinco francos; los manjares estaban muy cargados de pimienta, según el gusto que hay generalmente en los países cálidos por las cosas fuertes y con mucha especia...*²⁸³

Las fondas inglesa y francesa eran los dos únicos hoteles establecidos por extranjeros.²⁸⁴ Sin embargo, el Hotel Francés por lo visto poco después, finales de los sesenta, se fue al traste por la sospecha de robo de la cantidad de 20.000 dólares a uno de sus huéspedes.²⁸⁵ Por su parte, la falta de clientela que frecuentemente padecía el Hotel Inglés,²⁸⁶ provocaría también su cierre definitivo. Ambas habían cerrado a finales de la década de los setenta.

Sin embargo, a mediados del siglo XIX la iniciativa no solamente estaría en manos de los extranjeros. En los años cincuenta en Santa Cruz se suma a estas dos fondas extranjeras una tercera, la española de Feliciano Fonda Durvan, situada también en la plaza de La Candelaria, aunque desconocemos exactamente donde estaba situada.²⁸⁷ El cierre de las extranjeras hace que permanezca abierta sólo la española de Feliciano Durvan. En la francesa permanecerá a partir de entonces solamente el Bazar Francés. En la casa dejada por los hermanos Richardson, se estableció el consulado británico.²⁸⁸ Atrás había quedado la comodidad para los viajeros ingleses y franceses de tener sus «propios» hoteles, viéndose obligados de esa manera a hospedarse en la fonda de Durvan.

No obstante, a pesar del aumento progresivo de las arribadas de barcos al muelle de Santa Cruz tocando tierra para repostar víveres, agua, vino, etc., o carbón en su ruta hacia las colonias del Cabo, Nueva Zelanda, las Antillas u Oriente, no aumentó la hospedería en la capital. Probablemente se debiera a que el incremento de pasajeros fue mínimo. Algún que otro viajero aprovechaba la estancia del barco para ojear las curiosidades de Santa Cruz. Y como no, allí estaba el aventurero y curioso viajero cuyo único propósito era el subir al Teide. Pero no pasaba la cosa de ahí. Muy pocos turistas frecuentaban Tenerife. Todavía en los años setenta la infraestructura de alojamiento era pésima. La fonda de Durvan, aunque para algunos viajeros era aceptable, para otros no dejaba de ser un establecimiento de categoría media baja. Por la cantidad de insectos que encontró en ella Jules Declercq en 1879 (una legión de hormigas en el azucarero y repulsivas cucarachas por el suelo, en los armarios, por la ropa, camas, etc.)²⁸⁹ parecen no haber tenido mucha higiene.

Más tarde, como consecuencia de la instalación del cable telegráfico, Feliciano Durvan denominó a su fonda Hotel Telégrafo. A partir de esos momentos el hotel mejoró bastante. Durvan no hablaba ni una sola palabra en inglés, siendo esto una gran deficiencia para los viajeros de esa nacionalidad.²⁹⁰ A pesar de eso, gozaba de fama de limpia y de tener buen servicio, lo que la hacía acreedora de los más encomiables elogios por parte de todos los viajeros que pernoctaron en ella, como Benjamin, Marcet y muchos otros viajeros. Sin embargo, la ausencia de un buen *british hotel* suponía una gran desventaja para los viajeros ingleses que visitaban la capital.²⁹¹

Todavía en los años setenta la infraestructura de alojamiento para viajeros extranjeros era deficitaria. En el informe del cónsul Henry Grattan del 15 de marzo de 1872, se lamentaba

²⁸³ *Ibidem*.

²⁸⁴ Cooper, W.W. *The invalid's guide to Madeira with a description of Tenerife*. London, 1840. Pág. 72

²⁸⁵ Burton, R. F. *Op. Cit.* Pág. 101.

²⁸⁶ Benjamin, S. G. W. *Op. Cit.* Pág. 123

²⁸⁷ Hernández Gutiérrez, A. S. *Cuando los hoteles eran palacios*. Santa Cruz, 1990. Pág. 23

²⁸⁸ Burton, Richard F. *Op. Cit.* Pág., 114.

²⁸⁹ Leclercq, Jules. *Viaje a las islas Afortunadas*. Gobierno de Canarias, 1990. Pág., 51

²⁹⁰ Latimer, F. *Op. Cit.* Pág. 199

²⁹¹ Marcet, W. *Op. Cit.* Pág. 299

del escaso servicio de alojamiento que existía en la isla. Sólo se encontraba habitaciones en las plantas bajas de las casas terreras, fundamentalmente de las casas de los artesanos y capas medias de la sociedad, cuyo alquiler podía estar entre los 80 céntimos y una peseta, pero que carecían de medidas sanitarias. Efectivamente, Alfred Samler Brown advertía que se abstuvieran de alquilar tales partes porque eran demasiado húmedas, ya que los suelos eran de tierra, las mismas carecían de desagüe y los muros en el centro eran simplemente de tierra.²⁹²

En Las Palmas de Gran Canaria, tampoco se prestó interés por el oficio. Además del destartado hotel inglés, del cual hemos hablado más arriba, había varias fondas españolas.

OCIO, VERANEO Y TURISMO EN CANARIAS. LA LAGUNA Y TEROR

El turismo y el ocio eran hábitos que se dieron cita en la historia de las islas entre determinados grupos sociales, fundamentalmente en las clases altas. A lo largo del siglo XIX también es propio de las vacaciones de descanso de la pequeña burguesía. Sin embargo, el turismo que practicaba el canario no era como el mismo que el de los habitantes de los países nórdicos. Todo lo contrario. Mientras los europeos del norte realizaban sus desplazamientos turísticos en la época invernal, entre los meses de octubre y abril, en las islas, como en la España peninsular y los países latinos, el turismo que se practicaba era el de estío. Tampoco el descanso turístico de verano tenía el mismo significado que tiene hoy en día, donde predomina el desplazamiento a las playas. En el pasado el veraneo significaba, según el diccionario de Bloch y Watburg, “ir al campo”. Aparecida a finales del siglo XIX, veranear no remitía a la idea de desplazamiento turístico sino a la idea de retiro, de reposo o cura.²⁹³ Por tal razón, el turismo que se practicaba en las islas no era de costa. Las clases acomodadas solían refugiarse en los lugares frescos de alturas, de mayor latitud, para huir de los calores del verano. Así, desde el siglo XVIII las clases acomodadas de Santa Cruz se trasladaban a sus casas de Laguna y La Orotava, lugares más frescos y húmedos, para permanecer y descansar en verano. Sin embargo, el flujo real de veraneantes comenzó desde mediados de la siguiente centuria. Según Pegot-Ogier, la ausencia de arbolado que purifique y refrigere la atmósfera de la capital, de agradables alamedas y paseos públicos, de jardines, agua, etc., contribuyeron que a partir de mediados del siglo XIX, La Laguna se convirtiera en el lugar de veraneo de las clases acomodadas no sólo de Santa Cruz sino también de La Orotava y del Puerto de la Cruz debido a su excepcional clima húmedo y fresco desde junio hasta octubre:

*La Laguna es empleada por los habitantes como una estación de verano. Las familias más ricas de Santa Cruz pasan ahí los meses de verano desde junio a noviembre.*²⁹⁴

También obedecía a la atmósfera selecta que se respiraba en la ciudad por la presencia de las más distinguidas familias. Además de las clases altas, otros grupos sociales se trasladaban a la ciudad. Por ejemplo, la oficialidad de alta graduación del ejército. Muchos eran procedentes de las mismas familias nobles de Canarias, y los que no lo eran y procedían de la Península, gustaba alternar con los miembros de las clases altas isleñas, e, incluso, algunos compraron títulos nobiliarios.²⁹⁵ El estamento castrense emigraba hacia la ciudad del Adelantado, llevando con ellos la banda militar, archivos, etc., nos comentaría Alfred Samler Brown. En 1858 el Alcalde de Santa Cruz José Luis Miranda y Sánchez le hace saber al Oficial primero del Ayuntamiento de Laguna, José de Olivera, que “el Capitán General desea establecer en Laguna un palacio permanente de veraneo para poder traer a él en esta temporada algunas oficinas y

²⁹² Brown, A. Samler. Op. Cit. Ed.1890. Pág. 12.

²⁹³ Didier Urbain, Jean. *El idiota que viaja*. Endymion. Madrid, 1993. Pág., 35.

²⁹⁴ Hart, A. Op. Cit. Pág. 14

²⁹⁵ Fernández de Béthencourt, Francisco. Op. Cit. Juan Régulo. Laguna, 1967.

aun subir los días de invierno que le diese la gana, fundamentalmente cuando llega a Santa Cruz algún extranjero”. Se añadía al escrito que las autoridades y las personas más influyentes de Laguna debían de cooperar a ello, “allanando cualquier dificultad o proporcionando una buena casa, aunque no estuviese en muy buen estado, a fin de que el Capitán General la compusiese al efecto, a cuenta de los alquileres.”²⁹⁶ Se le consiguió la casa de Castilla para establecer tal residencia y sobre la que se gastó de 12 a 15.000 reales para acondicionarla.²⁹⁷ La Orotava también despertó cierto interés por parte de las autoridades isleñas. El Gobernador civil de la provincia y Capitán general interino, Joaquín Ravenet y Marentes, solicitó en julio de 1861 del gobierno que se declare a La Orotava capital de verano y pide autorización para construir en ella un palacio «con todas las comodidades y decoros debidos».²⁹⁸

También algunos políticos isleños se trasladaban a Laguna para veranear. Solían ocupar dependencias de la administración para pasar el verano en la ciudad, evitando así el arrendar una casa particular. El 1858 el Gobernador civil de la isla se estableció en el Instituto de Segunda Enseñanza con el fin de pasar el verano de ese año.²⁹⁹

Muchas familias de Santa Cruz también tenían sus residencias de verano en Guamasa. Otro de los lugares favoritos de residencia para pasar las vacaciones era Tegueste, por estar mejor protegido de los vientos del sur y donde el cónsul francés tenía su casa de campo.³⁰⁰ Algunos de ellos, cuando veraneaban tomaban los baños de mar en Bajamar y La Punta.³⁰¹

Todo ello hacía que Laguna respirara un ambiente selecto donde proliferaban las reuniones agradables de residentes ingleses además de muchas familias españolas.³⁰² No debemos olvidar que las gentes del valle que se trasladaban eran los miembros de la *gentry*, como diría George Strettell, nobles de La Orotava y comerciantes naturales y extranjeros del Puerto de la Cruz y no las clases bajas o pequeña burguesía, por carecer ambas de relaciones con el estamento nobiliario o con la burguesía local e inglesa residente en de la Villa también se trasladaban a sus casas particulares del Puerto de la Cruz durante los meses de invierno para evitar el frío que asolaba durante esa estación en el pueblo.

A pesar de este privilegio que tenía Laguna y esta afluencia masiva de «forasteros», la ciudad apenas contaba con una fonda decente. En los años cincuenta tenemos noticias de la fonda de un francés, que como el señor Guérin en Santa Cruz se trataba de uno de tantos prisioneros franceses capturados en la batalla de Bailén el 19 de julio de 1808 contra las tropas napoleónicas y deportadas a la isla.³⁰³ El francés se casó con una isleña y estableció el mesón. Años más tarde solamente aparece una fonda (Trujillo) en la ciudad y no muy bien montada. Se trataba de la clásica fonda que normalmente se encontraba en las paradas de la diligencia. Comenta el liberal José de Olivera cuando suben a Laguna siete carruajes de jefes y oficiales franceses rumbo a México en febrero de 1862:

Nunca ha habido en este pueblo una persona que haya especulado montar una fonda decente, tanto que la mala que hasta ahora hemos tenido fue precisa que viniera un extraño a ponerla,
³⁰⁴

Así pues, Laguna no tenía hotel, ni café, ni teatro, ni cafetería, ni nada para satisfacer a las gentes de la ciudad.³⁰⁵ Lo cual significa que los acaudalados de Tenerife tenían su *health resort*

²⁹⁶ Olivera, José. *Mi álbum, 1858-1862*. Instituto de Estudios Canarios. Laguna, 1969. Pág., 71

²⁹⁷ *Ibidem.*, pp., 78.

²⁹⁸ *Ibidem.*

²⁹⁹ *Ibidem.*, pp. 89.

³⁰⁰ Hart, Ernest. *A winter trip to the Fortunate Islands*. Smith, Elder. London, 1887. Pág., 15

³⁰¹ *Ibidem.*

³⁰² Stone, O. *Op. Cit.* Pág. 37

³⁰³ Lavollé, C. *Viaje a China*. J.A.D. La Orotava, 1998. Pág., 163.

³⁰⁴ Olivera, J. *Op. Cit.* Pág., 331

de estío en Laguna para hacer una vida social agradable, pero que en absoluto animaban la hospedería en la ciudad.

En efecto, las clases altas buscaban satisfacer sus placeres ociosos y se movían para mejorar las condiciones de confort. Por su parte, la clase media lagunera que mejoraba y pintaba sus casas para arrendar a los visitantes veraniegos de la capital las mantenían cerradas durante el resto del año,³⁰⁶ no destinándolas en ningún momento a hostelería.

Por esa razón, la infraestructura de alojamiento en Laguna para extranjeros era deficitaria. Aún entrado los años ochenta era pésima. Olivia Stone cuando se quedó en una fonda de la ciudad las noches del 7 y 8 de septiembre de 1883 dijo sobre ella:

los arreglos sanitarios de la fonda eran infames. Cada vez que uno abría nuestra puerta una bocanada de tal exagerado y asqueroso olor entraba de tal manera que nosotros decidimos dejar el pueblo tan pronto como hubiéramos visto la procesión que se iba a celebrar mañana. La procesión, sin embargo, duró hasta demasiado tarde en la noche como para permitirnos llegar hasta el Valle de La Orotava esa misma noche antes del oscurecer, así pues la retrasamos hasta el domingo por la mañana, cuando a pesar del día, determinamos dejar esta morada de colonia.³⁰⁷

Por su parte, los hacendados de Las Palmas de Gran Canaria tenían sus residencias en Tafira y Monte, lugares situados a una altitud entre 350 y 500 metros. La ciudad de Las Palmas era muy calurosa y sofocante en verano y para evitarla en esa estación, la burguesía local tenía su residencia veraniega en dichos enclaves. La zona estaba rodeada de fincas con fértiles tierras donde abundaban los campos de maíz, árboles frutales y verdes jardines.³⁰⁸ Pero también se trasladaban hacia el pueblo de Teror para veranear. Como solamente estaba a pocos kilómetros de la capital y era mucho más fresca (alrededor de cuatro grados menos), muchos tenían sus casas en el pueblo. Además, contaba con manantiales de aguas minerales (Los Osorios). También contaban con las aguas del valle de Agaete descubiertas por Antonio Pérez en 1883. Aunque la burguesía de Las Palmas tenía en su propia ciudad, las aguas mineromedicinales de las fuentes de Santa Catalina las utilizaban en baños con fines terapéuticos, fundamentalmente en las afecciones de escrofulosas, reumáticas, gotosas y digestivas.³⁰⁹ No obstante, sus aguas eran utilizadas tanto para beber como para bañarse. Alrededor de los manantiales se había construido desde mediados de los años setenta una casa de baño.

La retirada a disfrutar de la plena naturaleza, de los espacios naturales, en verano era muy común entre isleños. Esos lugares de esparcimiento veraniegos ofrecían una agradable y fresca temperatura. Los de La Orotava iban a veranear a Vilaflor por su altitud (1.435 metros), donde, además, se encontraban unas aguas naturales con alta reputación para el tratamiento de los desórdenes del aparato digestivo (la única enfermedad endémica de Canarias). Era el refugio sanitario de los naturales de la isla.³¹⁰ En efecto, los isleños se trasladaban a los lugares donde había fuentes de aguas naturales por sus propiedades curativas. Las gentes enfermas de La Gomera, por su cercanía, se trasladaban a la Punta de la Dehesa en El Hierro para tomar sus aguas, pues era buena para las enfermedades de la piel, tuberculosis, etc. En Las Palmas solían ir a la playa de Las Canteras.

La belleza del paraje de Doramas en Gran Canaria hizo que en sus proximidades se construyeran “algunas casas que sirvieran de alojamiento a los numerosos visitantes, pues la selva era un incomparable sitio para distraer los ocios”. Afirma don José Marrero que

³⁰⁵ Olivera, J. *Op. Cit.* Pág., 370.

³⁰⁶ *Ibidem*, pp., 299

³⁰⁷ Stone, O. *Op. Cit.* Pág. 49

³⁰⁸ Miller, Basil. *La Saga Canaria*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 1994, Pág., 24.

³⁰⁹ Leclerq, Jules. *Viaje a las islas afortunadas*. Gobierno de Canarias, 1990. Pág., 221.

³¹⁰ Mackenzie, Morell, en *Diario de Avisos* del 8 marzo de 1890.

muchos nobles señores habían tomado la selva como «inmejorable estación veraniega»: un lugar de recreo, una estación de moda.³¹¹

Pero, mientras las clases acomodadas se desplazaban en verano al interior de las islas, los habitantes de las ciudades portuarias, sobre todo los más jóvenes y niños, solían ir a bañarse a las playas o muelles de la ciudad. Era frecuente ver hasta el atardecer cientos de bañistas en el muelle de La Luz, Santa Cruz o el Puerto de la Cruz.

Pero muy diferente fue el estado de la hospedería en el resto de Tenerife y más concretamente en el valle de La Orotava, comarca de Canarias que contó desde un primer momento con una infraestructura hotelera de cierta calidad, mientras en el resto de la isla, y de las islas, el alojamiento estaba muy desatendido.

EL DESARROLLO HOTELERO EN EL VALLE DE LA OROTAVA

En efecto, el valle de la comarca norteña fue el lugar donde se tomaron algunas de las iniciativas más interesantes, de las pocas que se emprendieron, para fomentar el desarrollo turístico en las islas. La Orotava, al ser la ruta obligada para todos aquellos viajeros que querían ascender al Teide, motivo principal de la visita foránea a Tenerife, tenía necesidad de algún lugar de alojamiento. Contó con algunas fondas, pues en las décadas de los cuarenta y cincuenta los viajeros que pretendían ascender el Teide las mencionan. Probablemente algunas de ellas fueron las que menciona Carlos Huberto Lavollée cuando visitó el pueblo con la intención de subir el Teide. No obstante las noticias a veces eran contradictorias. Por el comentario que hace el Reverendo Thomas Debary en 1848 parece que ya no existía fonda alguna, pues según sus palabras, «en La Orotava solamente había una triste y mala venta».³¹² Por su parte, como consecuencia del reconocimiento desde muy temprano del Puerto de la Cruz como lugar invernal por excelencia de Tenerife, el pequeño pueblo norteño fue testigo de la afluencia de algunos *invalids* para la convalecencia. Vamos a acercarnos por separado a cada uno de los municipios.

LA OROTAVA.

De la primera fonda que tenemos noticias de una establecida en La Iglesia. Desde las primeras décadas del siglo, exactamente en 1842, en La Orotava, por entonces con una población de 9.000 habitantes, se puso en marcha una fonda en la calle de la Iglesia a cargo una joven viuda de 30 años llamada María Rodríguez. Tenía cinco hijos (dos niñas). El inmueble estaba al cuidado de una sirvienta viuda de 40 años. No sabemos con exactitud hasta cuando permaneció abierta. No pudo llegar hasta los años cincuenta, pues en el primer lustro de esa década se estableció otra en la calle Tomás Pérez, al parecer por José Gobeia Arbelo, de la cual nos ocuparemos más adelante. Desde julio de 1872, José María Ruiz abrió una casa de huéspedes en la misma calle de la Iglesia, de la que también carecemos de cualquier referencia. Sin embargo, en La Orotava no hubo intentos de establecer hoteles de cierta entidad hasta la década de los sesenta por iniciativas de los hoteleros José Gobeia Arbelo y el italiano Luis Fumagallo.

Fonda José Gobeia Arbelo (después Hotel Hespérides).

³¹¹ Sánchez Robayna, Andrés. *Estudios sobre Cairasco de Figueroa*. Laguna, 1992. Pág., 77.

³¹² Debary, Thomas. *Op. Cit.* Pág., 60.

Todo parece indicar que la fonda en la calle Tomás Pérez (antes Home) fue establecida por José Gobeia Arbelo en una casa de dos plantas propiedad de la familia de los Benítez de Lugo.³¹³ José Gobeia tuvo que haber mantenido la fonda abierta hasta 1853, fecha en que se estableció el Casino La Orotava desde la fecha de su fundación (5 de junio de 1853) hasta enero de 1858.³¹⁴ En la década siguiente (1862) José Gobeia Arbelo estableció otra fonda o casa de pupilos³¹⁵ de cierta entidad en la calle de San Francisco, esquina calle la Carrera y Colegio nº 1, en el extremo del pueblo, justo enfrente de la Casa de los Balcones. Había sido construida como centro de enseñanza para los jesuitas y se le conocía como la Casa del Colegio. Ya entonces fue uno de los mayores edificios del pueblo. Una vez expulsada la orden de Canarias en 1767, la vivienda es ocupada décadas más tarde para ubicar el Ayuntamiento de La Orotava. Además de sede consistorial cumplió otras funciones como cárcel, cuartel, escuela pública, etc. Fue víctima de las llamas en 1841. Antonio Díaz Flores y Cartaya, regidor y destacado acaudalado de una familia de Güímar, compra el solar con los restos de la antigua vivienda al Estado y construye una hermosa mansión de dos plantas, espléndido ejemplo de arquitectura señorial canaria. Aún hoy, la familia Brier Bravo de Laguna, actuales propietarios, conservan espléndidamente el edificio. En su frente destaca un balcón corrido de hierro forjado descubierto, mirador del hermoso salón que ocupa la parte delantera de la casa. El interior ofrecía mayor interés, indudablemente. La galería corrida de la planta superior da a su espacioso patio central flanqueado por columnas alineadas en cada uno de los laterales. Una elegante escalera de madera a la izquierda permitía la subida a las habitaciones del hotel. Sobre la azotea se divisaba una bella vista del valle de La Orotava y el Teide. A su lado norte, se extendía un pequeño, pero precioso, jardín. En ella se alojaron durante el mes que permanecieron en La Orotava, marzo de 1863, el capitán inglés Richard Francis Burton y su esposa Isabelle. A ella le debemos una detallada descripción del hotel de José Gobeia Arbelo situada en la casa de Díaz Flores y que, sin lugar a dudas, nos da una idea de como era el estado de alojamiento de mediados de siglo en el pueblo:

Es una antigua reliquia de grandiosidad hispano-morisca -el palacio de una difunta marquesa- un enorme edificio de piedra blanca y enalado, de construcción cuadrada. En el interior hay un patio rodeado de balcones de barandillas en hileras de madera oscura tallada y hacia afuera, ventanas, o puertas de madera, y con viejos escudos de armas, en paneles, sobre ellas. Estas abren a los balcones de la misma. Hay una azotea o una terraza con plantas. Los balcones del interior forman un pasillo. Todas las habitaciones se comunican entre sí unas con otras; una de ellas da al patio.³¹⁶

Por lo que continúa relatando sobre la fonda, ésta no era del todo de su agrado. Sin embargo, como Messrs. Burton iban buscando un sitio donde pudieran descansar y que fuera, a la vez, óptimo para escribir, leer y estudiar, no les importó el alojamiento. Mientras Richard F. Burton se sienta para descansar y tomar un café, ella pregunta si puede recorrer el resto de la casa para ver si encontraba una habitación mejor que la que le habían asignado. Después de explorar la parte alta de la casa, donde se encontraba un mirador, una buhardilla y el cuarto de los trastos, nos da su impresión de la morada:

³¹³ En la casa fue establecido en 1853 el primer Casino La Orotava que según se señala en el Libro 1º de Cuentas se trataba de una edificación donde se hallaba instalada una fonda que pagaba José Gobe 262 reales de vellón de alquiler. (Rodríguez Mesa, M. *Desde el Falansterio al Liceo de Taoro*. Santa Cruz, 1984, pp., 39).

³¹⁴ Rodríguez Mesa, Op. Cit., Pág., 39; Luque Hernández, Antonio, *La Orotava, corazón de Tenerife*. La Orotava, 1998. Pág 433.

³¹⁵ Las casas de pupilos eran residencias de alojamiento para gente de pocos medios, donde las comidas se hacían en común y las habitaciones no pasaban de ser pequeños dormitorios. En algunas ocasiones, siendo hoteles, se registraban como casas de pupilos, probablemente con objeto de evadir impuestos. A veces solamente se ofrecía cama, sin ningún tipo de comida, ni derecho a cocina, como realmente ofrecía un hotel.

³¹⁶ Wilkins, W. H. *Op. Cit.* Pág. 207

Muros de piedra pintados de blanco, piso de madera con grietas, a través de las cuales uno podía ver el patio de abajo y "bravas ratas y ratones" que audazmente salían a jugar; un techo de vigas de madera con cornisa tallada (a través de los huecos encima, los niños nos arrojaban nueces y trozos de queso sobre las cabezas); tres cadenas con cintas azules desteñidas, suspendidas desde el alto techo, sostenían los candelabros. Tres puertas de madera talladas (con sus bisagras herrumbrentas) se abrían hacia un balcón de barandas, desde el cual obtuvimos una espléndida vista.

Continúa relatando las enormes peripecias que tuvo que hacer en la casa con objeto de acondicionarla cómodamente para una larga estancia:

Tal era el aspecto del sitio después de una ojeada. Yo, entonces, me encaminé hacia un viejo biombo y lo llevé a la habitación, dividiéndola en dos, permitiendo al amo que me cargara por dormitorio y cuarto de estar. En el dormitorio metí dos colchones de paja juntos para la cama, dos pequeños lavabos antiguos, capaces de contener una pinta de agua; y dos diminutas mesas para nuestro aseo. Mi próxima dificultad fue montar un baño y una cocina.

El baño sería un tonel de vino de su altura y la cocina consistió en «una sartén de leña, ollas, tarros para agua caliente, té, huevos y una cocinilla pequeña».³¹⁷

Con este pésimo servicio no era de extrañar que el hotel se cerrara, a principio de los años setenta. José Gobeia Arbelo cesó su actividad hotelera, de tal manera que cuando Jules Leclercq visitó La Orotava en 1879 nos deja constancia que solamente había una fonda, la Teide. Incluso, viajeros que visitaron el pueblo en el primer lustro de los ochenta no hacen alusión a su existencia. Permaneció cerrada prácticamente diez años, reabriéndose en abril de 1887, con nuevas características, como veremos más adelante. Antonio Díaz Flores, su propietario, muere el 3 de marzo de 1878 en Santa Cruz.

Fonda Teide de Luis Fumagallo Gallio (conocido como el Hotel Suizo).

El italiano Luis Fumagallo Gallio es el segunda que establece una fonda de cierta entidad en La Orotava. Había nacido en Asti, ciudad muy antigua famosa por sus torres e iglesias, situada muy cerca de Turín, en la región del Piamante. Cuando vino a Canarias, acompañado de su hermano, se estableció primero en Lanzarote. Su hermano instaló una fonda en Arrecife y él se trasladó a La Orotava en 1852. El motivo de su visita fue por problemas de salud³¹⁸. Se casó con la lanzaroteña Rosario Medina Schwever. Su total recuperación le animó a quedarse para siempre en el pueblo. Después de instalar un negocio de platería, dedicado, fundamentalmente, a la venta de relojes en la calle la Carrera esquina Tomás Pérez en el año 1862, participa en La "Sociedad Constructora de Edificios Urbanos de la Villa", de la cual adquiere la casa de dos pisos situada en la calle del Calvario esquina con García Beltrán. La puerta principal de entrada daba para la calle del Calvario. En ella instala Luis Fumagallo, entonces con 45 años de edad, un hotel en 1875. Se conocería por fonda Teide (también conocido como el Hotel Pico). Fue la *Spanish fonda* -como los ingleses la solían llamar- y la más usada por cuantos viajeros querían pernoctar en La Orotava. En los primeros años de su andadura la casa estaba aún sin terminar. En 1875, desde el 13 de enero hasta el 17 de febrero, se hospedaron la pintora Marianne North y su amiga Mary Eward. Como no tenía dinero para continuar con los trabajos, el hotel presentaba en el verano de 1879 un lastimoso aspecto.³¹⁹ Sin embargo, buenos arreglos tuvo que haber hecho para recibir el 4 de diciembre de 1879 unos huéspedes de honor: los hijos del Príncipe de Gales, Albert Victor y George (Jorge V, futuro rey de Gran Bretaña entre 1910 y 1936 y abuelo de la actual reina Isabel II. La visita de los jóvenes miembros de la Casa Real

³¹⁷ Wilkins, W.H. *Op. Cit.* Pág. 209 y 210.

³¹⁸ Latimer, I. *Op. Cit.* Pág.59.

³¹⁹ Leclercq, J. *Op. Cit.* Pág., 64.

británica contribuyó a su conocimiento a lo largo y ancho del Reino Unido. Efectivamente, en reconocimiento a su buen servicio, sus Altezas Reales Albert Victor y George de Inglaterra lo patrocinaron. Mientras permanecieron en el hotel se celebró un baile con la asistencia de la más distinguida aristocracia y burguesía del pueblo para luego pernoctar en una de las habitaciones con las intenciones de subir el Teide. Esta es la razón por la que Frances Latimer lo llama *Royal-Hotel*. Sería, desde los primeros años de la década de los ochenta hasta la reapertura de la fonda en la casa de los Sres. Díaz Flores como Hotel Hespérides el 5 de abril de 1887, el único con que contaría La Orotava. Destacaba con creces por sus habitaciones muy limpias y su buena comida. Aquí se hospedó la inmensa mayoría de viajeros -Olivia Stone, Isaac Latimer y su hija, etc.-.

EL PUERTO DE LA CRUZ.

El Puerto de la Cruz continuó ofreciendo alojamiento después de abandonar el lugar el británico Jackson. En la década de los treinta, el Puerto de la Cruz, con alrededor de 3.000 habitantes, contaba con una fonda abierta por un antiguo actor de ópera de Cádiz, cuyo nombre se desconoce, que era bastante frecuentada por largas temporadas por *invalids* ingleses.³²⁰ En efecto, el Puerto se consideró desde muy temprano en un lugar muy sano para la convalecencia de los turistas enfermos, a los cuales se les enviaba al lugar para la toma de los baños de mar.³²¹ Es decir, que incluso antes que los eminentes doctores como William Cooper, James Clark, William Wilde, etc., exaltarán la isla, pero especialmente el Puerto de la Cruz, como el lugar ideal del nuevo *health resort* del Sur del planeta, algunos ingleses ya se trasladaban por su cuenta en busca de su convalecencia. Tuvo que existir una fonda en la década de los cuarenta, pues en el diario de consultas de los años 1841-1842 del doctor Archibald Little en su residencia de Sitio Litre anota las frecuentes visitas que realizaba a la fonda de la ciudad para tratar a una señora enferma que se hospedaba en ella.³²²

Fonda Casino.

La Fonda Casino fue establecida por Nicolás Martínez. Fue el primer intento serio por parte de un natural en establecer un hotel de calidad en el lugar. La abrió en el año 1853 en su casa situada en la plaza del Charco, entonces la Constitución, conocida como «El Rincón del Puerto». Se trata de una hermosa casa canaria de dos plantas. El acceso a la parte superior se hacía desde la escalera del patio central. Tras su muerte, el 23 de enero de 1855, pasa por diferentes manos. Primero, permanecerá abierta a cargo de su segunda esposa, Juana Esquivel. Posteriormente, en 1857, la arrendaría Pedro Aguilar, quien la conservará más tiempo abierta, exactamente hasta 1873. El señor Aguilar la bautizó como Fonda Casino. En ella se hospedaron Charles Piazzzi Smyth y su esposa Anne, y Gabriel de Belcastel. Tuvo otros dos huéspedes de honor. Por ejemplo, el hermano del emperador Francisco José, Fernando Maximiliano I José, (1832-1867), Maximiliano, Archiduque de Austria, durante su viaje a México en 1859, y en 1867 su Alteza Imperial el gran Duque Alexis Alexandrowich, durante su estancia para subir al Teide.

Serán precisamente los testimonios escritos transmitidos por estos viajeros los que nos acerquen al estado de estos primeros hoteles. Por la exclamación de Piazzzi Smyth cuando ve por primera vez la casa de huéspedes de Juana Esquivel se desprende su total desánimo por su aspecto:

³²⁰ Wilde, W. R. Op. Cit. Pág. 145.

³²¹ Lavollée, C. Op. Cit. Pág., 169.

³²² Little, A. Diario de consultas. 1841.

*¡Esto no puede ser la fonda! pero ¡Si, señor!
-contestaron- era la fonda, el hotel, el gran hotel, y que de alguna manera habíamos
esperado.*³²³

Mientras esperaba sentado en una esquina del patio «pavimentado con basalto en forma vesicular» y rodeado de galerías con el techo de teja roja al vicecónsul Goodall vuelve a apoderarse de su mente un sentimiento lúgubre ante la total ausencia de movimiento o de ruido que indicara alguna señal de vida en el interior de la fonda de la Sra. Esquivel:

*¿Por qué nombre podemos llamar a esta fonda silenciosa -esta fonda de la muerte- esta fonda
de la muerte y más muerte?*³²⁴

Muchos arreglos tuvo que haber hecho Pedro Aguilar para recibir al archiduque de Austria, Fernando Maximiliano I José. Años más tarde fue objeto de los elogios de otro distinguido huésped, Gabriel de Belcastel. Fue la única oferta hotelera existente en toda la isla y en el archipiélago en la década de los sesenta y la siguiente que mereció el distintivo de hotel donde pernoctaban los viajeros en tránsito a las colonias y de aquellos cuyo fin era establecerse una larga temporada. Elizabeth Murray se hospedaría en ella durante su *tour* por la isla en octubre de 1858. También se hospedó a su llegada al Puerto en el año 1866 el vicecónsul de Gran Bretaña en Lanzarote, John Topham. La fonda permanecía en manos de Pedro Aguilar hasta diciembre de 1873. Después de un cierto tiempo cerrada, su cuñada Isabel Medina de Chaves la reabre en 1875. La cerró en los años noventa.

Aparte de estos establecimientos estaban los albergues situados a lo largo del camino real. Por ejemplo, en Tenerife se encontraba las dos ventas que solían ofrecer camas a los viajeros. En Icod y a medio camino, en el Barranco Ruiz, cerca de San Juan de la Ramba, existían otros dos sencillos y pequeños albergues. Según los viajeros no eran tan confortables como los que se encontraban a lo largo de los caminos de Europa pero existía una gran voluntad de los posaderos.

Como insinúa Herman Christ, eso era todo lo que los jubilados podían encontrar para alojarse en el noroeste de Tenerife. Era raro encontrar casas de alquiler. Sin embargo, las pocas que había sus precios eran muy bajos. Solían ser casas rurales de arquitectura doméstica canaria: de estructura sólida, con pocas habitaciones, altas y grandes.³²⁵

En Gran Canaria se encontraba una casa de posta en Guanarteme y otros lugares a lo largo del camino real.

PERÍODO DE TRANSICIÓN (1875-1885). HERMAN HONEGGER, JOHN TURNBULL, LUIS CAMACHO, CHARLES BAKER QUINEY Y LOS INICIOS DE LA HOSPEDERÍA MODERNA.

En entre estos años de 1875-85 se detecta un avance considerable en la hospedería moderna canaria. Por un lado, por su calidad, hasta entonces ausente en las fondas existentes en las islas, y por otro, la aparición de la iniciativa extranjera en el sector turismo, una constante que se dará a lo largo de las primeras décadas. En efecto, en estos años de indecisión por parte de las autoridades y los propietarios locales, será de nuevo las iniciativa de extranjeros -dos británicos, un suizo y un portugués- aunque este último estrechamente ligado al mundo anglosajón por estar casado con una irlandesa, la que cubra la deficiencia de alojamiento en las islas capitalinas. Es sobre todo con Herman Honegger y John Turnbull en el Puerto de la Cruz, Luis Camacho en Santa Cruz de Tenerife y de Charles Baker Quiney en Las Palmas de Gran

³²³ Smyth, Charles Piazzi. *Teneriffe, as an astronomer's experiment*. London. 1858. Pág 44

³²⁴ Smyth, C P. Op. Cit. Pág. 44

³²⁵ Christ, H. Op. Cit. Pág., 138.

Canaria cuando la hospedería en Canarias adquiere protagonismo europeo, sobre todo en Gran Bretaña. Con ellos queda definitivamente desplazada la imagen negativa del alojamiento en las islas. Serán estos hoteleros los que instalen unos establecimientos modernos, donde destaca ya la presencia de la calidad. Lo que no quiere decir que fueron los únicos que existieron. Importantes fueron también los directores del Hotel “marquesa” y Honegger en el Puerto de la Cruz y Ramón López en Las Palmas de Gran Canaria.

Pensión suiza de Honegger (Puerto de la Cruz)

En 1874 llegó al Puerto de La Cruz el matrimonio suizo Herman y Susanna Honegger y sus hijos Matilde de 20 años y Guillermo Marrian de 15 años. Herman y Susanna tenían 63 y 60 años respectivamente. Al llegar al lugar, el matrimonio Honegger alquilaron una casa en la calle Zamora nº 7 propiedad del hacendado villero Alonso Méndez y Guardia. En un principio el matrimonio Honegger se dedicó a la enseñanza del idioma natal, alemán. Pero pronto, dada la ausencia de una fonda de calidad en el pueblo abrieron una fonda familiar que se conocería como la *Pensión Suiza*. Pero Herman Honegger no solamente destacaría en la hostelería sino también en otros ámbitos del turismo del Puerto, e incluso de Tenerife. Hizo observaciones pluviométricas del Puerto de la Cruz desde 1874 hasta 1885. Midió la temperatura media anual a una altitud de 100 metros del lugar. Sus resultados fueron recogidos como muestras por científicos extranjeros y naturales en las islas, como William Marcet, Öhrvall, Biermann, Zerolo, etc. Fue el primero que hizo mediciones en Vilaflor, posteriormente utilizadas por Tomás Zerolo para sus ensayos de climatoterapia en el pueblo más alto del territorio nacional.

Hotel Turnbull (Puerto de la Cruz)

En noviembre de 1869 llegó al Puerto de la Cruz el matrimonio escocés formado por John Turnbull y Elizabeth Turnbull, ambos de 45 años. Los Turnbull estuvieron hospedándose una temporada en el Hotel Casino de Pedro Aguilar situado en la plaza del Charco. En 1876, John Turnbull se percató de la necesidad que había en el pueblo de una auténtica *boarding house*. Después de cierto tiempo buscando una casa donde establecerla, encontró por fin una casa donde estableció su pequeño hotel.³²⁶ A los pocos años, el matrimonio Turnbull se traslada al centro del pueblo para instalar un hotel más cómodo y confortable. La casa que eligió John Turnbull estaba situada en la calle Blanco nº 8 esquina Doctor Ingram, propiedad de Antonio Pérez Silva. La casa es una elegante vivienda canaria de tres plantas cuya entrada principal está por la calle Blanco. Actualmente es propiedad de la familia Bazo Díaz. La fonda se conocería como el Hotel Turnbull. Aún hoy la casa se conserva exactamente igual y la parte baja se dedica a la hostelería.

Pronto se convirtió en la *boarding house* preferida de los viajeros británicos y sería frecuentada por gran número de turistas *invalids* debido al talante liberal, cordialidad y ausencia de prejuicios de sus propietarios. William Marcet, que se hospedó en ella, lamentaba que la casa no fuese más larga -contaba con 18 habitaciones, nueve en cada planta- para albergar un número mayor de huéspedes. Fue la primera y única de esas características que existía en todo el archipiélago. La habitación valía 8 chelines al día (80 céntimos) o menos si se trataba de una semana completa. En ella pernoctaron William Marcet, Benjamin, Messrs. Stone, etc. Su comida era de una calidad aceptable.

En el hotel de John Turnbull solían hospedarse gran número de *invalids* procedentes de Madeira durante los meses de primavera, justo cuando Funchal contaba con un tiempo más desfavorable, y en el Puerto había una temperatura de 5 grados más que la capital

³²⁶ Benjamin, S.G.W. *The Atlantic Islands as resorts of health and pleasure*. Sampson Low. London, 1878. Pág., 267.

madeirense.³²⁷ Así, nos consta que el doctor inglés Michael Grabham, toda una institución en el tratamiento de la tuberculosis, siguiendo las recomendaciones de James Clark sobre los beneficios de una residencia alternada en Madeira y Tenerife, llevaba varios años poniendo en práctica esta medida como método de tratamiento de los enfermos crónicos de tuberculosis o bronquitis. Es de suponer que, en la medida en que la *boarding-house* de los Messrs. Turnbull era la única fonda inglesa que existía, fuera ésta la que los acogía.

John Turnbull falleció en Laguna el 15 de diciembre de 1888 a la edad de 59 años. Fue enterrado al día siguiente en el cementerio protestante de Santa Cruz de Tenerife. La señora Turnbull había cerrado la *boarding-house* algunos meses antes del fallecimiento de su esposo. Con la muerte de John Turnbull la ciudad turística perdió al más grande hotelero que había tenido hasta entonces.

El english hotel (más tarde, Hotel Marquesa, Puerto de la Cruz).

En 1883, la familia Cólogán pone en marcha uno de los hoteles con mayor encanto de todo Tenerife. Todo un hotel de primera clase, que más tarde se llamaría Hotel marquesa. Se trataba de sus tres casas de dos plantas de inicios de siglo XVIII situadas en la calle Quintana. En un artículo de Olivia Stone y su esposo en el *Pall Mall Gazette* del 10 de octubre de 1884 comentan que Tomás Fidel Cólogán había abierto un hotel inglés todavía estando ellos de visita en el Puerto de la Cruz. Es el mismo que menciona en su obra *Teneriffe and its six satellites*. En aquellos años había tres establecimientos hoteleros en el pueblo: la *boarding-house* de John Turnbull, la fonda alemana, la de Herman Honegger, ya comentadas y la Fonda Marina, de la cual nos ocuparemos a continuación.

El hotel ocupaba como hemos dicho, las tres casas familiares de estilo doméstica canaria de dos plantas. Dos tienen elegantes balcones con cristaleras hacia la calle principal. La principal tiene un patio cuadrangular con columnas a ambos lados. Del genuino patio central de la casa principal parte la hermosa escalera de madera oscura que conduce a los corredores que dan vuelta al patio y donde se encontraban todas sus habitaciones. Las casas habían sido construidas por Bernardo Valois, rico comerciante irlandés establecido en el Puerto de la Cruz, para quien trabajaba Juan Cólogán Blanco, también irlandés, en el siglo XVIII. Precisamente su matrimonio con Margarita, hija de Nicolás Bernardo Valois, supuso su participación en el patrimonio familiar. El hotel era un museo hogareño donde se conservaban todos los enseres y mobiliario de la familia. La casa del Hotel marquesa ha sido un refugio de hospitalidad desde el siglo XVIII. Aquí pernoctó Alexander von Humboldt (1799) cuando aún era una casa para uso particular de la familia Cólogán. Entre los muchos huéspedes distinguidos destacó el músico Charles Camille Saint-Saëns.

El hotel estaba llevado por los sirvientes del marqués del la Candia, los hermanos Justo y Carolina.

En la actualidad, esta hermosa casa, o hermosas casas, alberga uno de los más emblemáticos hoteles de la ciudad, siendo todo un símbolo destacado de la hospedería histórica del Puerto de la Cruz. En su interior todo sigue con el lustre aristocrático del pasado.

Louis Camacho (Santa Cruz de Tenerife)

Pocos hoteleros pueden vanagloriarse de ser tan conocido en esta primera etapa del desarrollo del turismo en Canarias, particularmente en Tenerife, como Louis Gómez Camacho.

Louis G. Camacho nació en la isla portuguesa de Madeira en 1850. Cuando aún estaba en la veintena se acercó a Tenerife para curarse de su asma. Hasta ahora la historiografía local ha venido sosteniendo que Louis Camacho se trasladó a Tenerife con la intención de

³²⁷ Maclaren, Duncan. *Op. Cit.* Pág. 26

establecerse para dedicarse a la hostelería. Sin embargo, el médico británico Paget Thurstan, que lo conoció personalmente, informa que el portugués vino a Tenerife años antes de dedicarse al turismo, principios de 1880, para curarse de su asma.³²⁸ Pero con la llegada del madeirense Louis Camacho, pronto Santa Cruz por entonces con 23.000 habitantes, cubriría la apremiante necesidad de una auténtica fonda u hotel del gusto de los británicos. Probablemente, extrañado de la ausencia de un hotel en un puerto como el de Santa Cruz se animó a abrir uno. Tenía varias ventajas a su favor. Conocía el potencial económico del turismo, ya que procedía de una isla con tradición turística. Hablaba muy bien el inglés, pues había estado cinco años en Inglaterra y su esposa era irlandesa.

Efectivamente, en el año 1880, el joven de 30 años Louis G. Camacho decidió arrendar una casa canaria en la calle La Marina que acababa de dejar el consulado británico. Había sido la misma casa donde estuvo el antiguo Hotel Inglés de los hermanos Richardson. La casa era de dos plantas con patio central cubierto de una cristalera que funcionaba a “modo de espejo ustorio”, con balcón hacia la calle, de cara al mar y sobre su orilla, muy cerca del desembarcadero.³²⁹ Cerca de su establecimiento había una fonda española con fama de ser mucho más agradable que la de Louis Camacho, de la cual se desconoce cualquier detalle.

El hotel, según la inmensa mayoría de los viajeros que pernoctaron en él, era satisfactorio, “aunque era un pandemio de todos los insectos de la zona subtropical que pican y zumban”.³³⁰ A pesar de esos inconvenientes inevitables, la estancia en el hotel era agradable, pues Camacho era un hombre “elegante y mañoso”. Cobraba 10 pesetas diarias en 1884, y la habitación con balcón al exterior valía 15 pesetas. El precio por noche “resultaba caro para los isleños, pero no para los europeos, ya que las comidas eran abundantes y, además, había un camarero alemán”.³³¹

Louis Camacho permaneció con este establecimiento en la calle de la Marina hasta finales de 1884 o primeros meses de 1885. Nos basamos en esta fecha, en la medida en que Edward G. Stanley murió en su hotel de la calle de la Marina el 23 de diciembre de 1884.³³² Desde aquí Louis G. Camacho se trasladó a la calle San Francisco, momento que estudiaremos más adelante, ya que supuso una nueva fase profesional del madeirense.

Sin embargo, la casa que había dejado libre Louis Camacho en la calle de la Marina continuó explotada como hotel desde el momento de dejarla él. La iniciativa se debió al joven matrimonio británico Baker, quien lo llamaría Hotel Internacional.³³³ Su tarifa era de dos dólares al día, unas 9 pesetas aproximadamente. Un precio que por el pésimo servicio y la mediocridad de la comida era excesivamente elevado. En efecto, el servicio era muy malo y la comida mediocre.

Charles Baker Quiney (Las Palmas de Gran Canaria)

En el plano turístico, el británico Charles Baker Quiney es para Gran Canaria lo que el portugués Louis Gómez Camacho es para Santa Cruz de Tenerife. En 1866 llegó a Las Palmas de Gran Canaria para establecerse como comerciante el inglés Charles B. Quiney. Vino con su esposa Mary Ana, una bonita joven reportera de Londres. Eran los años en que algunos ingleses y escoceses llegaron a las islas de realengo, fundamentalmente a Tenerife y Gran Canaria, para dedicarse al comercio, una actividad muy propia del burgués victoriano. La mayoría se dedicó a la comercialización de la cochinilla, entonces el producto de exportación más importante de las

³²⁸ Paget Thurstan, E. *The Canaries for consumptives*. London, 1889. Pág. 97

³²⁹ Latimer, I. *Notes of travel in the islands of Teneriffe and Grand Canary*. Simpkin. London, 1887. Pág., 145.

³³⁰ Christ, H. *Op. Cit.* Pág., 56.

³³¹ *Ibidem*.

³³² Libro Register of persons burried... N° reg., 71.

³³³ Stone, Olivia M. *Teneriffe and its six satellites*. 2 vols. Marcus Ward. London, 1887. v.ii. Pág., 467.

islas. Charles Quiney tenía 23 años y era oriundo de Stratford-upon-Avon, ciudad natal del dramaturgo inglés William Shakespeare. Otras fuentes indican que procedía de Shotton, también en Warwickshire, un condado de la región central de Inglaterra lleno de historia.

Con la llegada de la crisis de la cochinilla, Charles Quiney, en lugar de dedicarse al cultivo del plátano, como habían hecho algunos de sus compatriotas en las islas, decidió dedicarse a la hospedería. Precisamente cuando se encontraban John y Olivia Stone en la ciudad, Mary Ana Quiney les pidió que les acompañaran para ver que les parecían la casa que pretendía alquilar ella y su marido para establecer un hotel.³³⁴ La casa era ideal para establecer el *english hotel* que Las Palmas necesitaba. Convencido Charles Quiney, el 14 de enero de 1884 comparece ante el notario Vicente Martínez para arrendar una de las casas de Domingo Navarro Pérez situada en la plaza de San Bernardo de la capital Gran Canaria. Se trataba una casa de dos plantas con jardín en la parte trasera y gallinero que medía 938 metros cuadrados.³³⁵ El arrendamiento se realizó por un período de cinco años por el precio de 2.250 pesetas anuales, a satisfacer en mensualidades de 50 pesos (187,50 pesetas).³³⁶ Asistieron como testigos Antonio Cabrera y Suarez y Salvador Medina Rodríguez. La ciudad contaba entonces con 20.000 habitantes. En enero del año siguiente comenzó a funcionar el hotel. Se trataba de una casa que no tenía patio central, sino que estaba abierto hacia un jardín en la parte trasera. Se conocía con el nombre de *Quiney Hotel*. Fue el primer *english hotel* que contó Las Palmas. Como era de esperar, su apertura fue todo un acontecimiento en la capital.

OTROS TEMPRANOS ESTABLECIMIENTOS HOTELEROS. EL *HOTEL EUROPA* Y LA *FONDA MARINA*.

Además de estos hoteles, las islas mayores tenían otros establecimientos que no desmerecían. En Las Palmas de Gran Canaria destacaría la Fonda Europa, instalada por Ramón López. En la década de los ochenta. Se trataba de una casa grande de dos plantas propiedad de la familia Falcón, una de las más ricas de la ciudad, situada en una de las dos esquinas de la calle Remedios y Peregrina, y con fachada principal a la plaza Hurtado de Mendoza. Sobre la entrada principal hay un balcón, cuya ventana tiene un frontón triangular y a ambos lados de ella hay dos pares de ventanas cerradas con frontones curvos.³³⁷ Cuatro ventanas en la planta baja arrojan la entrada principal. Con un encantador patio central canario, junto al cual se encontraba el comedor, un cuarto alargado con una larga mesa donde se podía sentar 40 personas. El patio estaba lleno de una elegante vegetación alrededor de una fuente formada por dragos, palmeras, geranios, eucaliptos, etc. Una hermosa escalera de madera y piedra proporcionaba el acceso a la galería y dependencias de la casa. La elegante baranda sobre la balaustrada de tea, que aún hoy se puede admirar, era un signo de evidencia del carácter señorial de la construcción.³³⁸ Podía acomodar a 40 huéspedes, y solía reservar habitaciones especiales para los visitantes ingleses.³³⁹ Las habitaciones eran altas y excelentes. La comida que se servía era muy buena. A la hora de comer, se bebía agua mineral, además de un “dulce y oscuro vino tinto, otro joven y muy apreciable del valle gran canario de Teror”. Como consecuencia de los gustos diferentes de los británicos, Ramón López solía atender sus exigencias y era muy cortés y de una “bondad que no suele encontrar los extranjeros en

³³⁴ *Ibidem*, pp., 233. (también, González Cruz, M^a Isabel, *La convivencia anglocanaria*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995. Pág., 199)

³³⁵ A.H.P.L.P. Protocolo notarial año 1884. Tomo 1. 1-153. Legajo 3.501. (también, González Cruz, M^a Isabel. Op. Cit.. Pág., 199).

³³⁶ *Ibidem*.

³³⁷ Herrera Piqué, Alfredo. “Casa Falcón y el antiguo hotel Europa” en *Aguayro*.

³³⁸ *Ibidem*.

³³⁹ Stone, Olivia. *Tenerife and its six satellites*. 2 vols. Marcus Ward. London, 1887. v.ii. Pág., 9.

nuestros mejores hoteles”, comentó Herman Christ. Cobraba en el primer lustro de los años ochenta 6 chelines al día, unas 7 pesetas y 50 céntimos.

Sin embargo, a pesar de ser el mejor hotel de Gran Canaria, el servicio y la higiene eran deficientes, como solía ser en los hoteles nacionales. Había mosquitos y cucarachas, insectos que solían ser compañeros nocturnos nada agradable.³⁴⁰ Tres semanas tuvo que esperar Olivia Stone para que le trajeran un mosquitero. Era producto del mal servicio del hotel, pues trabajaban pocas personas en el lugar. “Todos se mostraban muy dispuestos por complacer al cliente, pero no estaban nada organizados,” afirmó Olivia Stone. Las habitaciones no se arreglaban hasta bien entrada la tarde; no había campanillas para llamar al servicio; el huésped tenía que salir al pasillo a llamar al sirviente dando palmadas de vez en cuando, etc. Tampoco era extraño encontrar ratones en las habitaciones:

*Debido a la cantidad de comidas que hemos tenido últimamente en mi habitación, los ratones habían llegados a ser muy descarados. Solían saltar sobre nuestras camas por la noche y si uno sacudía la colcha, los oía caer al suelo. Había uno que solía aparecer a la hora del té a recoger las migajas sobre un baúl de viajes... Veíamos el ratón a menudo, pero el problema era cómo cazarlo.*³⁴¹

A estas desventajas había que añadirle los ruidos, causados en muchas ocasiones por los naturales que iban a jugar a las cartas hasta medianoche, donde el vino y el barullo estaban presentes, impidiendo el descanso de los huéspedes. Aunque era navidad, no era del todo agradable. “¡Un propietario serio de un hotel inglés nunca permitiría tal escándalo!”³⁴²

Al año siguiente de la visita de Olivia Stone, las camas estaban protegidas de mosquiteros y las sábanas estaban completamente limpias, pero solamente tenía dos camareros y dos empleadas para las habitaciones, una de ellas era el ama de llaves, una venezolana mulata, María de la Cruz, que normalmente le llamaban Mariquita.³⁴³

Años después con motivo del despertar del turismo fue sin duda la mejor fonda de estilo español en la ciudad. En Las Palmas de Gran Canaria había otro hotel español, El Cairasco, cuya calidad era inferior a la Fonda Europa, incluso su existencia no traspasaría el umbral de la década de los noventa.

Para los viajeros de estos años, el estado de la hospedería oscilaba desde buenos a malos. Los hoteles Quiney y Europa en Las Palmas de Gran Canaria eran alojamientos aunque no suntuosos si cómodos y confortables. Por ejemplo, en la Fonda Europa, su dueño solía preparar desayunos y comidas según las costumbres de los huéspedes ingleses. Tenía buen té, buena mantequilla, etc., y servicio a las habitaciones de los clientes.

Pero otros no respondían a esos calificativos. En 1879 Jules Leclercq se hospedó en Santa Cruz en una “auténtica fonda española”, según sus propias palabras. Se queja de la abundancia de mosquitos que, aunque había mosquitero, asaltaban toda la noche. Después de los mosquitos –sigue comentando– estaban las hormigas que formaban una legión alrededor del azucarero y las cucarachas “que se metía por todas partes, por los armarios, por las ropas, por las camas...”³⁴⁴ Palabras similares contra las pulgas, mosquitos y cucarachas en las fondas tuvo René Verneau.

La viajera londinense Olivia Stone pernoctó en el hotel de Baker, antiguamente el Hotel Camacho, y sobre su experiencia escribió:

El servicio es muy malo y la comida es siempre mediocre. Anoche sirvieron sopa y pescado, pata de cerdo, sesos y empanadillas. Más tarde para nuestro asombro y consternación trajeron el pudding.

³⁴⁰ *Ibidem*, pp., 149

³⁴¹ *Ibidem*, pp., 207.

³⁴² *Ibidem*, pp., 209.

³⁴³ Christ, Herman. *Un viaje a Canarias en primavera*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 1998. Pág., 97.

³⁴⁴ Leclercq, Jules. *Viaje a las islas afortunadas*. Gobierno de Canarias., 1990. Pág., 51.

Nos dijeron que se habían olvidado del asado. Parece, según nos cuentan, que el olvido sucede con frecuencia. Había solamente un plato de pudding para 20 hombres hambrientos. Pedimos urgentemente una tortilla y tomamos cada uno una porción. Este tratamiento es realmente monstruoso y sin embargo estos desgraciados caballeros y nosotros tuvimos que pagar 3 chelines y 6 peniques por la cena, [alrededor de unas 4 pesetas y 37 céntimos]. Otro motivo de queja es que toda la comida estaba fría cuando la sirvieron, producto del mal servicio.³⁴⁵

Por estos años la visita a las islas por razones turísticas era aún poco frecuente. Por otro lado, viajaban poco entre los pueblos y mucho menos entre las islas. Por tales razones, el alojamiento en los interiores de las islas era prácticamente inexistente y allí donde existía el estado de la hospedería era muy deficitario. En Tenerife, salvo los hoteles Turnbull y Cologan en el Puerto de la Cruz, las fondas u hoteles eran muy malos. Palabras más fuertes tuvo en contra de la fonda de Laguna, al parecer la mejor que había en la ciudad, Olivia Stone:

Las condiciones higiénicas de la fonda eran infames. Cada vez que abríamos nuestra puerta penetraba una bocanada de mal olor tan excesivamente asquerosa que decidimos abandonar el pueblo tan pronto como hubiéramos visto la procesión del día siguiente.³⁴⁶

En el Puerto de la Cruz todavía existía una fonda que, a pesar de no alcanzar la categoría de las otras, merece la atención por lo emblemática de la casa. Se trataba de una hermosa casa del siglo XVIII con una situación envidiable: justo en el mismo muelle pesquero de la ciudad. La situación por lo tanto de este atractivo caserón era difícil de igualar. Siempre ha sido conocido como la *Casa Yeoward* por haberla comprado en 1918 Richard Yeoward para establecer en las oficinas de su compañía. La casa era propiedad de Andrés González de Chaves y de María del Carmen Fernández Montañés. El origen de este caserón se remonta al siglo XVIII, propiedad entonces de Antonio Lercaro Ponte, a quien se la compró la familia González de Chaves. Tras el fallecimiento en febrero de 1876 de Andrés, su viuda María del Carmen establece un pequeño hotel que se llamaría Hotel Marina. Fue abierto entre los años 1882 y 1883. La casa era de dos plantas. El patio central acogía las dependencias de la parte baja destinadas a almacén y otros usos. Una escalera de tea situada conducía a un corredor donde se hallaba distribuida las habitaciones para huéspedes. Un largo balcón esquinera daba para dos calles. La entrada principal estaba por la calle San Juan y en su opuesto las caballerizas.

Precisamente uno de los hijos de Andrés y María del Carmen, Luis González de Chaves, alcalde en varias ocasiones del Ayuntamiento portuense sería uno de los primeros participantes del desarrollo del turismo en la ciudad turística.

El estado de la hospedería en el interior de las islas era prácticamente inexistente. Muy de vez en cuando se vía un viajero de excursión que demandara alojamiento. Las pocas que se encontraban diseminadas por algunos pueblos eran espantosamente malas. Tal vez cabría reseñar la fonda que había en Icod. Por aquellos años el pueblo norteño de Tenerife, con 5.500 habitantes, contaba con una fonda. Según Jules Leclercq, era de lo más primitiva. Las paredes estaban pintadas de cal y las ventanas carecían de los cristales cuadrados de sus metopas. No tenía que ser muy grande porque cuando Olivia Stone y su esposo llegaron a ella en 1883 tuvo serias dificultades para conseguir una habitación. Una característica que señala la viajera fue la gran cantidad de cuadros con reproducciones baratas colgadas de las paredes, generalmente de motivos religiosos, santos, leyendas católicas, vírgenes, etc. Era un aspecto decorativo de las fondas españolas que los extranjeros solían señalar. Otra de las características de las fondas en los interiores de las islas era la escasez de mobiliario al uso. Normalmente solían haber

³⁴⁵ Stone, Olivia M. *Teneriffe and its six satellites*. 2 vols. Marcus Ward. London, 1887. v.ii. Pág., 468.

³⁴⁶ *Ibidem*, v.i. pp., 40.

algunas sillas y una mesa. En esta ocasión la inglesa satisfecha porque las condiciones de la fonda no eran del todo malas. Probablemente era la misma fonda donde se alojó Herman Christ. Estaba enfrente de la plaza de la Pila y el fondero se llamaba *Don Juan*.

No había más infraestructura de alojamiento en Tenerife. Si un viajero se dirigía al sur de la isla no encontraba donde alojarse. En algunos sitios encontraban algo para comer. Pero nada más. Por ejemplo, en Guía había una mujer que solía cocinar para los viajeros que pasaban por el pueblo.

Aruacas, con 4.800 habitantes y uno de los pueblos del interior de Gran Canaria de veraneo de la burguesía de la isla, también contaba con una fonda -según Olivia Stone- un lugar bastante curioso. Por la referencia que hace de la misma parece no guardara buen recuerdo de ella. “Tenía un pequeño patio, más parecido a un corral que a otra cosa, rodeado por cuartos con suelos de piedra. El comedor, sin puerta de entrada, era completamente de piedra y donde solamente había una vieja de pino y unos bancos. Los dormitorios, todos en el piso bajo, ya que se trataba de una casa terrera, consistía en dos habitaciones de piedra, donde había tres camas, y unas cortinas estampadas que colgaban en la entrada. El lugar me pareció deprimente y no me gustaría tener que dormir en aquellas habitaciones de piedra.”³⁴⁷

Otro lugar donde se podía encontrar algún alojamiento era Agüimes, por entonces con 2.800 habitantes. Eran tan tétricas las condiciones del lugar donde se alojaban los visitantes que Olivia Stone lamentó no llevar la caseta campaña que había traído consigo de Inglaterra para pernoctar cuando visitó el pueblo. “¡Que pena no haber traído nuestra caseta de campaña, donde al menos habríamos tenido asegurada la limpieza!” –fueron sus palabras-³⁴⁸ Fue recibida con cordialidad y simpatía, pero el lugar no era nada acogedor. La habitación era amplia. No tenía ventanas pero tenía dos puertas que daban, una para la calle y la otra al patio de la casa. El suelo era de tierra. Una estera de palma cubría una parte del mismo. Algunas sillas, una mesa pegada a la pared y una enorme cama, donde podía dormir cinco personas, era el mobiliario. Ante tal semejante panorama, la viajera preguntó si había chinches y pulgas, lo que respondieron que creían que no. La comida fue huevos fritos, pan y café. El azúcar que le sirvieron no estaba muy limpio, pues tenía trozos de paja y algo de polvo.

La situación del alojamiento era tremendamente precaria en las islas periféricas, lo que no significaba que fuese malo. Dada la escasa densidad de la población, la poca movilidad de la misma, y la ausencia de viajeros por ellas, en los interiores apenas había alojamiento. Sin embargo, el estado de la hospedería de sus capitales, a pesar incluso de la poca afluencia de viajeros y visitantes, era aceptable. La única capital que carecía de alojamiento era Valverde, la capital de El Hierro, cuya población era de unos 2.500 habitantes –el total de la isla era de 5.000-. Santa Cruz de La Palma, con 5.500 habitantes, era la única capital periférica que tenía dos hoteles. Uno era de aspecto «miserable», según palabras del viajero francés René Verneau. Probablemente por su situación era la misma en la que se hospedó Olivia Stone, quien solamente habla de la pésima comida. Sin embargo, alaba su situación y la hermosa vista que había desde el comedor e insinúa que en otras manos podía convertirse en un pequeño hotel cómodo. El otro estaba regentado por Isabel de León, viuda de Palmasio, una mujer gruesa y alta.

Pero el resto tenía sus pequeñas fondas del agrado de sus huéspedes. En San Sebastián de La Gomera (2.500 habitantes), que no había tenido fonda hasta los primeros años de la década de los ochenta, se instala una pequeña. Era la única que existía en toda la isla. Se trataba de una casa de dos plantas con unas habitaciones muy pobres y desnudas. El comedor apenas tenía alfombras y solamente contaba con una mesa y unos taburetes para sentarse. A pesar de esas desventajas, la comida era aceptable. Por su parte, Puerto de Cabras en Fuerteventura, con 600 habitantes, tenía una fonda instalada en una pequeña casa terrera. El

³⁴⁷ Stone, Olivia. *Op. Cit.* v.ii. Pág., 29.

³⁴⁸ *Ibidem.*, pp., 138.

comedor carecía de ventanas y solamente había una habitación para huéspedes. Por último, Arrecife, con 3.000 habitantes, desde los primeros años de la década de los ochenta, contaba con una pequeña fonda de un solo piso. Estaba bastante limpia, confortable y la comida era buena. En el mismo lustro, el italiano Félix Fumagallo, un hermano de Luis Fumagallo, dueño del hotel Teide de La Orotava, estableció un hotel cómodo y con una buena cocina.

Este era el estado general de la hospedería en Canarias en el primer lustro de los años ochenta. Como hemos podido ver, salvo pocas excepciones, la mayor parte de los hoteles, hasta el momento de la apertura del *Orotava Grand Hotel*, carecía todavía del lujo y la confortabilidad de muchos de sus homólogos europeos en la misma época, como veremos más adelante. Pero a la vez, es en estas décadas cuando en las islas se comienzan a fraguar movimientos culturales y económicos que van a propiciar que la situación cambie.

Así pues, las fondas y los hoteles, en general, estaban lejos de ser lugares agradables de retiro y descanso. Eran establecimientos modestos, de muy pocas habitaciones. Normalmente eran establecimientos algo sombríos. Estaban semidesnudos en lo que respecta al mobiliario y nunca faltaba en sus interiores una imagen religiosa, las más de las veces de la Virgen, cuando no de algún santo. Las comidas solían ser malas y muy caseras. Sin embargo, también tenemos que añadir que estos primeros establecimientos hoteleros jugaron un importante papel en esos años iniciales. En la medida en que el turismo interior era por entonces limitadísimo, los hoteleros hacían enormes esfuerzos para satisfacer al poco turismo extranjero. En este sentido, hay que señalar la importante influencia hotelera de los extranjeros residentes en las islas, sobre todo en los pueblos y ciudades donde se establecen los alojamientos. A pesar de todo, la infraestructura hotelera canaria había estado y estaba todavía dominada por las pequeñas iniciativas empresariales de carácter familiar. Ese estado iría a cambiar con la apertura en 1886 del *Sanatorium* o el *Orotava Grand Hotel* en el Puerto de la Cruz. A partir de ese momento comienza la etapa de transición de la industria hotelera en Canarias introduciéndose cambios que habría de traer la hospedería moderna.